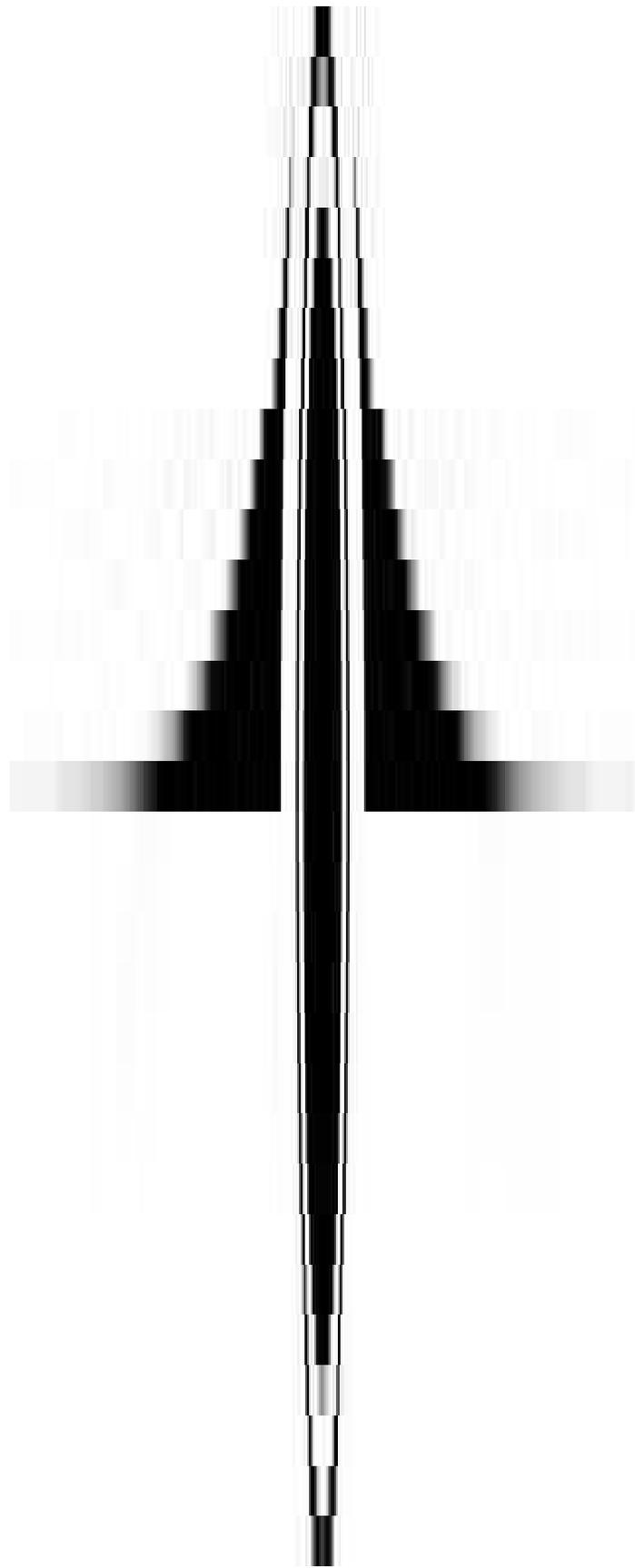


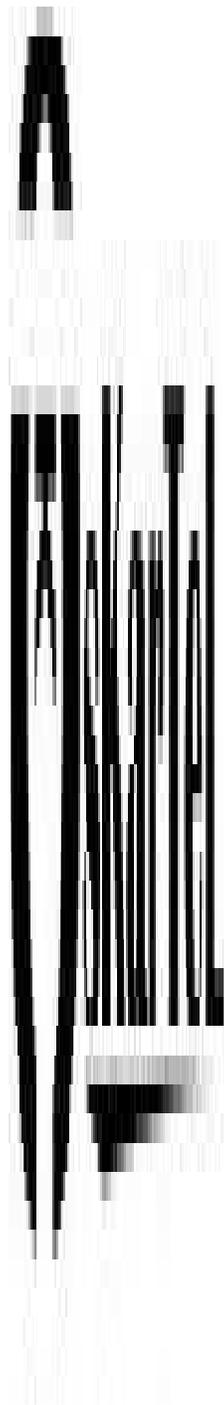
ÓSCAR GAVILÁN

LLÁMAME  
— YESI —

**LLÁMAME YESI**



**ÓSCAR GAVILÁN**



Título original: Llámame Yesi

Primera edición: junio de 2018

©Óscar Gavilán

Diseño de portada y contraportada: Alexia Jorques

Revisión del primer borrador: Alejandro Quintana

Edición: Óscar Gavilán

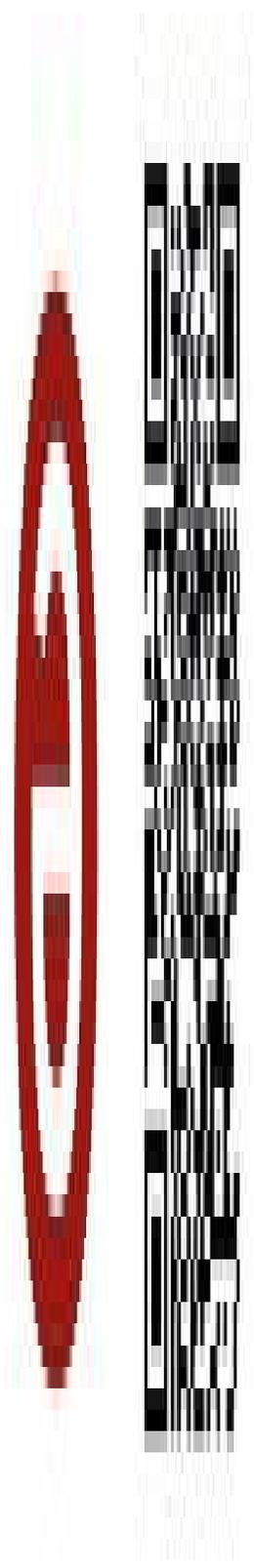
Citas: Óscar Gavilán (@OsKarTel)

Agradecimientos: poema "Gracias" extraído del poemario "Pálpitos" (Óscar Gavilán), auto-publicado en Amazon

Los personajes y hechos descritos en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.



## PRÓLOGO

A Víctor le aterraba morir, pero no quería seguir viviendo.

Se sentía vacío mientras pulsaba el botón de apertura del mando de su deportivo. Los cuatro intermitentes parpadearon a la vez por un instante. Se quedó mirando al automóvil como si fuese la primera vez que lo veía. El alcohol en su sangre apenas le permitía recordar cuándo lo compró, o si se lo regaló alguno de los bancos que acechan al feliz empresario que amasa fortuna... ¡Qué más daba!

Una vez acomodado en el asiento del conductor pulsó el botón de arranque. El coche se puso en marcha, con un poderoso rugido. El ronroneo del motor al ralentí le recordó el motivo por el que iba a morir. La sien le palpitaba y su estómago bailaba una horrible danza. Apoyó la cabeza sobre el volante y cerró los ojos, aunque estaba seguro de que eso no le calmaría. Y así, con el coche en ralentí y el sonido insistente del claxon, activado por el peso de su cabeza, se mantuvo durante varios minutos antes de decidirse. Nadie le increpó por el ruido, porque nadie habitaba a menos de diez kilómetros a la redonda de su mansión.

Al fin, tomó una decisión: conducir. Conducir lo más rápido y lejos posible, sin rumbo.

Después de varias horas al volante, después de infinidad de autovías, autopistas y carreteras secundarias dejadas atrás, después de que, en varias ocasiones, se quedase dormido al volante durante unos segundos, seguía sentado dentro de su deportivo... ¡y no se había matado! Se echó a reír. "Hay muchas maneras de morir", pensó.

Mientras circulaba, un enorme letrero de neón le atrajo como lo hace un imán a las virutas de hierro. Allí podría descansar un rato. Tomó el desvío y aparcó frente al oscuro edificio, tan solo iluminado por el rojo del neón y el blanco de la luna llena. Dando tumbos entró en el

establecimiento, pidió una copa, después otra y la tercera la compartió con una señorita. Cuando despertó, el sol ya brillaba con fuerza. La señorita hacía rato que se había ido. Prosiguió su viaje hacia ninguna parte con doscientos euros menos, un atroz dolor de cabeza y... ¿un polvo? Torció el labio a modo de sonrisa, mientras maniobraba para salir del aparcamiento. En realidad le importaba muy poco si se había follado o no a la puta, el simple hecho de haberse acostado con ella le hacía recordar tiempos pasados felices y olvidar tiempos pasados no tan felices, al menos por un rato.

Mientras conducía, pequeños flashes del pasado se encendían en su mente. No quería aceptar que aquellos recuerdos tan lejanos y terribles fueran suyos. Pero lo eran. Vaya si lo eran. El pitido intermitente del deportivo hizo que saliese de su ensoñación. Le avisaba de que estaba pisando la línea blanca del arcén. En un acto reflejo, giró con demasiada brusquedad el volante y el coche dio un bandazo, pero consiguió volver a colocarlo dentro del carril, ignorando los pitidos del vehículo que iba detrás. Su corazón latía a mil por hora y pequeñas gotas de sudor poblaban su frente.

Continuó conduciendo durante algunas horas más, no sabía cuántas. De vez en cuando tomaba un sorbo de la petaca que llevaba en uno de los compartimientos del salpicadero. El fuego del alcohol que bajaba hacia el estómago mitigaba, en parte, su cansancio. Así lograba engañar al cuerpo para que aguantase un poco más, hasta llegar a algún sitio donde terminar con todo. Unos kilómetros más adelante se dio cuenta de que estaba hambriento. Había olvidado cuándo fue la última vez que probó bocado. Pararía en la siguiente salida de la autopista y allí se quedaría hasta el final. ¿Para qué ir más lejos?

La ciudad parecía acogedora. Circulaba por un barrio en apariencia tranquilo. Según se adentraba en el corazón de la urbe, el gentío aumentaba y el tráfico se hacía más denso. Notaba cómo la vida en la

ciudad se abría paso, saludándole con calidez. Se sintió como en casa en ese lugar desconocido.

Un rato después, entró en una calle cualquiera, aparcó y tiró el mando a una papelería. Ya no lo necesitaría nunca más. La gente le miraba, quizás porque le extrañaba ver en un barrio humilde como aquel a un tipo de mediana edad, grande, vestido con ropa cara, con aspecto desaliñado, saliendo de un coche que no habían visto ni en fotografía. Víctor, que hacía caso omiso de las indiscretas miradas, estaba tan cansado y hambriento que sólo quería encontrar un sitio donde descansar. Caminó con paso vacilante bajo la tenue luz de las farolas. Anduvo durante horas, como un autómata. La calle por la que caminaba en aquel momento se perdía a lo lejos. Los letreros luminosos en los edificios inundaban de color y de vida aquella vía. Había establecimientos de todo tipo: panaderías, bazares, mercados, grandes almacenes, tiendas de ropa... Al fondo, un imponente edificio que parecía querer tocar el cielo, destacaba sobre los demás. En la parte más alta se podía leer el nombre del hotel en enormes letras blancas. Allí se hospedaría hasta el final.

Los días fueron pasando lentos y monótonos. Víctor se despertaba con los primeros rayos del sol que asomaban por la ventana de la lujosa habitación. Sin preocuparse por su aspecto, salía a la calle en busca de un bar donde le ofreciesen un bollo y una copa de coñac. O quizás un bollo y dos copas de coñac. O mejor un bollo y tres copas de coñac. En ocasiones se pasaba la mañana entera en una cafetería, contando sus historias de borracho a los camareros o a algún cliente solitario hasta que se quedaba dormido sobre la barra. Al dueño no le gustaba demasiado aquella situación y le invitaba a abandonar el local. Otras veces caminaba durante horas por las calles de la ciudad, en busca de algún casino donde dilapidar su fortuna. Así, en poco tiempo, cada vez que se acercaba a uno de los locales de apuestas que

frecuentaba, era recibido con todos los honores. No era para menos, llegó a ser uno de los clientes que más dinero se jugaba... y más dinero perdía.

Durante aquellas semanas, recorrió infinidad de clubes de alterne por las noches, aunque apenas los recordaba a la mañana siguiente. Su niebla mental era tan densa que incluso llegó a solicitar los servicios de la misma señorita de la noche anterior sin ser consciente de ello. Poco le importaba. En realidad nada le importaba.

Hasta que se topó con Yesi.

*La mayor tristeza es la de evitar vivir sabiendo que morir es inevitable*



**1994**

## CAPÍTULO 1

Los fines de semana eran, a la vez, monótonos y estimulantes. Monótonos porque siempre acababa en los mismos garitos a las mismas horas. Bien entrada la noche, después de varias cervezas y algún que otro cubata, tampoco importaba demasiado el sitio donde se encontrasen. La sensación de “estar flotando” entre toda esa gente moviéndose frenética en la pista de baile, a la que apenas podía distinguir entre los flashes intermitentes que cegaban sus ojos enrojecidos y la atronadora música house que martilleaba su cerebro, era muy potente.

Aquella noche sus amigos habían desaparecido, quizás con alguna chica, quizás vomitando en el baño del local. Víctor se hizo paso entre la multitud enfervorecida en dirección a la barra. En el momento en que la camarera se inclinaba hacia él para preguntarle qué quería, Víctor giró la cabeza hacia la chica que estaba sentada a su lado: piernas largas cruzadas, escote prominente y sugerente, labios rojos...

—Perdona, perdonaaa... ¿te sirvo algo?

Apenas oyó a la camarera, a pesar de que ella se inclinó sobre la barra para gritarle al oído. Víctor se desgañitó al pedir los dos cubatas. Acto seguido se acercó con ambos vasos a la preciosidad de los labios rojos. Le ofreció uno de los cubatas y le preguntó: “¿Crees en el amor a primera vista? Yo no creía en ello hasta que te encontré”. Apenas había pronunciado aquellas palabras cuando apareció el acompañante de la chica, increpando algo ininteligible a Víctor. Éste le ignoró y siguió cortejándola. De repente sintió cómo unas manos enormes le agarraban de la camiseta. Víctor forcejeó sin éxito. A pesar de que era un joven bastante fornido, no tenía nada que hacer frente a aquel gigante. Estaba esperando el puñetazo, cuando sintió el contacto de unos labios sobre los suyos. Víctor, desconcertado, se

quedó quieto, petrificado. El contacto fue fugaz pero intenso, apasionado. Observó cómo la camarera estaba hablando algo al oído del “armario ropero”, mientras le acariciaba el hombro con ánimo apaciguador. Perplejo, vio cómo el gigante, tras una mirada furibunda hacia Víctor, cogió a la preciosidad de la mano y se marchó.

Todavía en estado de shock, notó que unas delicadas manos tocaban su cara. Su cuerpo reaccionó preparándose para otro beso, al notar los labios de la camarera a pocos centímetros de los suyos. La camarera se mantuvo un instante en esa posición, dibujó una sonrisa, algo sarcástica y acercando su boca al oído de Víctor de manera sensual susurró:

—Creo que deberías irte a casa. Ya me pagarás las bebidas otro día. No me lo agradezcas... ahora.

Víctor observó la fina espalda de su salvadora mientras se dirigía, resuelta, al otro lado de la barra. Esperaba que girase su cabeza hacia él pero no fue así.

Había perdido las ganas de estudiar. Tampoco le apetecía hacer pira en las clases de Cálculo y Estadística para ir al bar de siempre, donde se juntaban las chicas con ganas de encontrar a alguien como él y, ocasionalmente, darse el lote. Apenas hablaba con sus amigos. Víctor sólo pensaba en la camarera. Eso era desconcertante ya que, aunque eran asiduos clientes del pub donde trabajaba, nunca se había fijado en ella, quizás porque no entraba dentro de sus cánones de belleza.

Durante los dos o tres días siguientes al incidente del pub, su mente sólo procesaba un pensamiento: ese beso. Nadie le había besado de aquella manera. El vello se le erizaba al recordarlo. Por las noches, antes de dormir, intentaba recordar la fisonomía de la camarera, pero no era capaz. Había bebido demasiado aquella noche y el ambiente oscuro y la nube del humo de los cigarrillos que reinaban en el local a

aquellas horas no ayudaban a clarificar su mente. Esa situación le había sobrepasado. No entendía muy bien porqué le costaba tanto tomar la decisión de plantarse en el pub y hablar con ella, contarle sin tapujos el efecto que había causado aquel beso en él. Las mujeres nunca habían sido un problema. No se consideraba un chico tímido, todo lo contrario. Pero, en este caso, se sentía intimidado. ¿El motivo?... lo ignoraba.

Un buen día, se decidió. Se despertó más pronto de lo normal aquella mañana. Acudió a las clases, incluidas Cálculo y Estadística. Tomó apuntes de forma mecánica. Su mente estaba centrada de lleno en lo que ocurriría aquella tarde. Sus manos sudaban al pensarlo. Tras las clases comió algo ligero en un establecimiento de comida rápida. Intentaba evitar cruzarse con sus amigos, para no tener que dar explicaciones de algo que no podía explicar. Tras la comida, caminó sin rumbo fijo, dando un paseo. Todavía faltaba tiempo para que el pub abriera. Mientras caminaba, imaginaba la conversación con ella. Por una vez no estaba tan seguro de sí mismo. La suerte estaba echada, no había vuelta atrás.

Se sentía un poco ridículo de pie apoyado al lado de la puerta cerrada del pub. “Quién te ha visto y quién te ve”, pensaba en tono irónico. Todavía faltaban al menos veinte minutos para que abrieran al público. Se encendió un pitillo y esperó. En cuanto la viera entrar, él entraría detrás, le pediría que le sirviese una cerveza y le diría... Bueno, no quería parecer un desesperado. Mejor esperar un poco más para entrar. ¡Sí! ¡Mejor esperar!

Los quince minutos siguientes le parecieron una eternidad. Recién había encendido su segundo cigarrillo la vio acercarse. Su corazón dio un vuelco. Volvió a sentir el hormigueo del contacto de los labios de la chica en sus labios. Ella caminaba con paso resuelto hacia la puerta del pub. No se parecía en nada a sus ligues pero era irresistible. Su

andar erguido y altanero disimulaba su baja estatura. Algo parecido a un magnetismo extraño hacía que Víctor no fuera capaz de apartar los ojos de ella. Cuando pasó frente a él y entró en el pub, sus expresivos ojos verdes se cruzaron fugazmente con los suyos, traspasando todos los nervios de Víctor. No reaccionó, quedándose petrificado.

—Te ha costado entrar ¿eh?

Sofía había dejado de limpiar y de colocar los vasos en las estanterías y se giró hacia él con una sonrisa deliciosa. Víctor se relajó de inmediato. Se sentó en el taburete atornillado al suelo frente a la barra justo delante de ella y le devolvió la sonrisa. El ambiente no se parecía ni de lejos al que había cuando se dieron aquel primer beso. Una iluminación tenue proporcionaba la claridad suficiente para poder distinguir cada matiz, cada gesto. Una música suave y melodiosa, apenas perceptible, invitaba al amor. Todo estaba preparado para dejarse llevar por las emociones más profundas.

Las miradas se mantuvieron durante un tiempo indefinido. Los ojos verdes de Sofía brillaban, los ojos marrones de Víctor brillaban, ambos entre el humo del pitillo olvidado que colgaba de los labios de Víctor.

—Sólo quería darte las gracias por lo que hiciste por mí el otro día...  
—comenzó, aspirando la última bocanada del cigarrillo.

La conexión visual entre ellos se rompió de repente con el ruido de la puerta al abrirse. Un grupo grande de chicos y chicas entraron en el establecimiento. Sofía aguantó por un instante la mirada y, tomando un bolígrafo, escribió algo en una servilleta de papel entregándosela a Víctor. Él alargó la mano con intención de detenerla pero ya estaba atendiendo a los recién llegados al final de la barra.

—Me llamo Víctor, ¿y tú? —le dijo, alzando la voz.

Mientras preparaba las bebidas con soltura, giró la cabeza por un instante hacia Víctor haciendo un gesto con las cejas. Él entendió,

guardó el papel en el bolsillo y, resignado, se retiró. Tendría su oportunidad, el camino estaba abierto.

Aquella noche Víctor tardó mucho en dormirse, no sólo por el ruido que provenía de la habitación contigua (otra fiesta más que había organizado su compañero de piso), sino por la excitación de su encuentro con Sofía. Sentado en el borde de la cama, leía una y otra vez lo que le había garabateado en la servilleta:

“Sofía lunes sábado 7 a 2 aquí”.

Apurando su enésimo pitillo, una media sonrisa de seguridad asomaba en su boca. No entendía muy bien qué clase de hechizo le había lanzado aquella mujer, pero él estaba encantado de sentir lo que estaba sintiendo por ella. Algo nuevo, algo que le aterraba y le motivaba al mismo tiempo. Deseaba que las manecillas del reloj girasen a toda velocidad para poder volver a verla y sentir de nuevo esos cálidos labios, tocar su frágil cuerpecillo, besar cada centímetro de su piel pálida y suave....

Víctor había cambiado su estilo de vestir para la ocasión: zapatos en vez de deportivas, camisa blanca en vez de camiseta, pantalón de pinzas en vez de vaqueros raídos. Se sentía un poco raro con aquellos atuendos, le hacían parecer más mayor. Pero Víctor lo tenía muy bien pensado. Si quería impresionar a Sofía, debía dar imagen de un hombre maduro. Así estaría en concordancia con la edad de ella. Era mayor que él, eso estaba claro, unos cinco o seis años, calculaba. En realidad Víctor no había tenido demasiadas experiencias con chicas mayores que él. Lo que sí sabía era que a ese tipo de chicas no le gustaban los “niñatos”. Aunque, por supuesto, él no lo era, no estaría de más proyectar una imagen de madurez.

Aquel día no quiso quedar con sus amigos de la pandilla, alegando encontrarse mal, así que lo pasó en casa. Se entretuvo como pudo,

viendo la televisión, dormitando en el sofá, incluso abrió el libro de Estadística en un vano intento de estudiar. El tic-tac del reloj de pared taladraba sus oídos. Varias veces estuvo a punto de tirarlo por la ventana.

Las dos menos diez. Apoyado en la pared, bajo la luz amarilla del farol instalado en la fachada, veía cómo la gente iba saliendo del local, la mayoría tambaleándose, grupos de amigos abrazados cantando, algún que otro empujón que no llegaba a más gracias a la intervención “diligente” del gorila de la puerta... En momentos de tranquilidad, el gorila miraba a Víctor con una mezcla de curiosidad y desconfianza, pero no intercambiaba una palabra con él en todo el tiempo que estuvo esperando.

El paquete de tabaco se acabó. No lo echó de menos. El ansia por volver a verla era más poderosa que su deseo de fumar.

—Qué guapo has venido... Víctor ¿verdad?

El susurro le pilló por sorpresa y dio un respingo. Se giró y allí estaba, con esa sonrisa aún radiante, a pesar del cansancio que se reflejaba en su cara. Por lo visto existía otra salida del local que Víctor ignoraba...

—¿Qué querías decirme ayer? —la sonrisa se ensanchó.

Víctor sonrió y le ofreció su brazo.

—Este no es un buen lugar para hablar... ¿Te puedo acompañar a casa?

—Mejor no. No te conozco... aunque sí que podemos dar un paseo. Necesito airearme.

—Me parece estupendo. ¡Caminemos!

Sofía le tomó del brazo con gesto exagerado y teatral. Los dos se echaron a reír.

Apenas pasaba gente por la calle a aquellas horas. Las farolas alumbraban con poco brío su paseo. No eran necesarias, la luz de la luna iluminaba lo suficiente. Ambos caminaban relajados, en un silencio extraño y, a la vez, agradable.

Víctor rompió el hielo.

—Tu beso me salvó de una buena paliza. Gracias... No sé cómo agradecértelo... aunque se me ocurren un par de cosas...

— ¿No vas un poco rápido? —le replicó Sofía con tono pícaro y cortante.

—"De bien nacido es ser agradecido" dicen...

Sofía rio.

—¡Anda que no sabes tú nada!

Poco después Sofía se paró.

—A partir de aquí seguiré sola. Gracias por acompañarme, Víctor.

—¿Crees que podría devolvarte el favor algún día? No me gusta dejar deudas pendientes sin saldar...

Sofía se encaró hacia él y, de puntillas, agarrando su cara, acercó su boca al oído del chico. Él podía sentir su aliento cálido y excitante en la oreja. Su pene, como un resorte, reaccionó de inmediato.

—Quizás encuentres lo que no buscas —le susurró con voz sensual.

—Correré el riesgo... —le contestó, acercando sus labios a los de ella. Ella, apartándose con delicadeza, le sonrió lanzándole un beso y desapareció calle abajo.

Víctor observó cómo se alejaba. Sus sentimientos eran contradictorios: por un lado deseaba correr hacia ella, tomarla sin contemplaciones y hacerla aullar de placer; por otro deseaba cortejarla poco a poco, enamorarla al estilo antiguo, como un caballero del medievo. Ella era una chica muy distinta a las que había conocido

hasta la fecha. Víctor quería saber más. Quería ahondar en su interior. Sobre todo después de escuchar su misteriosa frase "Quizás encuentres lo que no buscas".

Le había lanzado el guante y él lo había tomado.

## CAPÍTULO 2

Aquel día Sofía volvió a casa aliviada, después de permanecer sentada durante horas en la sala de espera de urgencias, atestada de gente. Miró su reloj. Ya era muy tarde para llamar a su hermana. Tomó el teléfono del salón y marcó el número del pub.

—Dígame —contestó una voz masculina.

—Hola Quique.

—¡Hola Sofía! ¿Cómo está Irene?

—No es nada grave, sólo un simple catarro pero aún tiene algo de fiebre y mi hermana está trabajando, así que me tengo que quedar a cuidarla. ¿Te importa suplirme por favor?

—Tranquila, no hay problema

—Gracias, te debo una.

—Lo tendré en cuenta —Sofía pudo oír la risa de su compañero a través del auricular. Ella también sonrió—. Por cierto, un chico ha preguntado por ti...

—¿Un chico? ¿Qué chico?

—Me ha dicho que es un amigo tuyo.

Sofía acabó la jornada agotada. El día había sido muy intenso y, tras asegurarse de que Irene estaba dormida, cayó sobre la cama como un fardo de paja. Su cuerpo no daba para más pero no podía conciliar el sueño. Su mente no paraba de oír a Quique decir: “Me ha dicho que es un amigo tuyo”. ¿Qué amigo? Sofía esperaba que no fuese Juan. Desde que rompieron, no había vuelto a aparecer. Y era mejor así. Fue algo fugaz pero intenso, desde luego. Ella fue clara al respecto desde el principio, no quería un marido, quería un amante, nada más. Y Juan lo entendió. Al menos eso creía ella hasta ese momento. De todas maneras, le parecía raro que Juan quisiera retomar el contacto,

después de tantas semanas. Quizás no había encontrado una chica que follase tan bien como ella. Era una posibilidad, conociendo la adicción al sexo de Juan. La otra posibilidad le producía terror: se había enamorado de ella. Eso sí que sería un problema, porque Sofía no sentía nada por él. De inmediato se acordó de aquella noche, tres días atrás, cuando Víctor la acompañó después de cerrar, y sintió una oleada de emociones por todo el cuerpo. Ese chico, Víctor, sí que le gustaba de verdad. Siempre le había parecido un joven atractivo, cada vez que aparecía con sus amigos cada sábado en el pub, pero la evidente diferencia de edad y la actitud promiscua del joven, hizo que Sofía nunca se plantease un romance con él. Eran mundos muy diferentes. Al menos hasta el momento del beso salvador, un beso que emergió del subconsciente de Sofía. Si alguien le preguntase por qué reaccionó de aquella manera, ella no sabría la respuesta. ¿Ese beso había unido ambos mundos? Difícil de saber, aunque intuía que aquellas sensaciones iban mucho más allá de un mero deseo sexual. Lo que sentía le daba pavor. Le aterraba no ser correspondida. Nadie se enamora de una madre soltera y eso lo sabía bien. En el fondo deseaba encontrar a un hombre sin prejuicios, que aceptase a su hija. Un hombre que ejerciese como padre.

Al día siguiente Sofía optó por llevar a la niña al colegio, ya que la fiebre había remitido. Podría volver al trabajo aquella tarde. Le gustaba trabajar allí. Bueno, en realidad, aunque le desagradase no le quedaba más remedio. Necesitaba el dinero para mantener a su hija y a sí misma. Sentada en el autobús que le acercaba al pub, observaba la ciudad a través de la ventanilla. Se sentía algo nerviosa. La posibilidad de que Juan apareciese jurándole amor eterno le alteraba. No sería plato de gusto tener que decirle: “Fue bonito mientras duró”. De todas maneras, casi deseaba que fuese Juan quien se presentase en el pub. Sofía no tenía ni idea de cómo reaccionaría si fuera Víctor

el que entrase por la puerta en vez de Juan. Quizás nunca lo sabría.

### CAPÍTULO 3

Por más que la mente racional de Víctor le dijera una y otra vez: “Esa chica no es para ti. Olvídala”, su corazón respondía diciendo: “Ella es el amor de tu vida. No la dejes escapar.”. Aquella encarnizada lucha se prolongó durante días. Apenas comía, apenas dormía. Por las mañanas acudía a la universidad como un zombi y se sentaba en el pupitre como un zombi. En los descansos procuraba situarse lo más lejos posible de miradas curiosas, fumando un pitillo tras otro, ensimismado en su lucha interna.

—Víctor, ¿no vienes al bar a tomar el bocata y unas birras? Estará Ana, ya sabes, la de las tetas grandes de segundo.

Víctor, sentado sobre la escalera de acceso a la puerta del edificio de prácticas ubicado detrás del aulario, levantó la cabeza y vio la cara sonriente de David, su mejor amigo.

—Creo que paso.

David se sentó al lado de Víctor, le arrebató de los dedos el cigarrillo a medio terminar y después de aspirar una profunda calada se lo devolvió diciendo:

—¡Venga tío! ¡No me jodas! Tienes que venir. Ana está a punto de caramelo. ¿No te apetece echarle un polvo? Imagínate esas tetas en tu boca... ¡Ummmm!

Víctor, a pesar de todo, no pudo evitar sonreír. Conocía a David desde niño. Para él era el hermano que nunca llegó a conocer. Quería a aquel descerebrado.

—Es tentador... Pero no, David. Prefiero quedarme aquí.

David abrió los ojos de manera exagerada y le dio una palmada en el hombro.

—¡Despierta! ¡Que parece que estás agilipollado últimamente! ¿Qué

cojones te pasa? Hace días que no vienes con nosotros. Y necesitamos un payaso que nos haga reír...

—¡Serás hijo de puta! —le respondió Víctor, dándole un manotazo en el cuello—. No tío. No tengo ganas.

—Vale pues yo me voy, que las tetas de Ana me están esperando impacientes —dijo David incorporándose.

—Espera, no te vayas.

Víctor agarró a su viejo amigo de la manga. David volvió a sentarse a su lado, mirando su reloj de pulsera de manera teatral.

—Sé breve que tengo muchas cosas que hacer.

—Quiero hacerte una pregunta y me gustaría que fueses sincero —dijo Víctor.

—¡Vaya! ¡Parece que la cosa se pone seria! Claro amigo. Dispara.

—¿Crees en el amor a primera vista? Y no empieces con tus chorradas de siempre, que estoy hablando en serio.

Víctor sabía que, a pesar de su aparente simpleza, David era una persona muy profunda. Víctor observó cómo el semblante de su amigo cambió por completo. David se rascó los cuatro pelos de la perilla y tras unos segundos de reflexión dijo:

—Creo que hay que disfrutar a tope de cada momento. ¿Amor a primera vista? ¿Por qué no? Siempre que te haga sentir mariposas en el estómago, claro. ¿Quién es la chica? ¿La conozco?

—¿Te acuerdas del fin de semana pasado cuando casi me ostian en el LaFayette?

—No mucho, estaba bastante borracho... —David hizo una pausa, mesándose la perilla—. ¡Ah sí! ¡Ahora me acuerdo!... ¿Me estás hablando de la camarera? ¡Venga ya! Pero... ¡si es muy mayor! Bueno, y eso de “amor a primera vista” no es del todo cierto, que la

llevas viendo detrás de la barra durante años...

—Lo sé... En realidad nunca me había fijado en ella pero el beso que me dio fue algo que nunca he experimentado y quiero más.

—¿Y qué problema hay entonces? ¡Ve a por ella!

—No sé tío, tengo dudas. Por un lado estoy acojonado y por otro tengo el pálpito de que puede ser la mujer de mi vida.

—¿Acojonado? ¿Por qué?

Víctor no supo qué contestar y guardó silencio.

—¿Porque es mayor que tú? —continuó David—. ¿Y eso qué más da?

—Ya, pero una mujer tan mayor igual está casada y eso es una movida.

—Bueno, eso lo complica un poco, es verdad, pero si hay mariposas en tu estómago y en el suyo. ¿Cuál es el problema? La gente se divorcia...

David miró su reloj de nuevo y, levantándose dijo:

—¡Ya está bien de tanto filosofar! Yo me piro. ¿Vienes o qué?

—Me quedo.

—Pues que te den por el culo.

—No cuentes esto a nadie ¿eh?

—Tranquilo, lo publicaré en el diario universitario... ¡Valiente gilipollas!

Víctor observó cómo su amigo se alejaba. Sonrió, mientras tomaba otra calada. No lo contaría ni aunque lo torturasen. Así era David, fiel como un perro.

... si hay mariposas en tu estómago y en el suyo. ¿Cuál es el problema?

Aspirando los restos de su cigarrillo sintió cómo la batalla interna

empezaba a tener un vencedor.

## CAPÍTULO 4

Se notaba la proximidad del fin de semana. Apenas abrir al público y el pub se llenaba. Las jornadas eran muy largas y duras pero a Sofía le encantaba ver cómo la gente disfrutaba. Le alagaban los piropos que, de vez en cuando, le lanzaban los chicos y ella les correspondía mostrándoles su sonrisa más bonita mientras les servía. También, en alguna ocasión, tuvo de escuchar las groserías de algún indeseable. Ella, simplemente, le ignoraba y volvía a sus quehaceres.

Aquel jueves a punto estuvo de sufrir un infarto al ver a Víctor entre el gentío agolpado en la barra. Ella siguió a lo suyo, aunque por dentro estaba como un flan. Con el rabillo del ojo vio cómo Víctor se abría paso a empujones hasta alcanzar la barra, justo a la altura en la que se encontraba ella y le hacía señas gritándole algo imposible de escuchar debido al sonido de la música y el griterío de la gente. Sofía terminó de servir al que estaba atendiendo en aquel momento y se acercó a Víctor, ignorando los gritos de los que llevaban tiempo esperando a que les sirviese. Él, casi subiéndose encima de la barra, se acercó a la cara de Sofía. Ella pensó que le iba a devolver el beso. Era una locura, una deliciosa locura digna de una película romántica de Hollywood. Por un instante se olvidó del caos en el que estaba inmersa, de la música a tope, de las decenas de personas pidiendo consumiciones casi a la vez, del humo de los cigarrillos... Despertó de aquel minúsculo trance al oírle decir a gritos:

—Cuando te veo siento mariposas en el estómago. Si tú también las sientes, irás mañana a la cafetería Plaza. Te estaré esperando a las seis.

Se quedó tan petrificada que Quique tuvo que darle un empujón según pasaba a su lado para que reaccionase. El cuerpo físico de Sofía continuó sirviendo copas hasta altas horas de la madrugada. Su

parte emocional, sin embargo, estaba a miles de kilómetros, buscando la decisión más acertada.

Víctor prefirió caminar, a pesar de que la distancia desde su casa a la cafetería era considerable. Todavía faltaban más de dos horas hasta las seis, tiempo suficiente para llegar puntual. Había oído en algún sitio que respirar profundo relajaba así que, mientras caminaba, hizo unas respiraciones profundas. Después de varios minutos desistió. Aquella tontería no servía de nada. Seguía igual de nervioso. Se encendió un pitillo. Eso le tranquilizó un poco, aunque no del todo. Aquel día iba a ser uno de los más importantes de toda su vida, sin duda.

Cuando llegó a la cafetería Plaza, faltaban quince minutos para las seis. El sol invitaba a sentarse en las mesas exteriores. Víctor eligió una de las más apartadas. Se sentó y pidió un café. No le quedaban cigarrillos que fumar porque se había terminado el paquete entero de camino. Su mirada estaba fija en el reloj de la torre principal de la plaza. Casi podía escuchar el tic-tac de la aguja del segundero. Las seis menos diez.

*¿Vendrá?*

*¡Claro que vendrá!*

*Con la de chicas que hay en el mundo...No merece la pena.*

*Sofía es única y lo sabes. ¡Merece la pena!*

Las seis menos cinco. El café permanecía en el mismo sitio, ya frío. El segundero quería destrozar los oídos de Víctor.

*No va a venir. Estoy haciendo el tonto.*

*Espera. Vendrá.*

Las seis y dos. Víctor paseó la mirada por la plaza. No vio a Sofía por ningún lado. Estaba claro que no vendría. Pero su cuerpo no

reaccionaba, seguía sentado pegado a la silla. Las seis y diez. El corazón saltó en su pecho cuando vio a lo lejos a una chica morena y menuda, de pelo corto que se acercaba. Hizo ademán de levantarse para recibirla pero volvió a sentarse sin fuerza al ver que la chica no era Sofía. La seis y cuarto. Víctor se levantó, dejó unas monedas sobre la mesa y, como un alma errante, se encaminó hacia su casa muy despacio, con plomo en los pies.

Apenas se había alejado unos metros del lugar de la cita cuando una mano le tocó la espalda. Se giró y allí estaba.

—Has... venido... —las palabras parecían atascarse en su garganta.

—Sí...

Permanecieron un instante uno frente a otro de pie en silencio en el centro de la plaza. A pesar del aspecto cansado y ligeramente desaliñado, Sofía estaba preciosa.

—Bueno, no tengo mucho tiempo —comenzó Sofía—. Hoy me toca abrir el pub y queda menos de media hora. He venido porque fuiste muy amable al acompañarme el otro día después de trabajar, fue un momento fantástico y te lo agradezco. Creo que eres un chico maravilloso pero estoy comprometida, lo siento. Me tengo que ir. Adiós Víctor.

—¡Espera! —dijo Víctor agarrándola del brazo. Ella le miró sin intentar soltarse — Si has venido es que sientes mariposas cuando me ves, como las estoy sintiendo yo ahora mismo. Admítelo.

Ella calló.

—Sólo te pido una cita, una cita nada más. Te prometo que si no estás a gusto, no volveré a molestarte.

—No puedo...

Víctor suavemente soltó el brazo de la mujer. Ella se fue sin mirar

atrás.

El pub ya estaba vacío. La música apagada. Solo quedaba hacer el recuento de la caja, limpiar y recoger. Aquella noche Sofía apenas tuvo tiempo de pensar en algo más que preparar cócteles, descorchar botellas de vino, servir cervezas y no equivocarse a la hora de devolver el cambio. En el fondo fue una suerte, no sólo porque la recaudación estaba siendo cuantiosa y eso siempre era una buena noticia, sino porque se olvidó de Víctor por unas horas. Mientras contaba el dinero, podía volver a sentir la firmeza de su mano agarrándole del brazo mientras le pedía una cita. ¿mil doscientos? ¿mil trescientos? ¿Por dónde voy? Tenía que volver a empezar el recuento. Resopló.

—Perdona pero ya está cerrado.

La voz de Quique hizo que Sofía levantase la cabeza. Vio cómo alguien intentaba entrar en el local y Quique le empujaba hacia afuera. A veces pasaba, así que Sofía siguió contando billetes.

—Tengo que hablar con ella.

Al oír esa voz, Sofía volvió a levantar la vista. No podía ser cierto.

—Te repito que está cerrado. Vuelve mañana.

—¡No! Tiene que ser ahora.

—Déjale pasar, Quique —dijo Sofía con voz ahogada.

Víctor tenía un aspecto cansado y desaliñado y respiraba rápidamente. Daba la sensación de que había estado corriendo. Sofía le invitó a sentarse mientras ella terminaba el recuento.

—Te dije que no podía ser, Víctor. ¿Por qué insistes?

Víctor la miraba. Sofía apenas notaba el frío de la noche en el pequeño callejón al que se accedía desde la puerta trasera del pub. Esperaba que Víctor no percibiese el fuego que ardía en su interior. Víctor no contestaba, sólo clavaba sus ojos en ella. Sofía pensó que

moriría en aquel instante si Víctor no articulaba palabra.

—Ya está bien. No tengo tiempo para...

Sofía no pudo terminar la frase. Los labios de Víctor apenas rozaron los suyos pero fue suficiente para que el deseo incontrollable que dormía dentro de ella se despertase. Sofía le abrazó con fuerza y se fundió en un beso que parecía no tener ni principio ni fin. Notó cómo Víctor respondía con la misma pasión. La lujuria se abría paso en el interior de la mujer. No. No podía dejarse dominar por ella. Si lo hiciese, sería un camino sin retorno. Se separó bruscamente.

—No es buena idea...

—¿De qué tienes miedo? Te recuerdo que fuiste tú la que me besó aquella noche. ¿Por qué lo hiciste? No creo que fuese por caridad... —ella guardó silencio—. Ah claro, estás “comprometida” pero tu marido ya no te pone, así que buscas a alguien que te caliente y luego si te he visto no me acuerdo, ¿me equivoco?

Esa contestación descolocó a Sofía. Le miró por unos instantes y, sin responder, se alejó. Mientras caminaba una lágrima se deslizaba por su cara. Era otro idiota engreído más.

## CAPÍTULO 5

Había pasado más de una semana y Sofía pensaba en Víctor cada vez con mayor frecuencia. Deseaba volver a sentir que la lengua del joven activaba cada terminación nerviosa de su cuerpo para teletransportarla al jardín del Edén y allí pedirle que la poseyera. Definitivamente, no había conocido a nadie que la hubiera besado así. Ese segundo beso fue como una droga para Sofía, necesitaba más. Necesitaba descargar ese peso emocional, decirle lo que sentía. El problema era que no sabía nada de Víctor, ni qué estudiaba (si es que estudiaba), ni dónde vivía... nada. No había manera de contactar con él. Sólo quedaba esperar.

A medida que los días pasaban, la esperanza de volver a verle iba menguando, mas no la pasión que sentía por él, que iba en aumento. Sofía se veía a sí misma como una hermosa flor que se tornaba gris y perdía sus pétalos porque su jardinero, Víctor, no la regaba.

—¿Diga...?

—¿No me digas que estabas durmiendo? ¡Que son las cinco de la tarde, tío!

—Qué quieres David...

—Esta noche vamos a quedar todos para salir. Y todos significa todos, tú incluido. Así que prepárate porque va a ser una noche apoteósica.

—Buff, no me apetece nada...

—Buff, no me apetece... Buff, no me apetece —Víctor escuchó la voz de David, a través del auricular, imitándole en tono burlón—. ¡Vamos hombre! ¡Que vas a parecer un topo de tanto estar recluido en la madriguera! ¿Cuánto hace que no echas un polvo?

—Ya ni me acuerdo... —contestó Víctor esbozando una sonrisa.

—Pues que sepas que también viene Ana. Y ya sabes que eres el segundo que más le mola. El primero soy yo, claro está. Pero como eres mi mejor amigo y estás depre, voy a dejar que te la ligue.

—¡Qué detalle...!

—¿Entonces contamos contigo? Habrá cerveza y cubatas a cascoporro...

—¡Vaya novedad!... —Víctor hizo una pausa—. No estoy muy animado...

—Mira, se me ocurre un plan mejor. Voy a llamar a mi tío el dominico para que te busque una habitación en su monasterio...

—¡La madre que te parió! Eres un cabrón embaucador, ¿lo sabes no?

—Sí, un cabrón orgulloso de serlo. Lo vamos a pasar de puta madre, ya lo verás.

Víctor perdió la cuenta de los bares a los que entraron aquella noche. No se fiaba de su percepción a medida que pasaban las horas y aumentaba la cantidad de alcohol en su cuerpo. Se sentía flotar en el entretejido espacio-tiempo, una sensación agradable y vacía. En momentos de lucidez podía notar el tacto de los labios de Ana sobre los suyos en algún lugar oscuro y recóndito dentro de alguno de los garitos que visitaron. Los besos de Ana eran insípidos. A pesar de ello, él se dejaba querer.

Faltaba una hora para cerrar las puertas del LaFayette cuando un nutrido grupo de jóvenes entró “para tomar la última”. Sofía observó que la mayor parte de ellos fueron a la pista de baile y empezaron a moverse frenéticamente al ritmo de la música disco que sonaba. Uno de los chicos se acercó a la barra. Después de pedir las bebidas y de pagar se quedó mirando a Sofía de manera extraña. Ella le sonrió, expectante.

*A ver por dónde me sale este borracho*

—Tú... —empezó a decir torpemente, apuntándole con el dedo. Apenas se le entendía, a pesar de que el chico intentaba forzar su voz por encima de la música—. Tú (...) ella... La camarera (...) Víctor... (...)

El muchacho recogió las bebidas y se dirigió hacia la zona del reservado, apartando con los codos al tumulto de gente para abrirse paso. Sofía se quedó estupefacta al escuchar la palabra “Víctor” de boca de aquel joven. No pudo evitar sentir un escalofrío. Se reprendió a sí misma por ello. ¡Anda, que no hay chicos en el mundo que se llamen Víctor! Muy a su pesar, la curiosidad pudo con ella. Aprovechando un momento de calma, se sirvió una cerveza y, con el vaso en la mano, se acercó al reservado.

No pudo evitar reaccionar de aquella manera tan estúpida. Tras vaciar su vaso de cerveza sobre la cara de Víctor volvió a la barra, ignorando lo que la zorra que le besuqueaba gritaba.

Notar la frescura del líquido en su piel, le había despejado casi completamente. Mientras se pasaba la mano por la cara, en un vano intento por secarse, intentaba asimilar lo ocurrido. A su lado, Ana soltaba improperios, afanándose por limpiar las pocas salpicaduras que habían impactado en su escotado vestido azul. Tras un instante de duda, Víctor se incorporó, sin hacer caso a las exigencias de Ana por rendir cuentas. Se sentía extrañamente lúcido. Incluso liberado. Buscó a David. No fue difícil encontrarle. Estaba apoyado en la columna más cercana observando la escena, con un cubata en la mano. Se acercó a él.

—Intenté avisarte... —comenzó David—. Lo siento tío. ¡Menuda cagada! No debimos venir aquí.

—Tranquilo no pasa nada—le cortó Víctor—. Yo me voy a casa ya.

Dile a la camarera que mañana la espero a las 6 donde ella sabe. ¿Lo harás?

—¡Claro tío! ...Oye, ¿qué pasa con Ana?

Víctor se encogió de hombros y, sonriendo, se fue.

Sofía tuvo que hacer malabarismos para poder llegar puntual a la cita. Menos mal que su hermana no puso objeción para cuidar a Irene. Gracias a ello, Sofía tuvo tiempo para elegir el vestido adecuado para la ocasión y para maquillarse a conciencia. Esperaba causar a Víctor una buena impresión, después de la metedura de pata de la noche anterior.

Cuando Sofía llegó a la cafetería, Víctor todavía no estaba, así que esperó en la puerta. Apareció tres minutos después, con aspecto serio. Ella sintió que sus mejillas se acaloraban, fruto de la vergüenza, de la atracción o de ambas cosas. Tras el clásico saludo de los dos besos, demasiado frío para Sofía, entraron y se sentaron uno frente a otro en una de las mesas decorada con una pequeña vela encendida en el centro. Tras pedir sendos cafés, los minutos pasaban y ninguno de los dos pronunciaba palabra alguna. Sofía removía el café una y otra vez con los ojos fijos en el giro de la cucharilla, evitando la mirada de Víctor.

—Este sitio es agradable... —comenzó Sofía.

—Sí, no está mal... —dijo Víctor con voz neutra, mientras encendía un cigarrillo.

Otro silencio. Las pulsaciones del corazón de Sofía eran tan frenéticas que, por un momento, pensó que iba a caer fulminada allí mismo. Víctor fumaba y la miraba, en apariencia impertérrito.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me tiraste esa cerveza encima?

Sofía reflexionó un instante sin mirarle. De repente levantó la vista,

clavó sus ojos en los de él e incorporándose le besó en los labios. Sofía notaba que una energía mágica fluía por su boca para recorrer todo su cuerpo creando un bucle de amor sin final.

—Sí —dijo Sofía, tras tomar aliento después de la intensidad de aquel beso.

—Sí ¿qué?

—Acepto una cita contigo con una condición.

—¿Cuál?

—Que empecemos de cero y olvidemos lo ocurrido.

—¿Y si te digo que estoy comprometido con Ana, la chica con la que estaba ayer?

Sofía le miró con gesto escéptico.

—No cuela ¿verdad? —dijo Víctor, con una media sonrisa que encandiló aún más a Sofía.

Dicho y hecho. A partir de aquel momento ambos cumplieron el pacto. No importaba el pasado, importaba lo que podían construir entre los dos y Sofía esperaba que la estructura de esa relación fuese lo suficientemente robusta como para incluir a Irene en los cimientos.

## CAPÍTULO 6

El peso que se había quitado de encima bien merecía el mal trago inicial. Víctor había pasado una gran prueba, pero Sofía prefería mantener al margen a la niña durante un tiempo. Llevaban cerca de tres meses saliendo y Sofía se encontraba cómoda con la relación. Llevaba la semana con más alegría porque sabía que el fin de semana sentiría el aliento de Víctor en su cuello y perdería el control cuando su lengua la recorriera de pies a cabeza. Tener esa imagen en la mente le ayudaba a liberar el estrés que suponía el hecho de tener que cuidar ella sola a una niña de ocho años por las mañanas y trabajar por las tardes hasta, en ocasiones, altas horas de la noche. Muchas veces tenía que dejar a la niña en casa de su tía Reme que, con gusto, la cuidaba. Tener una hermana como Reme era una suerte, desde luego. Sin ella estaría perdida.

Sofía llamaba a Víctor todos los días desde el teléfono del cuarto donde los camareros se cambiaban de ropa. Solía hacerlo a las nueve de la tarde para poder conversar sin demasiadas interrupciones, ya que a esa hora apenas había gente en el pub.

Gracias a ese ritual diario, el amor de Sofía hacia Víctor se afianzó. Las conversaciones fueron evolucionando con el tiempo, pasando de ser banalidades de tipo erótico los primeros días (siempre en tono bajo, por si algún compañero las escuchaba) a expresar sentimientos y emociones muy profundos. Ella notaba que Víctor también le abría su corazón, contándole desde simples anécdotas universitarias hasta sus miedos más atávicos. En algunos momentos estuvo tentada de hablarle de Irene pero de inmediato se reprimía. Un tema de esa importancia no se podía tratar por teléfono. Ya encontraría una ocasión mejor para plantearlo.

El tiempo seguía pasando y la ocasión no llegaba. Ese secreto le

carcomía por dentro. Sofía se sentía despreciable cuando Víctor le hablaba con franqueza, cosa que solía hacer a menudo. Franqueza que a ella le faltaba. A veces, después de hacer el amor, cuando observaba el gesto tranquilo y la mirada ausente de su amado, sentía que podía confiarle el secreto.

Quizás en otra ocasión.

Siempre en otra ocasión. Ya no podía más.

Sofía era un auténtico bloque férreo. Por más que Víctor usara todas las argucias de Don Juan que poseía, no pudo sacarle nada que ella no quisiera contarle. A veces, a Víctor le parecía que ella era la que dirigía esa relación tan especial que tenían y se sentía un poco agobiado y frustrado. Su ego masculino se rebelaba ante ello. Pero no duraba demasiado. La conexión sexual entre los dos era tan increíble que todo lo demás carecía de importancia. Víctor, en cada encuentro, olvidaba todo lo que pudiera haberle molestado o extrañado de ella. El cúmulo de sensaciones que le proporcionaba, no sólo sexuales sino emocionales, le hacían sentirse el chico más afortunado del mundo. Cuando estaba con ella, no existían los problemas, la universidad, los exámenes. No existía nada más en el mundo que Sofía. Y, lo mejor de todo: percibía que ese sentimiento era recíproco.

Después de casi cuatro meses, Víctor no le había contado a nadie su romance, ni siquiera a David. En realidad, no sabía por qué lo llevaba en secreto, siempre se había jactado de sus ligues ante sus amigos. Quizás le influenciaba aquella parte que Sofía guardaba bajo llave y, de alguna manera, él había tomado como suya. No era difícil llevar la relación con discreción, ya que sus encuentros solían tener lugar sólo los fines de semana. Si Víctor quería que se vieran entre semana, ella, con una elegancia exquisita, le decía que ambos necesitaban espacio y que, gracias a ese espacio, sus encuentros serían mucho más apasionados. Cosa cierta, sin duda.

—Buenas noches Jaime

—Buenas noches pequeño Víctor. Sofi ya está arriba, en la de siempre.

—Gracias Jaime —respondió mientras recogía la llave de la 215.

Jaime caía bien a Víctor, a pesar de su aspecto descuidado. Le hacía gracia su cara redonda, con esa frente amplia y perlada de sudor, con esa sonrisa de dientes sucios y esa perilla larga y un poco canosa. Siempre le pillaba mirando de reojo la misma escena porno que proyectaba la pantalla de una pequeña tele en blanco y negro con antena de cuernos, colocada en una esquina por detrás del mostrador. Siempre le sonreía como disculpándose y, cuando Víctor le daba la espalda para encararse a las estrechas escaleras del hostel, podía oír de su voz rasgada el clásico "puto trasto de mierda". Y, acto seguido, el sonido del manotazo a la tele cuando perdía la señal y la imagen se desvanecía. "¡Cómprate una tele nueva, jodido!", solía pensar Víctor, aguantando la risa.

Mientras subía por las escaleras hasta el segundo piso, recordó lo poco que le gustó Jaime la noche que le vio por primera vez y la sensación mezcla estupor-asco que le dio al ver la cochambrosa puerta del hostel. En cualquier otra circunstancia, se hubiera echado atrás pero, ante la perspectiva de sexo con Sofía, entró sin dudarlo. Por otra parte, ella le dijo que el dueño del hostel era un buen amigo, así que no tenía nada que temer, a pesar del lugar tan desagradable. En apariencia, porque la 215 era muy acogedora.

Ya frente a la puerta de la 215 comenzaría el juego: él daría tres toques a la puerta, ella contestaría "contraseña", él respondería, fingiendo una voz grave que no tenía, "abre la puerta y verás lo que es bueno", ella abriría con los brazos en jarras y una sonrisa traviesa invitándole a entrar. Pero aquella noche algo había cambiado. Sofía

abrió la puerta tras los tres toques en silencio. Se quedaron mirando durante un instante y ella le abrazó con fuerza. Víctor podía sentir los pequeños pechos de Sofía presionando su caja torácica. Aun abrazados, entraron en la habitación y allí hicieron el amor apasionadamente para, tras el clímax, permanecer fusionados en un abrazo eterno, durante unos pocos minutos.

Apoyado sobre la almohada, Víctor encendió un pitillo. Observó a Sofía a su lado. Estaba preciosa, acurrucada como una niña bajo las sábanas, mirándole. Los ojos le brillaban.

—¿Recuerdas lo que te dije el día que nos conocimos? —empezó Sofía, incorporándose y sentándose con las piernas cruzadas sobre el colchón.

—"Quizás encuentres lo que no buscas"... ¡Cómo voy a olvidarlo! Es la frase que hizo que mi interés por ti aumentara hasta llegar a lo que ha llegado —Víctor carraspeó—. Sofía... tengo que decirte algo...

—Antes escúchame —le interrumpió poniéndole un dedo sobre los labios en señal de silencio. Víctor se asustó a ver que una lágrima rodaba por su cara—. Desde que te conocí me he sentido mejor que nunca. Eres amable conmigo, respetas mi intimidad, me respetas como persona. Tienes mucha paciencia. Sé que no debe ser fácil llevar una relación de fin de semana. Sé que a ti te gustaría que nos veamos más pero mi trabajo me absorbe mucho tiempo y lo sabes...

Sofía hizo una pausa. Víctor hizo ademán de hacer un comentario pero Sofía posó la mano sobre su hombro con ternura y le disuadió.

—...Esto es muy difícil para mí... —se limpió la lágrima y continuó—. Creo que me estoy enamorando de ti. Soy consciente de que llevamos juntos muy poco tiempo, que casi no nos conocemos, pero intuyo que hay algo muy fuerte entre nosotros...

Víctor tragó saliva. El corazón le martilleaba el pecho y sudaba.

—... Por eso quiero ser totalmente sincera contigo, a riesgo de perderte. Si, por lo que te voy a decir, no quieres volver a verme, lo entenderé. Eres demasiado joven, quizás, para esto pero no puedo guardarlo por más tiempo... Tengo una hija, se llama Irene...

Víctor se levantó, se vistió y salió de la habitación sin mirar atrás ni despedirse. Al cerrar la puerta, pudo oír el llanto desconsolado dentro de la habitación.

## CAPÍTULO 7

Víctor vagaba como un alma en pena por las calles de la ciudad, apenas iluminada a aquellas horas de la noche. El frío atmosférico y emocional le helaba los huesos, cosa de la que apenas era consciente. Perdió la cuenta de los cigarrillos que se había fumado hasta que descubrió que el paquete estaba vacío. Lo tiró al suelo con desdén. Ni siquiera el tabaco calmaba su desazón.

¡Una hija! ¡Joder! Eso era demasiado para él. Tenía razón Sofía cuando dijo que era muy joven. ¡Claro que lo era, mierda! El agobio crecía en su interior. A pesar del frío, sudaba. ¡Basta ya! Si seguía así se volvería loco. De manera absurda, imaginaba la noticia de portada en todos los periódicos: "Víctor Sedal Cano, veintitrés años, encontrado muerto sobre el asfalto por un infarto de miocardio. Posibles causas: delirios de amor y falta de madurez". Se sentó en un banco y, apoyando la cara sobre sus manos, lloró. Las lágrimas relajaron, en parte, su angustia. Ya algo más calmado, una batería de preguntas empezó a pasar por su mente: ¿Quién era el padre? ¿Qué dirían sus amigos de aquello? ¿Qué más le ocultaba? y la más importante de todas: ¿Amaba a Sofía?

Sólo pudo contestar con certeza a una de ellas. Sabía lo que tenía que hacer.

"¡Qué pronto ha terminado hoy!" se dijo a sí mismo Jaime al ver salir a Víctor. Tendría que aprender del musculitos de la peli. Le alucinaba la pericia del musculitos, como se la metía por detrás a la tetona. ¡Menudo aguante! Sería guay ser como él. Igual había alguna clase en alguna escuela de "cómo aguantar follando más de tres minutos", o algo así. Jaime, por más que se frotara, apenas conseguía una mini-erección. A veces, las señoritas que follaban con él se reían porque se corría muy rápido. A él le entristecía eso. Hubo una época, poco

después de que dejase la bebida, en la que se obsesionó con buscar técnicas para conseguir aguantar, sin resultado. Se aburrió pronto. Tampoco estaba tan mal correrse rápido. Al menos las chicas disfrutaban viéndole...

Manotazo a la tele.

*Puto trasto de mierda*

Otro manotazo...

Nada.

Debería comprar otra, una de esas con DVD. Eso debía de ser la bomba. Podías ver un montón de pelis con ese trasto. Se lo había oído decir a un huésped. Sí, ahorraría y se compraría una tele con DVD. De repente se acordó de Sofi. Aquella noche era rara. El pequeño Víctor ya se había marchado y Sofi todavía no había bajado de la habitación. Con un gesto de preocupación, subió las escaleras con la agilidad de un elefante.

—¿Sofi?...¿Sofiiiiiiii?¿estás bien?

A la altura del primer piso, la voz cavernosa de Jaime tronó por todo el hostel.

—¿So...fi? —dijo, casi ahogado por el esfuerzo, frente a la 215.

Se apoyó por un momento sobre las rodillas para tomar aire y golpeó la puerta. No la tiro abajo de milagro.

—Sofi... —la voz de Jaime se quebró aún más cuando vio la pequeña figura de su querida Sofi, enfundada en la bata, sentada sobre el borde de la cama. No podía aguantar verla triste, ella lo era todo para él. Si ella estaba triste, él también lo estaba. Cuando la envolvió con sus rechonchos brazos, los dos rompieron a llorar. Él no sabía el motivo, lo que sabía era que él también tenía que llorar porque sería bueno para ella.

Jaime escuchaba, sentado a su lado. De verdad, intentaba entender lo que ella le decía. Pero eran tantas palabras seguidas que no conseguía comprenderlas todas. Eso le frustraba. Le gustaría ser más listo, porque Sofi necesitaba en aquel momento alguien listo, que la entendiera. ¡Mierda! ¡La puta bebida le dejó tonto! Aunque nunca fue demasiado listo... Lo que sí sabía es que aquello tenía que ver con Víctor (el pequeño Víctor). Repetía muchas veces ese nombre. ¿Qué le había hecho a su querida Sofi? Le caía bien el pequeño Víctor. Era el chico que a él le hubiera gustado ser: guapo, alto, musculitos, estudiante, ligón... Seguro que era una máquina en la cama, ja, ja... "¡Céntrate cenutrio!" pensó. Cenutrio... ¡qué palabra más chula! No recordaba a quién se la había oído... Cenutrio...

Se centró cuando sintió el abrazo caluroso de Sofi.

—Gracias Jaime por escucharme... Eres un gran amigo...

—No te preocupes por nada querida Sofi. Seguro que todo se arregla, ya verás. Eres una tía guay y lo sabes, ¿no?

Sofía rio entre sollozos y se apretó con fuerza al corpachón de Jaime, que le dio un besito en la oreja. Así abrazados se mantuvieron, hasta que apareció Víctor.

Cuando Víctor llegó al hostel, paró unos instantes frente a la puerta para recuperar el aliento, después de la carrera que se había dado, y entró. En la angosta recepción sólo se escuchaban los jadeos distorsionados de las actrices porno dentro de la vieja televisión de Jaime. El hombretón no estaba en su sitio habitual. Extrañado, subió de dos en dos los peldaños hasta el segundo piso. La puerta de la 215 estaba abierta y dentro se encontraba Sofía abrazada a Jaime.

Al ver la escena, Víctor estuvo a punto de irse. Inspiró hondo y se mantuvo en el quicio de la puerta, en silencio.

—¿Nos dejas solos, Jaime, por favor? —dijo Víctor poco tiempo

después.

Víctor se quedó perplejo cuando recibió el abrazo de Jaime al abandonar la habitación. "¡Suerte, pequeño Víctor!". El susurro del grandullón resonaba en su cabeza como un extraño mantra. Las dudas se disiparon. Se acercó lentamente a Sofía, viendo que sus ojos llorosos se abrían de par en par. Se puso de rodillas ante ella, tomó sus manos y le dijo:

—Todo este tiempo contigo ha sido maravilloso...

Hizo una pausa para aclararse la voz y para intentar evitar que se quebrara. Notaba cómo temblaban las manos de Sofía en contacto con las suyas.

—Debo decirte que tengo muchas dudas... No sé si estoy preparado...

—Lo... entiendo... de... veras... No prologues más esta agonía... ¡Vete! —Sofía no pudo continuar hablando, las lágrimas bloqueaban sus palabras.

Víctor le apretó las manos con firmeza.

—Sólo sé que te amo... y que quiero intentarlo.

Aquella noche no sólo hubo sexo en la habitación 215. Hubo algo más. Algo que trascendió los límites de lo espacial y temporal. Aquella noche dos almas se fusionaron en una. Aquella noche dos cuerpos se rindieron al abrazo de un amor puro. La noche que uno de ellos recordaría por siempre.

## CAPÍTULO 8

Por fin había llegado el día. Sofía cocinó para tres, limpió a conciencia la casa y sacó su mejor vajilla para la ocasión, mientras Irene estaba en el colegio. Víctor no llegaría hasta las tres, así que tenía tiempo de recoger a la niña y prepararlo todo.

Cuando era más pequeña, Irene solía preguntar por su padre y Sofía le respondía: “Vendrá pronto, cariño” y cambiaba de tema. Con el tiempo, la niña dejó de preguntar, cosa que aliviaba y preocupaba a Sofía a partes iguales. Desde que nació la pequeña, Sofía había tenido varios romances, pero siempre dejaba al margen a la niña, procurando no hablarle de ellos ni, por supuesto, presentárselos. Con Víctor iba a hacer una excepción y desconocía la reacción de Irene, a pesar de que le había ido hablando de Víctor, poco a poco, con el fin de que ese momento no fuese muy traumático para ella. La niña, en apariencia, lo había asimilado sin demasiados problemas, incluso, en alguna ocasión, preguntó si Víctor le compraría chuches y la llevaría al parque.

—¿Dígame?

—Hola cariño. Siento lo ocurrido en la comida...

—No importa, para eso están las lavadoras.

En realidad a Víctor sí que le importaba. Se sintió fatal cuando la maldita cría le lanzó el puré sobre los pantalones.

—Dale tiempo...

—Ya... no te preocupes, lo entiendo... —dijo Víctor.

Silencio incómodo.

—Debo colgar, que tengo gente. ¿Hablamos mañana a la misma hora?

—Vale, hasta mañana.

—Hasta mañana cariño.

Víctor colgó el auricular a cámara lenta y se quedó mirándolo sin mirarlo. Los antiguos fantasmas de la duda volvían a copar su mente. ¿Cómo afrontar la situación si la niña no le admite? ¿Debía regañar a la pequeña por su actitud? En ese caso, ¿cómo reaccionaría su madre? ¿Se enfadaría con él? ¿Realmente merecía la pena pasar por eso? ¿No sería mejor olvidar a Sofía y buscar otra chica con una vida menos complicada? Víctor se tumbó en la cama, encendió un pitillo e intentó contestar a esas preguntas mientras el cigarrillo se iba consumiendo entre sus dedos y el sueño le iba venciendo. Unos minutos después, tras aplastar el pitillo en el cenicero colocado sobre su regazo y sin encontrar las respuestas adecuadas, se durmió.

Víctor decidió apostar fuerte y conquistar a la pequeña, porque era la única manera de mantener el amor de la madre hacia él, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo. Él no había tratado nunca a niños de corta edad. Se crio como hijo único, a pesar de tener un hermano 17 años mayor, al que apenas había visto, ya que se independizó cuando Víctor contaba con dos años de edad.

La conquista no fue tarea fácil. La pequeña, en ocasiones, le hablaba mal, lloraba y se abrazaba a su madre sin causa aparente. Hubo momentos en los que Víctor estuvo a punto de perder los estribos y huir de allí para evitar darle un cachete, que empeoraría aún más la situación. Nunca llegó a ese extremo y aprendió a mantenerse firme ante las rabietas de la niña. Víctor podía entender la actitud de la pequeña. No debía ser fácil para ella el hecho de no conocer a su padre biológico. Según le contó Sofía, Irene fue el resultado de un desliz de juventud. Cuando se enteró de que estaba embarazada intentó localizar al padre pero había desaparecido, se había esfumado. Quizás esa era la razón por la que la niña era tan reticente a confiar en él. Víctor le demostraría, con el tiempo, que no todos los

hombres son como su padre. Debía de tener paciencia.

El tiempo le dio la razón. Poco a poco la actitud de Irene hacia él se fue dulcificando hasta llegar al punto en el que incluso le recibía con un brillo de cariño en los ojos.

Víctor vivía dos vidas paralelas: una, en los días laborales, la de un joven estudiante en un piso compartido que montaba de vez en cuando fiestas, y otra, en los fines de semana, la de un hombre enamorado que ejercía de padre a tiempo parcial, después de tantas vicisitudes. Sí, Irene ya le había aceptado. Cada vez era más cariñosa con él, le pedía ayuda para hacer los deberes y cuando le acompañaba a los columpios se lo agradecía con una amplia sonrisa que desarmaba a Víctor. La pequeña se convirtió en una fuente de alegría para él.

No había contado nada de la nueva familia a su grupo de amigos. Víctor sabía que Sofía no llegaría al nivel esperado por ellos. Y si se enterasen de la existencia de Irene, apaga y vámonos. Los perdería. Y no quería perderlos. Eran muy importantes para él. Al único que se lo confesó fue a David. Víctor necesitaba que alguien de confianza le confirmase que había tomado la decisión correcta y que ese alguien lo mantuviese en secreto. Y quién mejor que David, cuya filosofía de vida era, cuanto menos, peculiar. Al conocer la historia, su viejo amigo le dio la enhorabuena, le palmeó la espalda y le dijo que sería una experiencia “cojonuda” y que lo disfrutase a tope.

## CAPÍTULO 9

El curso se acababa y la época de exámenes finales comenzaba. El ambiente festivo de la universidad se iba marchitando poco a poco. La tensión se empezaba a mascar. Apenas había murmullos en los pasillos, tal era la concentración general de los alumnos. Quedaba muy poco tiempo y había que hacer un último esfuerzo. Aquellos días Víctor se centró en las asignaturas más que nunca. Comía, asistía a clase, estudiaba y dormía. Comía, asistía a clase, estudiaba y dormía... y cada noche, conversaba con su amada por teléfono, muchas veces sin ganas, debido a su extremo cansancio. Cuando llegaba el fin de semana intentaba encontrar algún hueco para Sofía y la pequeña. Cuando lo encontraba, estaba tan cansado y saturado que no lo disfrutaba tanto como quisiera. Sofía incluso llegó a pedirle, en alguna ocasión, que se fuera a casa a descansar, cosa que Víctor agradecía.

En la recta final del curso Víctor solía sentarse en los últimos pupitres de la clase y evitaba hablar con nadie. Era una costumbre bien conocida y respetada por sus amigos. Necesitaba concentración y la encontraba buscando la soledad y el aislamiento. Ya habría tiempo de hacer vida social cuando todo acabase.

Una mañana, pocos minutos antes de que la clase comenzara, Víctor estaba ya sentado en uno de los pupitres más alejados del aula, cuando una chica se acercó.

—¿Puedo sentarme contigo? —le preguntó con voz temblorosa, mientras se ajustaba las gafas.

—Claro...—dijo levantando la cabeza.

Observó a (¿cómo se llamaba?) Belén cómo ordenaba con pulcritud y destreza los apuntes sobre el pupitre.

—¡Jo! ¡Hoy he llegado tarde a clase porque me he dormido y me han quitado el sitio en primera fila! —susurró.

—Ya...

El profesor comenzó su alocución. Ambos guardaron silencio.

Los días pasaron y Víctor se fue acostumbrando a la compañía de Belén. Apenas hablaban durante la clase y, en los descansos se intercambiaban apuntes e intentaban ayudarse mutuamente con las dudas que surgían con respecto a las diferentes asignaturas. Tenía que reconocer que le interesaba que Belén estuviera cerca, a pesar de que no le caía bien. Con ella aprovechaba mucho más el tiempo de estudio. Era la típica “empollona”, a la que todos criticaban y, en el fondo, envidiaban. Víctor nunca fue un buen estudiante, le costaba mucho concentrarse y poder contar con alguien como Belén era una suerte.

Belén le solía decir que no le veía preparado y que así no aprobaría, provocándole un estrés que reflejaba en las conversaciones nocturnas con Sofía. Él hablaba con su amada de forma mecánica, sin prestar atención en realidad. Los silencios incómodos se sucedían a través del auricular. El cerebro de Víctor sólo procesaba fórmulas matemáticas, algoritmos y propiedades de los semiconductores, sin que él fuese consciente.

Faltaban tres días para el examen de resistencia de materiales y la ansiedad campaba a sus anchas dentro de Víctor. Las clases habían terminado la semana anterior y estudiaba en casa. Más que estudiar, se sentaba delante de los apuntes y los miraba totalmente bloqueado, fumando sin parar. Se dio cuenta, con cierto horror, que necesitaba a Belén. Necesitaba escuchar sus críticas, a veces demasiado duras, que le hacían “ponerse las pilas”, necesitaba sentirla cerca, concentrada, rebuscando entre la montaña de papeles y libros la

respuesta a cualquier cuestión relacionada con la asignatura que estuviesen estudiando. Decidió llamarla.

—Ya llevamos más de dos horas seguidas repasando. Me va a estallar la cabeza. Voy a buscar una cerveza al frigo, ¿te traigo una?

—No gracias —contestó Belén sin levantar la cabeza, enfrascada entre ecuaciones y fórmulas.

Antes de ir a por la cerveza, observó por un instante a su compañera de estudio. Debajo de su discreta ropa se adivinaban unas curvas que prometían. Belén era la típica chica en la que no se habría fijado en otras circunstancias. Apenas tenía encuentros sexuales con Sofía en aquella época, llevaba mucho tiempo “de secano”, y estaba empezando a ver a Belén con otros ojos. Le daba un morbo extraño, casi pecaminoso. “Sería como follar con una monja”. Sin duda una traición a un dios al que no rendía pleitesía pero respetaba y casi temía y, sobre todo, una traición a Sofía.

Ya de vuelta, portando dos cervezas, ofreció una a Belén que rechazó con un gesto de la mano. Se sentó a su lado sin dejar de mirarla entre divertido y asombrado, mientras tomaba un sorbo del refrescante líquido. La chica no levantaba la cabeza de los apuntes. Víctor no pudo evitar la risa que, inmediatamente, intentó silenciar tapándose la boca con la mano.

—¿De qué te ríes? —dijo Belén, levantando la cabeza por fin y mirándole muy seria con sus ojos color miel detrás de la gafas de montura negra.

Víctor dio otro sorbo de cerveza. Pensó que esos ojos no estaban nada mal.

—¿Tú no descansas nunca o qué? —respondió Víctor, sonriendo.

—No podemos, Víctor. No hemos terminado el tema cuatro y nos quedan aún otros tres temas. Deja la cerveza y ponte a estudiar, anda

—dijo Belén volviendo a centrarse en la tarea.

Víctor, haciendo caso omiso, agarró con delicadeza la cara de la joven y dirigiéndola hacia la de él, le quitó las gafas.

—Mucho mejor así... —dijo Víctor, con una voz más sensual de lo que pretendía.

Belén musitó un “¿Qué haces?” sin fuerza, mientras su mirada brillaba. Víctor, en un impulso, la besó en los labios con firmeza. Belén se tensó y reaccionó con violencia, empujando al chico para que se apartase pero él, como poseído por un deseo incontrollable, insistió hasta que Belén le correspondió de una manera total y salvaje.

A partir de aquel momento, Víctor cada vez pasaba más tiempo con Belén, a pesar de que a él no le hacía gracia la situación. Ella se convirtió en su sombra y eso le agobiaba. No sólo se sentaban juntos en clase, sino que también quedaban en el piso de él todos los días para estudiar. Se sentía entre la espada y la pared. Belén era la persona más inteligente y concienzuda que conocía y eso le ayudaba a mantenerse centrado. Era la aliada perfecta para conseguir quedar limpio de asignaturas y así poder empezar el proyecto fin de carrera libre de cargas. Y eso era muy bueno. Pero, por otro lado, cada vez era más difícil para Víctor, ya no sólo quedar con Sofía los fines de semana, sino incluso seguir con la rutina de las llamadas diarias. Estaba tan absorto en la tela de araña que había hilado Belén en torno a él que, a veces, olvidaba llamar a Sofía y era ella la que se ponía en contacto. Víctor entraba en un estado de pavor cuando sonaba el teléfono y Belén estaba cerca, cosa muy habitual por otra parte. Por fortuna, el aparato estaba ubicado en el salón y ellos estudiaban en la habitación. Eso le proporcionaba algo de intimidad. Víctor, sin saber realmente la razón, no quería que Belén supiera de su relación con Sofía y hablaba en tono muy bajo. Víctor notaba que las conversaciones con Sofía eran mucho más frías y cortas, los silencios

eran más prolongados. No le dio mayor importancia. En cuanto terminase el último examen todo volvería a la normalidad.

El nivel de tensión tal como vino se fue tras el último examen. Las sonrisas, los chistes, las anécdotas graciosas se podían escuchar por los pasillos de la universidad. Todo el mundo estaba feliz, con independencia de si quedaba alguna asignatura para septiembre o no. Eso era lo de menos. El verano empezaba y todo se veía con distintos ojos. Esa misma tarde se celebraría la fiesta tan ansiada durante tanto tiempo: la fiesta de fin de curso.

Durante la fiesta, Víctor se divirtió mucho, bebió y bailó “All that she wants”. Pero los primeros acordes de “Si es tan solo amor” hicieron aparecer en su mente la cara de Sofía. Se apartó discretamente del grupo de sus alocados y achispados amigos y se sentó solo, con los ojos cerrados, disfrutando la sensación de la cerveza fría bajando por su laringe y de la voz grave de Carlos Goñi.

—Hola Víctor. Tengo algo importante que decirte.

Apenas podía escuchar con claridad a Belén, a pesar de que se estaba desgañitando muy cerca de su oreja. El volumen de la música lo ocupaba todo. La palabra “importante” le puso en modo alerta.

—Está bien. Mañana te llamo y hablamos.

Víctor dio por finalizada la conversación al dirigirse a la barra, sin mirarla.

Al oír el reloj-despertador sonar, estuvo a punto de no ir a la cita. La resaca, y las pocas horas de sueño le incitaban a darse la vuelta, taparse hasta las orejas y pasar de Belén. Pero se acordó de la valentía de Sofía. Ella siempre iba de cara. Así que él haría lo mismo.

Inspirando hondo abrió la puerta de la cafetería y entró. Al fondo estaba la figura de Belén, con sus eternas gafas y su pelo rubio recogido en una coleta. Sobre la mesa una carpeta y un taco de

papeles, todo colocado con una simetría exagerada. Ella le miró y él la saludó con la cabeza. Se dirigió primero a la barra para pedir un café y así ganar tiempo. En aquellos momentos Belén no era la persona que más le apetecía ver.

## CAPÍTULO 10

La vida de Sofía era un trajín. Llevaba fatal el hecho de tener que madrugar para llevar a Irene al colegio después de dormir apenas tres horas. Por fortuna, algunos días podía volver a acostarse de nuevo un par de horas más. Tenía que cumplir como madre y preparar algo de comida antes de que saliese de clase. En realidad no se le daba bien eso de cocinar pero no le quedaba otro remedio. Muchas veces se le pasaba por la cabeza pedir a su hermana que cocinase algo para ellas, pero no quería abusar de la buena fe de Reme, que bastante hacía con cuidar a la pequeña cuando ella tenía que trabajar. Así era la vida de una madre soltera y debía aceptarlo, le gustase o no.

Una vez que terminaban de comer, solía llevar a la pequeña a la biblioteca. Tenía la firme convicción de que la lectura serviría a su hija de guía en la vida. La niña, desde muy pequeña, devoraba los libros, cosa que encantaba a su madre. A Sofía, sin embargo, nunca le interesó demasiado leer. Tampoco fue una gran estudiante, más bien todo lo contrario. En cuanto se sacó el graduado, dejó de estudiar y se puso a buscar empleo. Gracias a su carisma e ingenio nunca tuvo problemas para trabajar en puestos de cara al público. Y si, de manera puntual, se quedaba en el paro, no era por mucho tiempo. Sofía tenía un buen recuerdo de aquella época. Hasta que se topó con el hijo de puta. Lo irónico del asunto era que, gracias al semen de aquel malnacido, nació un ángel llamado Irene. Fue lo único bueno que le proporcionó, un regalo inesperado, como inesperada fue su ruina desaparición. No tuvo más remedio que sacar aún más fuerza de la que tenía por naturaleza para salir adelante. Fueron años difíciles pero maravillosos, al comprobar cómo recibía todo el apoyo de su hermana y de Jaime, ese personaje entrañable al que tanto quería.

No podían permanecer mucho en la biblioteca. Sofía comenzaba a

las siete de la tarde a trabajar y tenía que esperar a que su hermana acabase su jornada laboral en el supermercado para que fuese a recoger a la niña. Reme solía ser puntual pero, a veces, tardaba algo más en llegar, por imprevistos laborales, y eso retrasaba a Sofía. Por fortuna, el dueño del pub era una persona razonable y no daba importancia a esos pequeños retrasos.

El pub funcionaba bastante bien y eso le permitía terminar el mes con algo de holgura, aunque era un trabajo muy duro y esclavo. Su cuerpo no lograba habituarse a vivir de noche y dormir tan pocas horas. Al final de la semana se sentía como si hubiera recibido una paliza de campeonato. Pero todo el cansancio desaparecía en el mismo instante en que se encontraba con Víctor. Si rememoraba las parejas que había tenido antes, Víctor era el que le había hecho sentir más “completa”. Además existía una buena química entre Víctor e Irene, así que miel sobre hojuelas.

El día que Víctor recibía las notas finales, Sofía se despertó nerviosa. No fue fácil organizar la mañana pero, al final, después de ponerle “ojos tristes”, Reme accedió a cuidar a Irene por unas horas. Víctor no se esperaba su presencia. Se llevaría una sorpresa mayúscula cuando la viera. Mientras se preparaba para él, volvía a sentirse como una adolescente ante su primera cita. Se retocaba una y otra vez el maquillaje, se recolocaba las braguitas negras de encaje que le costaron tan caras, con la ilusión de que no le durasen mucho tiempo puestas. Sonreía cuando pensaba en la cara que pondría Jaime cuando les viera entrar un jueves a esas horas...

El ambiente de jolgorio y alegría se respiraba incluso en el interior del autobús cuando circulaba por el área universitaria. A través de la ventanilla, Sofía podía ver multitud de grupos de jóvenes sentados en círculo sobre el césped de los jardines aledaños que reían y charlaban animadamente. Otros aprovechaban el agua de los aspersores para

mitigar el asfixiante calor y, de paso, disfrutar como niños. Universitarias tomando el sol mostrando sus sujetadores sin ningún tipo de pudor. Universitarios atraídos por la situación, que se acercaban a ellas. Sofía se contagió con facilidad de ese espíritu juvenil.

La parada estaba ubicada a unos cien metros del edificio de ingeniería donde Víctor estudiaba. En un primer momento, cuando bajó no pudo verle. Entre tanta gente era difícil. Miraba de un lado a otro intentando encontrarle entre la multitud de jóvenes que invadían el lugar. Por fin dio con él. Lo que vio le sacudió el corazón. No pudo evitarlo. Su mente racional intentaba no darle importancia. Él tenía sus amigos y amigas, por supuesto. Y los amigos se abrazaban, ¿verdad?

Con la semilla de los celos recién plantada, caminó hasta la siguiente parada de autobús. La sorpresa que le iba a dar ya no tenía razón de ser.

El verano entró y la monotonía de su día a día no cambió demasiado. No tenía vacaciones. El pub no cerraba en esa época del año, a pesar de que la afluencia de gente disminuía bastante. A ella no le importaba trabajar en verano. No le importaba y lo necesitaba. Si no trabajaba, no cobraba... así de simple. Por fortuna, el horario se relajaba y podía estar más tiempo en el parque, viendo jugar a Irene con los pocos niños que no se habían marchado de vacaciones. O chapoteando las dos como locas en la piscina municipal.

Aunque las clases ya habían terminado y tenía todo el tiempo del mundo, Víctor se dejaba ver poco. Sus encuentros seguían siendo apasionados, eso no había cambiado. Sofía estaba desorientada. Siempre pensó que el sexo estaba muy relacionado con la estabilidad emocional. Y ella la estaba perdiendo. Era consciente de que Víctor necesitaba su espacio, necesitaba tiempo para estudiar. Sabía que la carrera de ingeniero era muy complicada y sería una verdadera pena que, a aquellas alturas, no lo consiguiese. Sólo le quedaban dos

asignaturas, un último esfuerzo para ambos... Su mente tan coherente emitía esos pensamientos, intentando evitar que la escena del día de las notas apareciese dentro de su cabeza. Pero su corazón, indomable, de recriminaba no haberse plantado ante ellos y haberles pedido explicaciones. Ella era más que su novia, era el amor de su vida. ¡Que lo supiera aquella golfa de las gafas de culo de vaso!... Sólo era un abrazo de amigo, nada más. Su mente lo entendía. Su corazón no.

Los meses de verano pasaron sin pena ni gloria. Sofía, acostumbrada a jornadas frenéticas, no se acababa de adaptar a la poca actividad de su día a día en el pub. Se notaba mucho que la mayoría de la gente se había marchado de vacaciones, porque ni siquiera venían los clientes habituales a tomar sus copas. Víctor seguía ausente, incluso en los momentos en que estaba presente y eso empezaba a preocupar a Sofía.

Por fin, llegó el temido y ansiado septiembre. Las primeras dos semanas Víctor no dio señales de vida. Lógico, los exámenes iban a tener lugar a lo largo de la tercera semana. El fin de semana post-exámenes sería inolvidable. Sin duda.

## CAPÍTULO 11

Víctor no hacía más que mirar su reloj de pulsera. Se le notaba distraído, mientras Irene, ajena a todo y a todos, gritaba de alegría en el columpio. Sofía sintió una punzada de envidia. Le hubiera gustado intercambiarse por su hija y no sufrir. Miró de nuevo a Víctor, sentado a su lado en el banco de piedra blanca. Él le devolvió la mirada y le sonrió sin pronunciar palabra. Ella desvió la mirada y se centró en los movimientos de Irene, correteando con los demás niños a pocos metros de ellos. El disfrute de la niña contrastaba con la angustia de la madre. Ardía en deseos de desahogarse, de gritarle hasta dejarle sordo. No lo hizo. Sólo siguió centrada en su hija. Víctor, conciliador, le acarició con dulzura el pelo. A ella le pareció una excusa convertida en gesto cariñoso. Aun así se lo permitió.

—¡Víctor! ¡Víctor!...

La voz cantarina de Irene rompió la espesa atmósfera entre los dos. Sofía observó cómo se le movían las coletas al ritmo de las diminutas zancadas al acercarse a ellos. Esbozó una sonrisa y se dio cuenta de que Víctor hacía lo propio.

—¿Me empujas?... ¿Porfa?

Tras mirar su reloj, Víctor hizo ademán de incorporarse. La mano suave pero firme de Sofía sobre su pierna lo evitó.

—Hoy Víctor está cansado, cariño. Ya te acompaño yo, ¿te parece bien?

—Bueno... ¡¡Vale!!

Mientras acompañaba a la niña al columpio, giró la cabeza hacia él. Sus miradas se cruzaron. Por un instante, Sofía revivió el momento en el que se dieron aquel primer beso “salvador” y sintió un vuelco en el estómago. Después él con su reloj, ella con su hija.

Por fortuna, Reme libraba aquel sábado y, gustosa, se quedó cuidando a la pequeña hasta el día siguiente. No hicieron falta peticiones, Reme fue a buscar a Irene al parque encantada. Sabía de sobra que Sofía necesitaba estar a solas con Víctor. Siempre tuvieron una conexión muy especial entre ellas, a pesar de que Reme era siete años mayor. A veces Reme se adelantaba a pronunciar la palabra que estaba a punto de salir de la boca de Sofía. Eso las hacía reír, un poco azoradas. Reme siempre estaba ahí y eso era maravilloso.

Aquella noche hicieron el amor con tristeza y pasión en la 215. Las primeras caricias fueron como agujones para Sofía. Agujones de preocupación que venían de las manos de Víctor. Pero esos agujones se convirtieron en chispazos de placer. Sofía olvidó todas sus sospechas, todos sus pensamientos negativos, hasta se olvidó de sí misma cuando sintió la dureza del pene de Víctor dentro de ella. Los gritos y jadeos se mezclaban con las lágrimas que, inconscientemente, brotaban de sus ojos. No existía nada más que Víctor y sus investidas. Nada más.

La calma de la ciudad entraba, sin pedir permiso, por la ventana abierta de la 215. La temperatura era agradable. Víctor encendió un pitillo, con la espalda desnuda apoyada contra la cabecera de la cama, mientras observaba absorto la iluminación tenue de las farolas del exterior. Sofía, a su lado, todavía disfrutaba de los últimos retazos del reciente orgasmo.

—¿Vuelves a fumar...? —dijo Sofía incorporándose ligeramente hacia él.—. Llevabas tiempo sin fumar...

—Sí.

—¿Cómo va vuestro proyecto? —dijo Sofía para romper el hielo, tras un silencio demasiado prolongado.

Víctor parecía que reaccionaba. Aplastó su cigarrillo a medio

consumir en el cenicero de la mesilla de su lado y, sin girarse, contestó:

—Poco a poco. Es un proyecto ambicioso que, si nos sale bien, puede hacernos ganar mucho dinero. Aunque todavía estamos empezando y ya sabes... los comienzos son difíciles. Hay muchas cosas que analizar, temas técnicos, de viabilidad... En fin, un quebradero de cabeza...

—La idea original fue tuya o de tu amiga de las gafas...

—Belén.

—Eso... Belén.

—En realidad fue ella quién me lo planteó. Creo que nos complementamos muy bien, ella tiene muchos conocimientos técnicos y yo no tantos, pero tengo labia... —sonrió.

—¿Os complementáis? Os complementáis... claro.

Víctor notó el tono irónico de inmediato. Se giró y se encontró con los ojos de Sofía. Parecía como si brillaran entre la penumbra de la habitación. Pero era un brillo distinto del habitual.

—Quiero decir que creo que podemos tener éxito porque hacemos una buena pareja profesional... —aclaró desviando la mirada—. “Estrictamente” profesional.

Sofía se levantó apoyándose sobre la vieja cómoda. Víctor observó, apesadumbrado, el contorno de su figura, su espalda, sus glúteos blancos y sus piernas cortas pero proporcionadas. No hacía falta mirar el reflejo de su cara en el espejo para saber que sufría. Dudó si levantarse a consolarla. Decidió que no sería buena idea.

—¿A dónde nos lleva esto, Víctor? ¿A dónde nos lleva? —estalló Sofía, girándose hacia él—. Me duele tu indiferencia de estas últimas semanas... ¡qué digo semanas...! ¡Meses incluso! Puedo entender que

embarcarse en un proyecto como el que me comentas es complicado y que necesitas concentración y tiempo. Lo que no puedo entender es que te olvides de nosotras. Estamos aquí, por si no te habías dado cuenta... a no ser que prefieras a tu compañera de las gafitas...

Aunque Víctor se esperaba el comentario, el estómago le dio un vuelco cuando lo oyó. Hizo ademán de incorporarse y abrazarla pero un gesto con la palma de la mano le disuadió. Se quedó de pie frente a ella, con el corazón desbocado.

—No me puedes negar que hay algo entre vosotros.

—¿Por qué dices eso? Sabes que estoy loco por ti.

—¿Recuerdas el día en que te dieron las notas de fin de curso? —replicó Sofía—. Estuve allí y te vi muy cariñoso con “la gafitas”...

—Eso no significa nada y lo sabes. —dijo Víctor, mientras se sentaba, como un fardo de doscientos kilos, sobre la cama.

—Tienes razón —concedió Sofía—. Quizás no signifique nada. Quizás sea normal que un joven apuesto se abraze con su compañera de proyecto. No digo que no. Admito que quizás exagere en eso. Lo que en realidad me molesta es que siento que te estoy perdiendo. Sí, nuestro sexo es maravilloso, pero no todo es el sexo. Tu actitud ha cambiado, lo noto. Y, lo que es peor, Irene también lo nota. A veces me pregunta por ti cuando tardas en llegar, o cuando no puedes venir con nosotras porque has quedado para preparar ese “maravilloso” proyecto... ¿Dónde está el Víctor del que me enamoré?

—Estas semanas han sido muy duras, tienes que entenderlo...

—Quiero entenderlo, de verdad. Pero no puedo. Que te quede clara una cosa... ¡yo te amo!

Esas palabras impactaron el pecho de Víctor como una bala. Las había oído muchas veces, cierto. Pero no de aquella manera. Sentía

que Sofía se abría a él como nunca antes. Masculló un “yo también” sin mirarla.

—Eso no me vale. ¡Dímelo mirándome a los ojos!

La silueta de Sofía quedaría grabada en su mente durante mucho tiempo: de pie frente a él, con los brazos en jarras, mostrando sus pechos pequeños y su pubis oscuro y velludo, con esos ojos hermosos emitiendo pasión a raudales, esperando una respuesta que nunca llegaría. Víctor, ruborizado por su inseguridad, se levantó y, sin decir palabra, se vistió y se dirigió a la puerta.

—Si cruzas esa puerta, no nos volverás a ver... ni a Irene... ni a mí.

La voz rota de Sofía le hizo pararse en el quicio de la puerta y volverse. Ella seguía en la misma posición, con los ojos húmedos. Víctor cruzó el umbral de no retorno.

*El amor no se hace, viene hecho de serie*



# ACTUALIDAD

## CAPÍTULO 12

Aquel garito inmundo, no era muy diferente de los demás: luz tenue rojiza, olor a cerrado y a persona poco aseada, música que pretendía ser sensual sin conseguirlo, señoritas ligeras de ropa paseando por aquí y por allá, mostrando su mercancía y copas demasiado caras para la calidad que servían.

Sentado en un taburete frente a la barra, mientras tomaba un cóctel, observaba con desgana el panorama, bien conocido por otra parte: hombres (algunos trajeados, otros no tanto) que eran dirigidos de la mano a la habitación correspondiente, algún grupo de adolescentes que, entre risas, vacilaba sin éxito a las señoritas, atentas a potenciales clientes con mayor solvencia, algún que otro parroquiano dormitando en uno de los mugrientos sofás al fondo del club y algún que otro borracho apoyado en la barra.

Cuando sus ojos se cruzaron, él estaba terminando su segundo cóctel. Ella bajaba por las escaleras que daban, con toda seguridad, a la zona de relax. El vello de Víctor se erizó y un escalofrío le recorrió la espalda. Por un momento, toda su miseria de vida, todas sus desgracias se desvanecieron. Sin darse cuenta, su boca esbozó una sonrisa y se sintió teletransportado a momentos felices del pasado. Ella se acercó, se sentó junto a él sin perder esa conexión visual. Víctor no podía dejar de mirar aquellos ojos.

—Si no te la vas a follar, ya puedes largarte de aquí. ¿Me has entendido, viejo?

El empujón casi le hizo caer del taburete. El tipejo apareció detrás de él como de la nada. Lo que más le sorprendió fue su voz, no sabía de donde sacaba semejante potencia con un cuerpo tan pequeño. Tuvo que hacer esfuerzos por no reír la ocurrencia, pero cuando le vio la cara se le quitaron las ganas al instante. Los ojos marrones del tipo,

como sin vida, penetraban como agujones en los suyos, el aro insertado en la nariz daba la extraña sensación de brillar en esa semioscuridad y la cicatriz... Aquella cicatriz en el cuello no indicaba nada bueno.

Mientras Víctor intentaba mantenerse sentado en el taburete y aclarar su mente alcoholizada sin mucho éxito, vio como agarraba a la chica del brazo y le susurraba algo al oído, de forma a todas luces violenta. Ella se zafó de él, tomó la redonda cara de Víctor entre sus manos y le plantó un beso en los labios, un beso tierno. A pesar de la situación, Víctor notó cómo su pene se desperezaba y un hilillo de semen manchaba el calzoncillo. Hacía años que no experimentaba algo así. La joven le agarró de la mano y le llevó al piso de arriba, bajo la mirada furibunda del tipejo de la cicatriz. Víctor se dejó llevar a trompicones.

Todo le daba vueltas cuando entraron en la habitación. Notó cómo la muchacha le ayudaba, no sin esfuerzo, a tumbarse sobre el colchón, que chirrió bajo su peso. Quiso colaborar a desvestirse pero estaba demasiado borracho y se dejó hacer. Oyó el chasquido de la cerradura de la habitación al cerrarse. Trató de incorporarse pero un amago de vómito le indicó que no era una buena idea. Mejor se quedaría quieto, tumbado en la cama. Se dio cuenta de que la chica se sentaba a su lado sobre el colchón y le arropaba. El sueño le vencía, no quería dormir todavía, quería decirle... no sabía muy bien qué. Unos gemidos y gritos de placer fue lo último que escuchó antes de adentrarse en los mundos de Morfeo.

Yesi, sentada sobre la cama, daba pequeños saltitos para que el viejo jergón crujiere, profiriendo gritos y jadeos lo más alto que podía. Sólo esperaba que su simulación diese el pego. No quería que Cirulo descubriese que había hecho una excepción con ese cliente. No quería que se enfadase con ella, no. Así que siguió con la pantomima un rato

más.

Cuando pensó que era suficiente, guardó silencio. Estaba muy nerviosa. Miró al hombre corpulento que yacía a su lado. Observo cómo su voluminosa barriga subía y bajaba con ritmo constante. No podrían salir todavía de la habitación. Aunque le despertase, no creía que el hombre estuviese en condiciones de caminar después de lo que había bebido y ella no podría levantarlo. El hombre pesaba al menos cien kilos, más del doble que ella. Decidió esperar un rato más. Cirulo no podía entrar por sorpresa. La puerta estaba candada por dentro. Tenía unos minutos de margen para pensar qué hacer.

Yesi sentía que había decepcionado a Cirulo con su actitud. Ella era una puta y como tal debía actuar, para eso le pagaba. Sí, a veces era algo duro con ella pero tenía que ser así. “Si no comes, te comen”, solía decirle en muchas ocasiones. Ella se daba cuenta de que era su favorita, para bien o para mal. En el fondo la quería, a su manera. Y en este caso le había defraudado.

En realidad no era el primer cliente borracho con el que lidiaba, por supuesto. En más ocasiones de las que quería admitir, se había encontrado con clientes en ese estado y había hecho bien su trabajo. Pero aquel hombre era diferente... Le miró de nuevo. No era un cliente habitual, no le conocía, pero cuando se cruzaron las miradas, el vuelco en el estómago que sintió no le decía lo mismo. Sin dejar de observarle, se incorporó sin hacer ruido de la cama y rebuscó en los bolsillos de su pantalón, quería saber. En el derecho guardaba una especie de pañuelo de papel toscamente doblado, en el izquierdo una cartera. ¡Bingo! La abrió mientras miraba con el rabillo del ojo al hombretón. Encontró varios billetes de cincuenta y dos de cien euros, varias tarjetas de crédito y un documento de identificación. De poco le da un infarto cuando oyó salir de la boca del hombre un bufido y un murmullo ininteligible. Rápidamente volvió a colocar todo en su sitio, no

sin antes coger un par de billetes al azar y guardárselos en el escote. Sólo le había dado tiempo a leer su nombre de pila.

—Creo que me he quedado dormido. Por favor, coge de mi cartera el dinero que te debo, señorita... —dijo Víctor, con una mirada inquisitiva, incorporándose de la cama.

—Lámame Yesi—le respondió.

Yesi se dirigió en silencio al bolsillo donde se encontraba la cartera sin apartar la mirada, delatándose a sí misma. Mientras guardaba el billete en su escote le lanzó una mirada fugaz. Vio cómo el hombre esbozaba una sonrisa entre maliciosa y dulce. Ella, un poco azorada, salió rápidamente de la habitación.

Su proyecto de autodestrucción había dado un giro inesperado. Su vida seguía sin tener sentido pero, a partir del encuentro con Yesi, algo había cambiado. El mero hecho de recordar su nombre ya indicaba que aquella puta era diferente. La palabra "puta" refiriéndose a Yesi incluso sonaba mal, despectiva, insultante. Este pensamiento le sorprendió. En realidad no despreciaba a las putas, ellas hacían su trabajo, algunas con más acierto que otras y él les correspondía con dinero. Para él ir de putas era algo mecánico, una mera transacción mercantil, así que no creía necesario saber sus nombres, ¿para qué si solían ser falsos? Nunca fue consciente de que eran seres humanos con sentimientos y emociones, que reían, lloraban y sufrían como cualquier persona, hasta que se cruzó con Yesi.

Dudaba si tuvo sexo con ella o no aquella noche. Los recuerdos eran muy confusos e inconexos. Lo que sí quedó grabado con nitidez en su memoria fue el miedo que sintió cuando el tipo de la cicatriz le amenazó, mirándole con aquellos ojos terribles y fríos como el hielo. Otro recuerdo que su mente había fijado, y que no olvidaría, fue el de aquel beso. Un beso sin ningún sentido, pero cálido y sensual. Las

putas no besan, pero Yesi le besó a él. Su cabeza bullía, preguntándose a sí mismo de dónde venía esa extraña vinculación entre ellos dos, que sin duda había. No era probable que se hubiera sentido atraída por él, dado que podría ser su hija. Calculaba que tendría veintitantos, un poco mayor que sus hijos cuando murieron.

Víctor, por las tardes, comenzó a ir al club donde Yesi trabajaba. Los primeros días, se quedaba frente a la puerta un tanto desvencijada, de un color rojo chillón que incluso hacía daño a la vista, durante unos minutos y se iba. ¡Tiene guasa! El flamante director general de MODIPROYECT, que se había codeado con los empresarios más importantes del mundo, que había firmado negocios millonarios sin dudarle, bebiendo los más caros vinos y fornicando con las más bellas mujeres, plantado frente a un prostíbulo del tres al cuarto, sólo por ver a una prostituta del montón. Se sentía ridículo.

¡No! ¡No era una prostituta del montón! ¡Era Yesi!

El día en el que se decidió a entrar llovía a cantaros. El tiempo atmosférico concordaba con su estado de ánimo. Tiró su pitillo a medio consumir sobre el pavimento encharcado y entró en el local. Estaba lo suficientemente lúcido como para acordarse de que no se podía fumar en recintos cerrados. Todavía era muy pronto y no había clientes. Se sentó en el taburete anexo a la barra en la zona más sombría que encontró, aquel al que apenas llegaban los haces intermitentes de luz roja y naranja que emitía del equipo de iluminación y pidió el primer cóctel.

Aquel taburete se convirtió en su segunda casa. Pasaba largas horas allí sentado cada tarde, apenas sereno, observando a las chicas contonearse ante los clientes más variopintos, bebiendo y dormitando con la cabeza apoyada sobre el mostrador cuando el exceso de alcohol le vencía. En ocasiones, se despertaba con brusquedad y pedía otra copa. En algún momento veía a Yesi cortejar, sin dificultad,

a algún anciano con traje elegante y mirada de zorro, tomarle de la mano y dirigirle a la planta de arriba. Tan vez el agraciado fuera algún joven imberbe o algún grupo de amigos achispados de mediana edad. Víctor sólo observaba en silencio, pegado a su taburete, mitigando el absurdo sentimiento de celos con un largo trago. A veces creía descubrir una furtiva mirada hacia él, aunque nunca tenía la certeza absoluta.

En momentos de lucidez se preguntaba qué demonios hacía allí sentado, como un pasmarote, rechazando a las compañeras de oficio de Yesi que, diligentes, le ofrecían sus servicios. Él tenía el dinero, ellas el sexo, ¿qué problema había? Sí, lo había. Era Yesi. Problema no era la palabra exacta. Yesi era como un acertijo sin resolver. El punto de vista de Víctor, sus mermadas energías y toda su miserable vida en general se centraban en ella. Esperaba que el azar, el karma, Dios o alguien con autoridad cósmica le explicase el porqué de su actitud. A aquellas alturas de la película, lo que le sobraba a Víctor era paciencia. Y miedo. Miedo personificado en un tipo de baja estatura con una cicatriz en el cuello. Por fortuna, era raro verle por el local. Un alivio para Víctor. Con el tiempo, descubrió que las chicas le apodaban “Cirulo”, en referencia al tamaño de su miembro viril, según comentaban “las malas lenguas”. Cada vez que aparecía por allí, a pesar de ser un palmo más bajo que él, Víctor le percibía como un gigante malévolo. Esa era la palabra que mejor le definía: malévolo. Las chicas, los clientes y, por supuesto, Víctor detectaban ese aura de mezquindad y prepotencia. Nadie se atrevía a cruzarse en su camino, ni dirigirle la palabra más de lo necesario. Daba la sensación de que fuera el líder de una secta satánica con un poder de dominación poco habitual. Trataba con rudeza a todas las chicas, era evidente. Pero la relación con Yesi se veía distinta. Víctor intuía que existía un vínculo mayor entre ellos y ese hecho era una piedra que podría hacerle

tropezar y caer en su camino hacia Yesi.

## CAPÍTULO 13

El dolor era tan fuerte que pensó que perdería el conocimiento. Se sentó en el viejo sofá de su salón, masajeándose los riñones a sí misma, apretando los dientes. La habitación giraba a su alrededor por momentos. Cuando pudo enfocar la vista, miró el reloj de pared: en menos de treinta minutos tenía que estar en el club. Menos mal que pudo visitar a su madre sin grandes molestias. Resoplando, intentó incorporarse. Un intenso pinchazo le recorrió la pierna derecha, desde los riñones hasta el pie, haciéndole desistir de su intento. Así no podía ir a trabajar, dijera lo que dijera Cirulo. Aunque, pensándolo bien, quizás no fuese una buena idea. La reacción de Cirulo sería mucho peor que el maldito dolor. Cogió su Smartphone, “Alberto...Ana... Antonio.”. La imagen impersonal estándar que asigna Google a los números de teléfono que no tienen foto de perfil apareció en la pantalla del terminal. Tan impersonal y poco emotiva como el propio Cirulo. Tocó el icono verde e inmediatamente pulsó el botón rojo de colgar, antes de que la conexión se estableciera. ¿Qué le diría? Le diría que estaba enferma, que lo sentía, que no estaba en condiciones de hacer el servicio como los clientes demandaban, que nunca le había fallado, que no se lo tomase en cuenta... Su mano temblaba por el dolor. Por el dolor y (para qué negarlo) por el miedo.

Bloqueó el teléfono móvil y se lo guardó. Se tomó un par de cápsulas de paracetamol, como algo excepcional. En general los síntomas remitían con una, pero aquel episodio era mucho más fuerte de lo normal. En pocos minutos el dolor había remitido lo suficiente como para poder ponerse en marcha.

—Llegas tarde Yesi... Sabes que me molesta que llegues tarde.

Los ojos marrones de Cirulo se clavaron de tal manera en el cerebro de Yesi que, por un momento, se olvidó del dolor lacerante de la pierna

y de la presión implacable que sentía en el brazo. Quiso zafarse del agarrón del hombre, con un movimiento pretendidamente elegante. No pudo.

—Antonio, yo...

—¡Calla zorra! —le siseó Cirulo al oído, zarandeándola, mientras los parroquianos del club les ignoraban—. 10 minutos tarde... No, no, no, no... Eres una puta descuidada... y tus descuidos me cuestan dinero. ¿Qué hago contigo?

Hizo una mueca de falsa condescendencia, sonriendo sin sonreír. Acercó su cara a la oreja de Yesi, atrayéndola más aún hacia él. El hecho de oler su aliento, como de azufre revenido, casi le hace vomitar.

—¡Ya sé! Como no cumples con nuestro trato, lo rompemos ahora mismo. ¿Qué te parece, eh, golfa?

—¡No! ¡Por favor! ¡Haré lo que me pidas!

La presión del brazo aumentaba. Con la otra mano agarró la cabeza de Yesi, impidiendo que se moviese y le introdujo la lengua con violencia en su boca. Aquellos cinco segundos a Yesi le parecieron varias horas. Todo le daba vueltas.

—Disculpe señor...

La voz rota del hombretón evitó que la situación empeorase. Cirulo soltó con brusquedad el brazo de Yesi, encarándose ante el hombre. La mente de Yesi, aun confusa por el dolor y el mareo fue capaz de reconocerlo. Era el borracho que pagó por quedarse dormido, el borracho al que le “cogió prestado” doscientos euros extra, el borracho de la mirada penetrante, que tanto le impresionó. Se ruborizó por ello. ¿Cómo se llamaba?... Víctor, sí, eso ponía en su documento de identificación, aunque no pudo recordar los apellidos. Temerosa y expectante, dio un pequeño paso hacia atrás y se apoyó en una

columna.

—¡Vaya! ¿Quién tenemos aquí? ¡El viejo borracho-a un taburete-pegado! —dijo Cirulo, con sarcasmo poco disimulado, olvidándose de Yesi por un momento y clavando sus ojos vacíos en los de Víctor—. ¿A qué se debe este honor?

Víctor mantuvo la mirada de Cirulo.

—Requiero los servicios de la señorita para esta noche, si no es inconveniente.

—“La señorita”... ¡qué finolis el hijo de puta!—la risotada de Cirulo casi superó los decibelios de la música atronadora del local.

—Tengo dinero...

Víctor sacó de su bolsillo la billetera y, entre un denso fajo de billetes, cogió tres de cincuenta euros. En ese instante, Cirulo agarró a Yesi por el brazo, obligándola a colocarse de espaldas frente a él. La abrazó con brusquedad por detrás. Una de sus manos cubrió el cuello de la mujer, la otra agarró uno de sus pechos. La cara de Yesi se descompuso. Sus ojos imploraban a Víctor.

—Yesi es muy especial. ciento cincuenta euros... ¡por favor! Eso es un insulto hacia su valía ¿verdad cariño? —sin esperar respuesta, después de lamerle la oreja con lascivia enfermiza, continuó—. Por ser tú, un cliente asiduo, por ser “el viejo borracho-a un taburete-pegado” te voy a hacer una oferta especial. Me vas a dar todo el fajo de billetes y, a cambio, puedes hacer con ella lo que quieras esta noche. ¿Qué te parece?

—No hay problema señor. Me parece un trato justo.

Yesi observaba, con disimulo, cómo Cirulo contaba los billetes, mientras subía, cojeando, las escaleras hacia la habitación. Casi podía oírle reír con esa voz atronadora, entre el murmullo de la clientela y la

música reggaetón.

El vapor ya se empezaba a notar en el amplio baño de la habitación. Víctor metió la mano en la bañera llena de agua para comprobar la temperatura. Ideal. Cerró el grifo. Giró la cabeza hacia la cama. Allí estaba ella, tumbada con los ojos cerrados. La cara pálida y ojerosa en extremo de la mujer estaba relajada. La profesionalidad de Yesi era incuestionable. Víctor tuvo que insistir mucho para que no hiciese su trabajo. No estaba en condiciones, era obvio. Ni a él le apetecía. Así que, a medio desvestir, la convenció para que reposase unos instantes sobre la cama mientras él le preparaba un baño.

Víctor se le acercó. Yesi abrió los ojos y le sonrió con gratitud y gesto cansado. Sin hablar, le tendió la mano, que ella tomó, incorporándose. La pierna afectada le falló y a punto estuvo de caer, de no ser porque los brazos de Víctor reaccionaron, abrazándola contra su pecho. Ese momento pareció alargarse, aunque solo fue un instante. Sus bocas quedaron a muy poca distancia. No se besaron. Víctor comenzó a desvestirla con delicadeza, como lo haría un padre a una hija. Ella se dejaba hacer. Era su trabajo, aunque Víctor intuía que, en aquel momento, el concepto prostituta-cliente no tenía mucho sentido. El deseo de protegerla y de cuidarla era enorme. Observó su cuerpo esbelto y suave, su piel blanca e impoluta, sus pechos pequeños y bien formados, sus caderas, su pubis rasurado. Él se sentía embriagado de sensaciones variopintas, una mezcla entre erotismo, ternura y compasión. La felicidad, si se pudiera definir de alguna manera, podría parecerse a aquel momento.

Acompañó a la mujer hasta la bañera y, con suma delicadeza, le ayudó a sumergir su menudo cuerpo en el agua todavía templada. Comenzó a enjabonar su pelo negro con movimientos suaves. Si, en aquel momento, hubiese habido un espectador observando aquella escena se habría preguntado, con toda seguridad, cómo era posible

que un hombre de aspecto tan rudo pudiera acariciar la cabeza de una mujer con aquella suavidad. La cara de Yesi, la única parte del cuerpo fuera del agua, transmitía paz. Sendos ojos cerrados, sintiendo el delicado movimiento circular de las fuertes manos del hombre. Todo se había olvidado, no existían penas, ni dolor, ni recuerdos, ni “Cirulo”. Sólo ella, él, el champú y el agua tibia.

El ligero bufido indicó a Víctor que Yesi se había quedado dormida. Después de sacarla de la bañera como si fuera una pluma y de secar su suave piel con la toalla, la tomó en sus brazos, la depositó en la cama y la arropó, con el mismo mimo con el que manipula un joyero su joya más preciada. Sentado a la vera de la cama, no pudo evitar una tierna sonrisa mientras observaba la pálida, alargada y, sin duda, hermosa cara de aquella mujer de la calle que había conseguido, sin proponérselo, iluminar su vida tan gris.

Yesi despertó relajada. No recordaba la última vez que se había sentido tan tranquila. Tardó unos instantes en darse cuenta de que aún se encontraba en el club. El reloj de su muñeca marcaba las 6:13. De forma extraña no se alteró. El silencio que reinaba en el club ayudaba a conseguir ese relax. A aquellas horas era muy raro que quedase nadie, Cirulo tenía muy marcados los horarios, “por la buena marcha del negocio” y si a partir de las cinco quedaba algún cliente rezagado o despistado, le invitaba “amablemente” a salir por la puerta. Pero hoy nada podía romper su paz, ni siquiera el miedo que sentía hacía aquel hombre de los ojos vacíos y la cicatriz en el cuello. Se tomó la libertad de permanecer unos minutos tumbada boca arriba, disfrutando de la “suite”. Se imaginó desnuda tumbada de espaldas sobre la hierba de un hermoso prado en un día de primavera. Incluso sentía cómo los rayos de un sol magnánimo y generoso se fundían con su piel, calmando su dolor físico y espiritual y cómo el aroma de las flores penetraba en sus fosas nasales provocando una sonrisa balsámica.

Nada perturbó aquella paz.

Con energías renovadas se incorporó. En la mesilla de noche se encontró dos billetes de cincuenta euros que, de forma automática, guardó en su bolso. Tras vestirse y acicalarse, se disponía a salir de la habitación cuando se fijó en una tarjeta caída en el suelo al lado de la mesilla. La tarjeta de visita de un hotel. En el reverso había una nota escrita a mano con una caligrafía clara y ligeramente inclinada hacia la izquierda. “Te espero de 9 a 11 de la tarde. Habitación 215. Víctor”. Con el corazón vibrando en su pecho, se guardó aquella tarjeta.

## CAPÍTULO 14

La rutina de Yesi era dura. Su reloj interno estaba descoordinado: trabajar de noche, apenas dormir de día... Nunca se acostumbraría a eso. Pero no le quedaba otro remedio. Necesitaba el dinero, de lo contrario su madre no sobreviviría. Así de simple.

Muchas veces, mientras se maquillaba frente al espejo, se imaginaba firmando libros en alguna librería importante a adolescentes imberbes con sonrisa bobalicona o a madres ansiosas por complacer a su hija de quince años. Se veía leyendo y analizando decenas de relatos de escritores nóveles, ilusionados y anónimos, buscando una oportunidad de reconocimiento. Incluso podía sentir el firme apretón de manos del flamante ganador del concurso literario que ella presidía al entregarle el primer premio. El ambiente de tranquilidad, el olor a libro antiguo que respiraba cada mañana dentro de la biblioteca, el ir y venir de los jóvenes universitarios por los pasillos buscando información, ofrecían a Yesi la oportunidad de pertenecer a ese mundo imaginado. Allí no era "Yesi" la puta, allí los hombres no la miraban con ojos de vicio, allí su cuerpo no era lo que se prestaba, sólo los libros. Le gustaba caminar entre las columnas repletas de libros de todo tipo, ojeando aquí y allá. Cuando veía algún ejemplar interesante, lo abría y leía el máximo de páginas posible, de pie, en el mismo pasillo donde se encontraba ubicado, antes de que el funcionario de turno le invitase a marchar. Si tenía suerte y no lo había tomado prestado nadie, en tres o cuatro días lo terminaba.

En multitud de ocasiones estuvo a punto de solicitar el carné de socio pero nunca se atrevió. Las putas no leen ¿verdad? Además, si Cirulo descubriese ese carné... Las consecuencias podrían ser desastrosas. Por otro lado, pensándolo bien, ¿qué podría escribir en el apartado "profesión" de la solicitud? ¿Mujer de afecto negociable? Tener una

profesión clandestina tenía sus desventajas.

Yesi no dejaba de hablar y hablar. Su madre parecía que la escuchaba con atención. Y quizás fuese cierto. La enfermedad que la dominaba era misteriosa. Aun así no perdía la esperanza. Aunque era muy duro verla tan frágil, postrada en aquella cama adaptada para personas con discapacidad.

Mientras le explicaba a su madre los pormenores de su día a día en el “bar” (omitiendo, eso sí, su verdadera profesión) observaba su cara lánguida y relajada, gracias a la montaña de pastillas que le administraban los amables enfermeros, su piel blanca, con una suavidad impropia de una mujer enferma de cincuenta años, su boca torcida que una vez fue objeto del deseo de muchos hombres, no cabía duda. En ocasiones, un hilo de saliva asomaba entre la comisura de los labios de la enferma, cosa que interrumpía el ficticio y alegre discurso de Yesi. Con dulzura, la joven limpiaba esa baba rebelde con un pañuelo de papel y continuaba con su verborrea. Si por ella fuera, seguiría hablándole todo el día pero su tiempo era muy limitado. Antes de marchar, siempre depositaba dos besos tiernos en las mejillas de su madre diciéndole que allí estaría al día siguiente.

Acudir diariamente al hospital era una rutina tan necesaria para su madre como para sí misma. Yesi estaba convencida de que su presencia y su parloteo tenían efectos curativos en la enferma. Lo había leído en varios artículos y libros sobre enfermedades degenerativas. Por supuesto, todas esas teorías no estaban probadas aún, pero Yesi mantenía la esperanza y la fe. De todas maneras, la medicación ayudaba. Y mucho.

Mientras Yesi caminaba hacia el club, pensaba en lo irónica que puede llegar a ser la vida. Cirulo era un indeseable y odioso malnacido, que le había hecho la vida imposible durante años. Ella era consciente de la vinculación emocional que existía entre los dos. A veces daba la

sensación de que ella fuese su “puta” preferida, incluso su novia. Solo pensar en ello, le producía náuseas. En otras ocasiones, la trataba con un desprecio desmedido. Por desgracia tenía que aguantar. No veía otra salida. Cirulo tenía muchos contactos, contactos que se movían al límite de la legalidad. O incluso fuera de ella. No lo sabía con certeza. Lo que le importaba era que siguiese financiando la medicina que mantenía con vida a su madre, con independencia de la legalidad o ilegalidad de la fuente de sus ingresos.

Hacía ya mucho tiempo que los médicos la habían dado por imposible. No existía cura oficial para aquella enfermedad. Degeneraría gradualmente hasta morir. Cada vez que recordaba el momento en que le dieron la noticia, se le helaba la sangre. El mundo se le cayó encima. No tenía dinero, no tenía hermanos, ni familiares cercanos. Nunca conoció a su padre, así que no podía contar con su ayuda. Estaba sola. Totalmente sola. Entonces Antonio apareció en su vida. En un primer momento se sintió atraída hacia aquel muchacho. Un tipo maduro a sus ojos, con una estética de “malote” que impresionaba. Todos aquellos piercings en la cara y aquella cicatriz en el cuello le hacían parecer mucho más alto de lo que era. El magnetismo que emanaba era irresistible. Tenía la capacidad de pronunciar, en cada momento, la palabra adecuada. Su intensa mirada denotaba seguridad. Eso era, precisamente, lo que necesitaba Yesi en aquella época de su vida, un líder que le guiase en el difícil camino que le esperaba y que le insuflase confianza. Tardó algún tiempo en darse cuenta del lado oscuro de Antonio. Muchas veces se preguntaba qué habría sucedido si no le hubiera abierto su corazón aquella noche, si no le hubiera contado la historia de la enfermedad de su madre, si no hubiera aceptado su propuesta de “sociedad” para abrir el “bar de copas”, si le hubiera rechazado cuando metió la lengua en su boca en aquel solitario callejón. A buen seguro, su madre no seguiría en el

mundo de los vivos. Aunque el precio que Yesi tenía que pagar estaba siendo muy alto.

La caída libre del club parecía no tener fondo. La afluencia de clientes iba decreciendo de forma alarmante. La crisis, de la que tanto se oía hablar por todas partes, había calado profundamente también en el sector “de recreo”. Yesi se reía entre dientes cuando, en ocasiones, escuchaba por casualidad, comentarios de gentes anónimas asegurando que la crisis no afectaba a las putas. ¡Qué equivocados estaban! Las horas pasaban muy lentas en los momentos en que las únicas almas que había en el club eran la de sus compañeras, la suya y la del jefe. Lo peor de todo, más que soportar el tedio de la espera, era aguantar el genio cada vez más virulento de Cirulo. Por fortuna no aparecía demasiado por allí. Quizás la razón fuese que ya daba el club por perdido. O que estuviera moviendo otros hilos no demasiado limpios. Conocía a Cirulo lo suficiente para saber que no caería tan fácilmente. Se mantendría en pie costase lo que costase y a costa de quien fuera. Y eso era, irónicamente, una buena noticia para ella: Cirulo seguiría financiando las medicinas.

## CAPÍTULO 15

Yesi temblaba de pies a cabeza, no solo por la fina lluvia que penetraba hasta los huesos, mientras caminaba bajo la luz de las farolas, en parte difuminadas por la llovizna. Sus piernas flaqueaban pero su determinación era grande. Necesitaba escapar de aquel lugar. Al día siguiente debía volver. Pero eso sería al día siguiente.

El engalanado conserje del hotel la miraba con una amplia sonrisa, mientras sus ojos la observaban de arriba a abajo con desaprobación. Había sentido aquella mirada acusadora infinidad de veces y no le afectaba. Tras indicarle con falsa cortesía la situación de la habitación 215, se dirigió hacia allí con paso renqueante y empapada hasta los huesos. Los huéspedes que se cruzaban con ella desviaban la mirada con evidente gesto de disgusto. Tomó el ascensor y subió al segundo piso. Justo al abrirse la compuerta, se encontró de bruces con un hombretón que casi la arrolla. Le agarró como pudo, evitando que cayese sobre ella y sujetándole por la cintura le ayudó, no sin dificultad, a volver a la habitación.

Yesi se sentía extraña en aquella suite, sentada en el borde de la cama arrojando a aquel hombre, un completo desconocido. Víctor intentaba incorporarse, alargaba sus anchas manos hacia ella, con una sonrisa ebria y torcida, como queriendo darle un abrazo de agradecimiento. Ella, con dulzura, le dio un levísimo empujón para que desistiera en su empeño. La sonrisa todavía permanecía en el rostro redondo y avejentado de Víctor cuando se durmió.

—¡Gracias!

Yesi dio un respingo. El sueño había podido con ella después de una ducha reparadora y bien merecida, cuando la voz de Víctor la despertó. Se incorporó del sillón-masaje en el que se encontraba tumbada, a un lado de la enorme cama. La cara del hombre estaba

extrañamente radiante, a pesar de las circunstancias. El gesto de levantarse hizo que uno de sus pezones asomase entre el albornoz que llevaba puesto, obsequio del hotel. Por instinto se lo cubrió. Ambos se miraron por un instante y rompieron a reír.

—Para ser prostituta eres algo recatada ¿no?

Sintió un calor en las mejillas, sensación que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. No se tomó a mal el comentario. Es más, incluso sonrió y se abrazó las piernas como una adolescente, todavía sobre el sillón-masaje.

—Te preguntarás por qué te he dado las gracias... —ella asintió. Tras un instante de silencio, Víctor prosiguió, aún tumbado, masajeándose la sien—. Disculpa pero el dolor de cabeza me mata... Demasiadas semanas de alcohol... Has venido... y te lo agradezco...

—¿Quieres...? —preguntó ella abriendo el albornoz.

Víctor hizo un gesto de negación con la mano y cerró los ojos.

—Sabía que vendrías, Yesi. Tenía la corazonada... ¡Joder, como duele! —aumentó la fricción de sus dedos en la sien—. Esto me está matando...

El sonido de la carcajada no invitaba a acompañarle. Era una risa terrible, dolorosa. Yesi sintió una profunda pena por él. Deseó abrazarlo con fuerza pero se contuvo. Las putas no abrazan a los clientes ¿verdad? Optó por esperar en silencio, expectante.

— ¿Sabes que has jodido mi proyecto de autodestrucción, Yesi?... Tranquila... Tú no tienes la culpa. La culpa es mía... sí. Al final va a resultar que me merezco otra oportunidad...

Volvió a reír con fuerza. Cualquier persona en su sano juicio habría pensado que aquel hombre estaba trastornado, pero a Yesi ni se le pasó por la cabeza. Entre aquellas frases inconexas y aquellas

absurdas risotadas había algo subyacente, algo importante que Yesi había activado dentro de la psique de Víctor de alguna manera desconocida.

—¡Qué tonto soy! ¡Qué te importará a ti lo que le pase a un grasiento millonario, venido a menos, que acabas de conocer!

—Me importa...

Esa afirmación sorprendió a Yesi. No podía creer que hubiera salido de su propia boca. Tras un breve silencio, tuvo el coraje de continuar, bajo la atenta mirada de Víctor.

—No sé por qué he dicho eso... En realidad no debería importarme, tienes razón. Sólo eres un cliente más y Cirulo siempre nos dice que con los clientes nada de charla... cobrar y follar. Punto... Cirulo es el dueño del club... —Víctor asintió—. Quizás no debí venir... pero cuando he visto la cara que ha puesto cuando ha llegado y ha visto el club vacío...

Su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Víctor se hizo a un lado en la cama y palmeó el colchón dos veces, mirándola. Ella aceptó la invitación y, sin quitarse el albornoz, se acostó a su lado. El calor que desprendía su enorme cuerpo ejercía un efecto calmante sobre ella. Los remanentes del olor a alcohol pasaron desapercibidos. Notó como, con suma delicadeza, la abrazaba. Ella se dejó abrazar y apoyó su cabeza sobre el pecho del hombre. Ambos se quedaron dormidos casi al instante, a pesar del insistente repiqueteo de las gotas de lluvia contra los cristales de la ventana. Las pesadillas desaparecieron aquella noche.

Víctor disfrutaba de una maravillosa vista mientras fumaba un cigarrillo con los antebrazos apoyados en el alfeizar de la ventana. Podía aspirar todavía el olor a humedad limpia de la ciudad. El amanecer rojizo le parecía algo increíble. La lluvia se había convertido

en un espectacular sol que se desperezaba. Aquella esfera, que empezaba a cobrar una fuerza inusitada, daba la oportunidad a un simple humano como Víctor, de dejarse observar antes de que se volviese poderosa y no se pudiese mirar directamente. Por un momento se imaginó trasportado a otro tiempo, tiempo de felicidad y juventud, donde las calamidades que había vivido no existían, mientras aspiraba el humo de su cigarro y lo exhalaba al exterior. El fresco de la mañana penetraba en su torso desnudo, sensación que, lejos de incomodarle, le gustaba. Le hacía sentir que seguía vivo. Aplastó la colilla en el alfeizar y se giró. Yesi seguía plácidamente dormida, aferrándose a la almohada, como si buscase su protección. La ternura le invadió de pies a cabeza. Tras cerrar la ventana en silencio miró el reloj digital de su Smartphone. Todavía era pronto para él, aunque el concepto de pronto o tarde carecía de significado. Con extremo sigilo tomó su cartera y sacó tres billetes de cien euros, dejándolos sobre la mesilla de noche. Esos tres trozos de papel servirían para aplacar el posible acceso de furia de Cirulo hacia Yesi por haberse marchado del club. O al menos eso esperaba Víctor. Se vistió, dio un beso suave en los labios a la joven profundamente dormida que yacía en la cama de su habitación y marchó.

## CAPÍTULO 16

### *La fama cuesta.*

La frase aparecía en su mente mientras acariciaba el lomo de Torno, acostado a sus pies. Éste era uno de los pocos momentos del día en el que podía decirse que estaba relajado: sentado en su viejo y aún cómodo sofá, tomándose una cerveza bien fría acompañado de su perro. “Ya lo creo que cuesta” pensaba, mientras miraba sin ver en la pantalla de su televisor de treinta y dos pulgadas las curvas arrebatadoras de la modelo que invitaba a comer un helado con una lascivia torpemente encubierta.

Cada jornada era agotadora para Cirulo. A veces, cuando tenía la certeza absoluta de que nadie le observaba, rompía a llorar. No era un llanto de esos ñoños de “nenazas”, no. Era un llanto de depuración, de sanación. Cirulo se imaginaba a sí mismo como una olla en la que iba metiendo sus historias diarias: las rayitas de coca, sus gestos malhumorados, los momentos de tensión cuando negociaba los intercambios, las peleas, en muchos casos con alto riesgo de salir malherido... Y, claro, como todo el mundo sabe, si se meten cada vez más garbanzos en una olla, llegará un momento en que explota y... ¡Hala, los garbanzos a tomar por el culo!

### *La fama cuesta.*

¡Qué razón tenía la protagonista de aquella serie de los años ochenta del siglo pasado! La fama cuesta... y mucho. Recordaba que apenas sobresalía unos centímetros del suelo cuando emitían aquella serie. Recordaba que, mientras sus padres discutían en la cocina, se quedaba sentado, absorto, en el suelo del salón frente al televisor observando en la pantalla a los bailarines y bailarinas en blanco y negro luchar para llegar a conseguir su sueño. Cuando el volumen de los gritos y los golpes aumentaba, el pequeño Antonio aumentaba, a

su vez, el volumen de la caja tonta. Eso lo aprendió rápido a pesar de su corta edad. Cuando pensaba en “Fama”, sólo venían a su mente imágenes inconexas, quizás algún giro elegante de Leroy, quizás algún castigo ejemplar de Lydia, la estricta profesora de baile...

*Buscáis la fama, pero la fama cuesta y aquí es donde vais a empezar a pagar. Con sudor.*

Esa frase mítica quedó grabada a fuego en su cerebro. Se convirtió en una especie de mantra para su vida. Él quería la fama. Y, gracias a aquella serie, sabía que había que pagar para conseguirla. Quería ser recordado en los libros de historia de alguna manera. ¿Bueno como Gandhi? ¿Malo como Hitler?... le importaba una mierda. “La fama cuesta” Lo tenía asumido. Vivir al filo de la navaja cada día entrañaba riesgos, pero la sensación de poder que experimentaba al ver las caras de auténtico pavor de sus putas cuando les exigía rendimiento o les amenazaba con no suministrarles su dosis, no se podía pagar con dinero. Aunque el dinero era importante para sus propósitos, sin duda. A decir verdad, el dinero no era un problema para él, ya que estaba bien relacionado a nivel local y, en la mayoría de los casos, funcionaba el “favor por favor”, pacto en el que el dinero pasaba a un segundo plano. Aun así él, por supuesto, quería más. Más dinero igual a más poder.

Cirulo era respetado. Bien conocido y temido por su destreza con la navaja, su arma favorita, de la que se sentía orgulloso. En los últimos tiempos apenas la usaba, debido a su estatus. En ocasiones, echaba de menos esa sensación de exaltación y de control cuando sentía cómo la navaja penetraba en la carne con un tajo certero y calculado. Tenía un sexto sentido para saber qué fuerza debía imprimir para herir y no matar. Invariablemente el pobre diablo salía huyendo, renqueante.

Cirulo también tenía muchos enemigos. Aunque, en aquel momento, podría permitirse vivir en un ostentoso chalet, prefería intentar pasar lo

más desapercibido que fuera posible. Por ello vivía en un pequeño piso, ubicado en un barrio de la periferia de la ciudad, una zona tranquila con una gran superficie verde donde pasear a Torno y poder así “despresurizar su olla”. Allí se sentía seguro, aunque era probable que no lo estuviera en ningún lado. No le importaba, tenía a Torno y su destreza con la navaja. Y amigos que le debían favores. Sonrió y echó un trago de cerveza, mientras Torno soltaba un alegre bufido y le daba un fugaz lametón en la mano.

*¿Qué coño pintaba ella allí?*

La sorpresa fue mayúscula. De todas las veces que la había seguido (había que llevar un control de la inversión y Yesi era el mayor activo que poseía), nunca se hubiera imaginado que una puta del tres al cuarto como Yesi se atreviese siquiera a pasar por delante de semejante monstruo de las finanzas, tanto legales como ilegales (él lo sabía bien, no pocas veces se había reunido con algún que otro narco en ese mismo lugar). Eso le hacía sentir que había perdido el control sobre ella. Y le enervaba. Le enervaba de tal manera que a punto estuvo de salir disparado del coche aparcado al otro lado de la calle, en el lugar perfecto para observar la puerta del hotel sin ser visto, cruzar la calzada de cuatro carriles y dar su merecido a aquella zorra.

“Tranquilo, Antonio, tranquilo.”, se dijo. Se mantuvo sentado en el coche, observando cómo la mujer entraba a la recepción. Miró el reloj de su Smartphone. Las 22:52. La curiosidad era más fuerte que los deseos de aplastarle la cabeza. Así que eso era. Por eso se marchaba del club siempre a las diez y pico. ¡Hija de puta! Se sentía defraudado, estafado, incluso celoso, aunque no quería reconocerlo. ¡Se estaba follando a un puto ricachón a sus espaldas! Golpeó tan fuerte el volante con la palma de la mano que a punto estuvo de dislocarse la muñeca. Con lo que él había hecho por ella y por su mamaíta. Nuevo golpetazo. Su madre estaba viva por él, POR ÉL.

Nuevo golpetazo. Tenían un acuerdo y ella lo había roto. Nuevo golpetazo. Nuevo golpetazo. Nuevo golpetazo. El corazón le palpitaba con fuerza y su respiración se asemejaba a la de un toro bravo en celo.

Más calmado, bajó del coche y se dirigió con paso decidido al hotel.

—Buenos días señor Cabrales. No esperábamos su visita hoy. —dijo el rubio recepcionista del hotel, con una sonrisa de cortesía forzada. Era evidente que la presencia de Antonio le incomodaba—Déjeme que lo compruebe en nuestra base de datos...

—No te preocupes Jason, hoy no vengo por negocios. Necesito saber a qué habitación ha ido la señorita que acaba de llegar; joven, pelo negro, con una ligera cojera. Es una vieja amiga a la que hace tiempo que no veo y me gustaría darle una sorpresa...

—Lo siento Sr. Cabrales, esa información es confidencial y no puedo dársela en cumplimiento de la ley de protección de datos de nuestros clientes...

—Ya... lo entiendo. Una lástima... Bueno, entonces creo que llamaré a Nicolás —los ojos del recepcionista se abrieron como platos, fijos en los fríos ojos de Antonio—. Quizás sea hora de que se plantee un cambio de personal en este hotel... Como dice el refrán, renovarse o morir...

El recepcionista le fulminó con la mirada durante un instante, manteniendo la falsa sonrisa. Antonio se la devolvió con sarcasmo como diciendo “Sabia decisión”.

—Envíame entonces por e-mail los datos del cliente de la 215, Jason.

—Pero yo...

El recepcionista accedió a suministrarle esa información al ver cómo Antonio, mostrándole los dientes, sacaba su Smartphone y se lo

mostraba moviéndolo de arriba a abajo. En la pantalla aparecía la cara de un tipo orondo y sonriente etiquetado como “Nico” y debajo el icono verde de llamada.

Antonio se mantuvo un rato sentado al volante. Sus pensamientos volaban. Se recordaba a sí mismo, hacía unos minutos, delante de la 215, con los ojos enrojecidos de rabia, los puños apretados hasta doler, los músculos en tensión, preparado para echar la puerta abajo, sacar las tripas al hijo de puta de un tajo, agarrar a Yesi por el cuello y apretar y apretar y apretar hasta que implorase por su vida. Sí, eso estuvo a punto de hacer. Pero se contuvo. Y, en aquel momento, sentado en el asiento del conductor, se enorgullecía por ello. El tímido sonido de su Smartphone le indicó que ya había recibido el e-mail que esperaba. Bien. Si el dinero era el padre del poder, la información era la madre. Sólo tenía que propiciar el encuentro adecuado entre los dos amantes para que engendrasen el poder que él ansiaba.

### *La fama cuesta*

Era posible, pero intuía que, a partir de aquel momento, a él le costaría un poco menos. Con una carcajada de satisfacción, puso en marcha el motor y se dirigió hacia su casa. Tenía unas citas románticas que preparar.

La vida del “señor” Víctor Sedal Cano era de lo más aburrida. Borracheras, juego y putas. Esa era la conclusión a la que llegó Antonio después de una semana de seguimiento. Le tenía intrigado la actitud de aquel hombre. Daba la sensación de que, a pesar de que sólo tenía 46 años, según los datos que le envió Jason, estaba de vuelta de todo. Dormía en uno de los mejores y más caros hoteles de la ciudad y, sin embargo, se follaba a las putas más barriobajeras. Era extraño. No cualquiera podía permitirse el lujo de vivir en un hotel así durante más de dos semanas. Antonio, cuando llegase a su edad, dentro de 14 años, sería el tipo más poderoso del país, pero eso no

sería obstáculo para seguir adelante hasta conseguir ser el más poderoso del continente e incluso del mundo, por qué no. Por eso no entendía que un tipo tan joven y con tanto dinero actuase de aquella manera.

Por otro lado estaba la relación con Yesi. Cada vez que se imaginaba a ese hijo de puta montado encima de ella le ardía la sangre. Tenía que dominarse. En el fondo sabía que si lograba vencer esa pasión cegadora sería muy beneficioso para él. El hecho objetivo era que se juntaban cada día en la habitación 215, siempre a la misma hora, las veintitrés horas. Pasaban la noche juntos y ella salía del hotel hacia las cinco o las seis de la mañana del día siguiente. ¿Qué cojones estarían planeando esos dos? Porque era evidente que no se pasaban la noche follando. Dudaba que un tipejo como Víctor aguantase más de cinco minutos. Olía raro. No quería ni pensar que pudieran tener un romance. Eso nunca. Su Yesi no le podía hacer eso. Tenía que ser algo más. Algo ruin. Pero... ¿Qué? Para cerrar un negocio, con una buena cena y un buen postre de putas de lujo, solía ser suficiente, él lo sabía bien. Y en los negocios siempre entraban en juego al menos tres individuos: el vendedor, el cliente y la puta o putas. Por tanto, en este caso, faltaba una incógnita en aquella ecuación. ¿Quién era el vendedor? ¿Yesi? ¿Qué pretendía negociar con él? Preguntas que pasaban por su mente sin respuesta alguna. No se iba a rendir, nunca lo había hecho y no lo haría esta vez. Estaba en juego su brillante futuro que podía ser presente si jugaba bien las cartas.

## CAPÍTULO 17

El sombrero gris oscuro tipo fedora no le sentaba tan mal, después de todo. Le hacía parecer más mayor, lo cual le beneficiaba. Quería pasar desapercibido. A veces, irónicamente, era una desventaja ser conocido en tantos sitios. Con el sombrero, las gafas oscuras y el fular estampado gris claro cubriendo su tan característica cicatriz del cuello no le reconocería ni su propia madre. Le sentaba bastante bien el traje gris, aunque se sentía algo raro, acostumbrado a vestir de manera totalmente diferente. Vio su sonrisa torcida en el espejo. Podría acostumbrarse a esa nueva imagen. Lo peor había sido quitarse los piercings de la cara. Eso fue duro, pero todo sea por conseguir su propósito.

—¡No va más!

Todas las miradas parecían mandar extrañas vibraciones cósmicas a la pequeña esfera blanca de teflón, “Cae en el quince negro, ¡cae en el quince negro...!” o “Por favor, que sea el tres rojo, por favor...”, y la esfera se burlaba de las personas que se agolpaban alrededor de la mesa, girando y girando sobre la ruleta: ¿dos negro?, ¿quince rojo?, ¿o quizás siete negro? Todo el mundo mascaba la tensión. Todo el mundo menos Víctor. Allí estaba, observando el giro, impassible, como si con él no fuera la cosa, mientras una mujer rubia despampanante se agarraba a su brazo, llena de excitación. El fuerte olor a perfume que emanaba la mujer envolvía a Antonio, a su lado. Una columna de fichas amarillas descansaban sobre el ocho negro. Diez fichas. Las fichas de Víctor. El cosquilleo en el estómago que sintió Antonio le sorprendió. A pesar de que estaba más que acostumbrado a aquel tipo de situaciones, no pudo evitar sentir cierta ansiedad por ver qué pasaba. La apuesta era muy fuerte, desde luego. No era la primera vez que veía una apuesta así. Lo que le dejaba atónito era la actitud de Víctor.

Podía perder una auténtica fortuna y parecía no importarle.

—¡Ocho rojo!

Un ¡Uyyyyyyyy! generalizado se oyó. Incluso Antonio no pudo evitar hacer una exclamación.

Lo más increíble fue que, tras ese tremendo palo (había perdido la friolera de diez mil euros), mientras el crupier procedía a la retirada de fichas y al pago de las apuestas ganadoras, Víctor no se movió, ni cambió su semblante impertérrito. No sólo no se movió sino que, en la siguiente ronda, volvió a colocar otras diez fichas al ocho negro. La mujer rubia se abalanzaba sobre él, agarrándole del cuello y besándole la cara, totalmente exaltada. Antonio estaba tan sorprendido que no fue consciente de que el resto de mesas se vaciaron. Prácticamente todo el casino se arremolinaba alrededor de la mesa de Víctor.

Tras perder de nuevo, Víctor miró su reloj y, de manera pausada e indolente, se dirigió hacia la puerta de salida. Antonio, a su vez, miró la pantalla de su Smartphone: 21:45. Parecía que el viejo no quería apostar más (sensata decisión, después de perder al menos veinte mil euros en una tarde). Antonio dudó si seguirle o no. Optó por dejarle ir a su, más que probable, cita con Yesi. Ignoró la sensación de vacío en su estómago ante la perspectiva del encuentro con ella. Todavía se quedaría un ratito más en el casino.

—Permítame que le invite a una copa señorita, con el permiso de su acompañante, por supuesto.

La atractiva rubia se giró y sonrió al joven.

—No es mi acompañante, señor...

—Llámeme Víctor —mintió el joven.

—Parece que hoy es el día de los Víctores... Llámeme Malena. La verdad es que ya me estaba aburriendo de tantas apuestas fallidas.

Necesito un descanso—comentó Malena, agarrándose al brazo que le ofrecía el falso Víctor, entre los gritos eufóricos del público alrededor de la mesa de juego.

—Vayamos a un sitio tranquilo entonces.

—¿No ha habido suerte hoy, Malena?

El falso Víctor posaba sus ojos en los de Malena mientras sorbía con elegancia su cóctel. La mujer, sentada frente a él, con las piernas cruzadas, en una postura insinuante sin llegar a ser zafia, apuró el último trago de su bebida y sonrió. Sus grandes ojos azules se posaron en los de él.

—La suerte es relativa, Víctor. En este momento me siento afortunada de estar sentada frente a un atractivo hombre como tú en la barra de este bingo tan espectacular, saboreando un White Russian bien frío.

—¡Salud!

—¡Salud!

—Tengo una curiosidad, Malena. Me hizo gracia tu comentario: “parece que hoy es el día de los Víctores...” ¿Te has encontrado alguno más hoy? —dijo el falso Víctor, alzando las cejas, mostrando su media sonrisa.

—¿Recuerdas al tipo calvo y gordo que perdía constantemente?

—¿Uno que perdió cinco mil euros? Sí, me acerqué por casualidad a su mesa, al ver el alboroto que se montó...

—¿cinco mil euros? ¡Ja! ¡Más bien veinticinco mil diría yo!

El falso Víctor escuchaba atentamente. A esas alturas de la velada, el nivel de alcohol en el bonito cuerpo de Malena trabajaba para él. La mujer ya estaba achispada y su parquedad en palabras inicial se había convertido en una elocuencia más que interesante.

—En cuanto entró por la puerta me dije... ¡Éste promete! —continuó Malena—. Me invitó a dos o tres copas... él bebió unas cuantas más... —tomó un sorbo del cóctel—. Estaba muy callado, como ausente. Pero yo, de alguna manera, sabía que el tipo manejaba dinero. Y el dinero da suerte, ¿sabes? Y para mí la suerte lo es todo en la vida...

—Claro... ¿y lo del ocho negro? Me di cuenta que apostaba siempre al mismo número... ¿Te contó el motivo?

—Sí... el ocho negro... —tomó otro sorbo—. Después de bastante tiempo charlando y bebiendo, se abrió... Me contó que tenía fijación con esa combinación, cada vez que apostaba... el ocho negro. El tipo era bastante listo, la verdad...

Malena puso los ojos en blanco, como ensimismada. El falso Víctor estaba perdiendo la paciencia.

—Sí, era listo...El motivo, Malena...

—Sí... —apuró su copa. A un gesto del falso Víctor, el camarero sirvió a la mujer una más—. Me dijo que el ocho venía de una regla meno..., teno... ¡nematécnica! —Malena rio—. Una regla nemotécnica que se había inventado para que no se le olvidase nunca el número que le dio la felicidad y que le llevó a la tristeza más absoluta... El número 215 que sumando sus dígitos da ocho ... o algo así...

El falso Víctor se quedó pasmado ante la historia tan surrealista que le estaba contando aquella mujer. Número 215... ¿Qué secreto guardaba ese número? ¿Algún tipo de contraseña, quizás? ¡Vaya con el señor Víctor Sedal Cano...! ¡Tenía secretillos! Interesante...

—¿Y lo del color negro? —quiso saber el falso Víctor.

—Color negro... sí... Negro como su futuro...

El falso Víctor dejó a Malena durmiendo la mona apoyada sobre la barra y marchó. Tenía mucho en qué pensar y no había sitio mejor

para ello que paseando a Torno.

La luna ya descansaba sobre el cielo oscuro de la ciudad. Torno olisqueaba inquieto los troncos de los árboles con los que se cruzaban caminando por el parque. La lluvia ya había cesado. El olor a humedad del ambiente tenía un efecto relajante. A Antonio le gustaba la lluvia. Quizás porque era gris, como él o quizás porque depuraba su estrés diario, como si de una lavadora cósmica se tratase. En ese estado de relax, Antonio recapitulaba. Víctor Sedal Cano se había convertido en su objetivo a corto plazo. Antonio sonrió, sin perder la visión de Torno, ajeno a las cavilaciones de su amo. Algunos cabos sueltos todavía quedaban en el aire. Algunas preguntas quedaban sin responder. A pesar de ello, con la información que en aquel momento disponía, podía preparar su estrategia. Si quería aprovechar la circunstancia en su propio beneficio debía actuar con frialdad, no podía dejarse llevar por sus emociones más destructivas. De actuar así, lo más probable era que la pieza clave en este puzle no colaborase. Y sin ella, todo el plan se iría al traste.

Antonio no recordaba que hubiera sentido nunca en su vida una sensación tan extraña como la que sentía en aquel instante. Mezcla de paz interior, excitación y determinación. Inspiró profundamente. La ligera humedad del ambiente penetró en sus pulmones, limpiando su cuerpo de bajas vibraciones. Desbloqueó su Smartphone. La débil luz del aparato le mostró la hora. Aquella noche no iría al club. Su pieza clave, a buen seguro, no estaría allí. Su sonrisa se amplió al comprobar que no le afectaba.

## CAPÍTULO 18

Le acababan de limpiar. Yesi apenas era consciente del olor a desinfectante médico y a heces que impregnaba la habitación. Sus sentidos al completo estaban fijos en la persona recién aseada postrada en aquella cama articulada. La persona que le había dado la vida. La persona que había luchado tanto para terminar en una habitación blanca y espartana, llena de aparatos médicos inservibles para su enfermedad. La persona que había perdido hacía tiempo el brillo en sus ojos. Acarició las vetas de pelo blanco que se abrían paso sin tregua a lo largo de cabello negro azabache de la enferma. Una lágrima pugnaba por salir pero la apartó rauda con el dorso de la mano. No quería que la madre poderosa y guerrera que aún quedaba en algún lugar remoto de su subconsciente la viera llorar. Se enfadaría y le diría “¿De qué te sirve llorar? ¡Actúa, coño, actúa! ¡Con los lloros no hacemos nada!”. Yesi sonrió mientras sorbía por la nariz y se limpiaba los ojos enrojecidos. “Estoy actuando, mamá. Por ti...”

Alguien tocó la puerta. Desde que llevaba ingresada, nadie había aparecido por allí, de no ser las enfermeras, los médicos y, de vez en cuando, alguna de sus compañeras de profesión que presentaba, por supuesto, como sus “amigas”. Pero claro, éstas últimas no se dejaban ver demasiado ya que, por las mañanas tenían que descansar después de una dura noche de trabajo.

—Adelant... ¡Antonio! ¿Qué haces tú aquí? —musitó Yesi.

La boca se le secó al instante. El corazón le latía como loco. Permaneció un buen rato sentada en el asiento del acompañante. Era incapaz de moverse. Sólo podía observar cómo Cirulo entraba en la habitación, como si fuera el enviado de la mismísima muerte.

—¿Así agradeces que venga a interesarme por tu madre, Yesi?

—¡No me llames Yesi aquí, maldita sea! —susurró la joven. Sacando

fuerzas de flaqueza, se incorporó y agarró a Cirulo del brazo—. Vayamos fuera, por favor, te lo ruego.

—Por supuesto...

La docilidad de Cirulo le sorprendió. Es más, le aterrorizó. Conociéndole como le conocía algo muy malo tramaba.

—¿Qué quieres, Antonio?

—Tranquila, tranquila, todo está bien —dijo Cirulo, mostrando sus palmas abiertas y su media sonrisa—. Sólo quiero saber cómo está tu madre, nada más.

—Está bien, gracias —le contestó con sequedad—. Ya puedes irte.

Él no hizo ademán de marchar. Por el contrario, se mantuvo de pie frente a ella, en el pasillo del hospital, manteniendo los ojos fijos en los suyos y sonriendo. Definitivamente algo tramaba. Ella estaba acostumbrada a aquella mirada fría y oscura pero esa suavidad al hablar y esa sonrisa le hacían activar todas las alarmas.

—Me alegro, de veras —le dijo mientras posaba una mano sobre su hombro con una delicadeza impropia en él—. Sé por lo que estás pasando. Sé que estás sufriendo mucho por ella. Y entiendo que estés ofuscada pero no me parece correcta tu actitud hacia mí. Has de recordar —susurró haciendo una ligera presión sobre el hombro de la mujer— que tu madre “está bien” gracias a mí. Debes saber que este hospital no es barato precisamente. El esfuerzo económico que hago para mantenerla aquí, bien cuidada como está, no es pequeño —la presión aumentó. Una corriente de dolor viajó desde el hombro hasta los dedos de Yesi. Se mordió el labio para no gritar—. También sabes, querida, que si no fuese por los fármacos de última generación que le suministran en este hospital estaría muerta ya.

¡Maldita sea, que fuerza tenían esos dedos tan pequeños! Estaba a punto de gritar cuando la presión aflojó.

—Por eso, querida Yesi —continuó Cirulo con un hilo de voz, acercándose al oído de la joven—me merezco un poco de respeto y buenos modales, ¿no crees?

Cirulo se giró para irse pero vaciló. Como si se le hubiera ocurrido algo en el último momento, se volvió hacia Yesi y le dijo:

—¡Ah, por cierto! No te he dicho que las tarifas de los medicamentos de tu mamá han subido... ¡Qué cabeza la mía!

Yesi palideció. Sólo Dios podía intuir lo que tramaba aquel ser mezquino y ruin y ella lo iba a saber de inmediato. Y lo peor de todo era que, con toda seguridad, no tendría más opción que aceptar lo que le propusiese.

Mantuvieron la mirada durante un tiempo indeterminado, que a Yesi le parecieron horas. Por fortuna para Cirulo, en aquel momento no había apenas gente por los pasillos. De lo contrario quizás alguien podría haberse preguntado qué demonios hacían dos personas en medio del pasillo, una de ellas joven con la cara desencajada y la otra un hombre de aspecto siniestro, mirándose fijamente el uno al otro. Alguna enfermera de vez en cuando se había cruzado con ellos, los había mirado sin mucho interés y había continuado su camino. El condenado conocía las horas de menos afluencia de gente en el hospital. Se las sabía todas, el muy...

—Seré breve —murmuró Cirulo. Yesi odiaba esa falsa sonrisa—, porque sé que tienes que atender a tu mamá y también a tu “papito”... Como te he dicho, las tarifas han subido y me temo que voy a necesitar más dinero. Por desgracia, hay que pagar las deudas y, con todo el dolor de mi corazón —Yesi odiaba aún más su vil sarcasmo— te tengo que pedir un esfuerzo extra. Aunque me da la impresión de que el dinero no es problema para ti ahora, ¿verdad?

Las alarmas sonaban en el cerebro de Yesi. ¿Papito? ¿Qué quería

decir con papito?

—Quiero el ochenta por ciento del dinero que consigas de tu “cliente especial”... —hizo una estudiada pausa—. Pensándolo bien, mejor olvida el dinero. Quiero que tu “cliente especial” me haga accionista principal de su empresa. A no ser que quieras romper nuestro pacto, entonces tu madre terminará sus días muy pronto, en una pequeña casa rodeada de su familia, es decir, de ti y quizás de algún gato callejero. No es un mal final en realidad... —alzó los ojos al cielo, simulando ensimismamiento. El estómago de Yesi se revolvió—. Recuerda que tengo ojos y oídos por todas partes. Si me engañas lo sabré y toda acción tiene su reacción... Una reacción que va a afectar a “todos” tus seres más queridos, sin excepción...

Cirulo se dispuso por fin a marchar, no sin antes enviar un beso soplado a Yesi muy teatral. La joven tardó en reaccionar, plantada en medio del pasillo del hospital. La olla estalló cuando entró al baño anexo a la habitación de su madre y candó la puerta. Aspirando los efluvios de su propio vómito acumulado en la taza donde descansaba su cabeza, rompió a llorar.

## CAPÍTULO 19

—¿Por qué vuelves, Yesi?

—Por dinero, encanto...

—Repito la pregunta, ¿Por qué vuelves, Yesi?

La mujer no contestó. Víctor, tumbado en la cama de la habitación 215, la observaba con gesto interrogativo. Aquella noche su aspecto no parecía tan cansado y abatido como en otros encuentros. No olía tanto a alcohol. Yesi se sintió como una estúpida al creer que mintiéndole, como si de un cliente más se tratase, quedaría conforme con la respuesta. Después de seis o siete citas, en las que apenas intercambiaron palabras Yesi sabía, de alguna manera, que Víctor no era un millonario salido, con pocas luces. No conseguiría engañarle con una frase típica de puta barata. Al pasar frente al inmenso espejo de la habitación observó su propia cara más pálida de lo normal, mientras se quitaba la ropa. El maquillaje no había sido lo suficientemente efectivo para disimular su malestar psicológico, sobre todo después de la conversación con Cirulo.

—Ponte el albornoz, Yesi. Siéntate a mi lado y cuéntame lo que necesites contarme. Tranquila, tenemos toda la noche, te pagaré bien.

Yesi no lo ponía en duda. No recordaba que hubiera tenido otro cliente más generoso que él. Ya sentada a su lado, una corriente de sensaciones recorrió su cuerpo. Con la mirada baja, se esforzó para evitar llorar y lo consiguió. De repente se giró y sus labios se posaron en los de Víctor con suavidad. Aquel beso le apetecía más que nada en el mundo en aquel momento y no pudo evitarlo. No pudo ni quiso. Una especie de electricidad emocional circulaba a través de los poros de su piel al sentir cómo el hombre respondía con exquisita dulzura. Sendos labios apenas se tocaban y justo en el momento en que la energía sexual llegaba al límite de la lujuria más absoluta Víctor, en un

alarde de caballerosidad, apartó la cara sin brusquedad alguna y abrazó a la joven con ternura. Yesi volvió a ser la niña de cuatro años que una vez fue, mucho tiempo atrás. Volvió a sentirse la niña feliz que jugaba en el parque, su madre volvía a ser su madre, tan fuerte y sonriente y todo estaba bien.

Cada vez que se acercaban las once de la noche, Yesi se excitaba como lo hace una adolescente en los momentos previos a su primera cita con el chico de sus sueños. Tomaba especial cuidado en que su maquillaje fuese perfecto, se cepillaba el pelo con paciencia, no debía quedar ni un mechón descolocado e incluso se ponía la ropa más elegante que poseía. Cuando terminaba de acicalarse, se miraba al espejo. La mujer que allí aparecía podía considerarse atractiva, a pesar de la delgadez. El maquillaje remarcaba sus ojos verdes tan parecidos a los de su madre. El pelo negro recogido en una coleta, la camisa blanca y los pantalones negros lisos le hacían parecer una escritora de altura. Una gran altura, sí, gracias a los zapatos negros de tacón alto.

Aquella semana transcurrió tranquila. Cirulo no apareció en ningún momento, cosa que Yesi agradecía. Debía vivir el presente, a pesar del ultimátum de Cirulo. Disfrutar de sus encuentros con Víctor. No se podía engañar a sí misma. Su vida seguía siendo una mierda. Su madre seguía enferma y su profesión seguía siendo la que era, al menos hasta las once de la noche. A partir de esa hora parecía como si al cruzar el umbral de la habitación 215 entrase en una quinta dimensión, donde todo era cariño y dulzura, donde la palabra no era necesaria para comunicarse, donde el amor, en su concepción más amplia y pura, era como el oxígeno, necesario para vivir.

Víctor se había convertido en una pieza troncal en su vida. A pesar de que apenas le conocía, algo le decía que le conocía de toda la vida. Esa sensación ocupaba su mente cada vez que sentía sus

grandes brazos alrededor de su cuerpo. Nunca conoció el amor. Se engañó creyendo que lo había descubierto cuando se topó con Antonio. Pensó que el engaño y la manipulación formaban parte del juego del amor. Y, al aparecer Víctor en su vida, tuvo la certeza de que el amor no tenía nada que ver con engaños ni manipulaciones. El amor no exige nada, el amor no es el deseo unilateral de sexo, el amor es generosidad, el amor es la paz del alma y del corazón de los amantes.

Llego un punto en el que no hacía falta hablar. Se había generado una especie de ritual entre ellos. Cada noche aparecía Yesi: unas veces con aspecto radiante, otras con aspecto más cansado, pero siempre hermosa. Víctor la invitaba a pasar. Yesi se desvestía, quedándose sólo en ropa interior y se metía en la cama. Víctor también se quitaba toda la ropa, excepto los calzoncillos, se acostaba junto a ella y la abrazaba, besándola con dulzura. La intensa sensación que experimentaba le llenaba completamente. No era necesario el sexo en absoluto. De hecho no recordaba haber tenido sexo con ella en ninguno de sus encuentros.

El caos dentro de la mente de Víctor comenzó poco a poco a ordenarse, gracias a la presencia de aquella mujer. A ella no le gustaba demasiado hablar pero tenía una gran capacidad para escuchar, aunque él no tenía apenas nada que decir. Los recuerdos anteriores a la muerte de sus hijos estaban muy difuminados y confusos. A veces se veía a sí mismo explicando con entusiasmo algo a otras personas, en una especie de reunión. Otras se veía sentado en el asiento Business de un avión, rumbo a un destino que él ignoraba, bebiendo una copa de champán, acompañado de hermosas mujeres y de otros hombres vestidos con traje azul y corbata roja, igual que él. No sabía si aquellos flases correspondían a vivencias reales o eran imaginaciones de su mente atormentada. Lo que estaba grabado a fuego dentro de él era el día en el que murieron Aarón y

Tristán. Era incapaz de borrar aquel recuerdo, por más que quisiera. Y dolía, dolía mucho. Le carcomía por dentro, como un gusano escondido dentro de una manzana.

## CAPÍTULO 20

—Sucedió un lluvioso jueves... Me avisaron cuando estaba volando hacia Nueva York. Recuerdo que me quedé paralizado al recibir la horrible noticia, mientras la lluvia golpeaba el chasis del avión como una especie de canto fúnebre...

Víctor comenzó a hablar de repente. Yesi se giró sobre la cama para poder mirarle. El hombre fijó sus ojos en ella unos instantes, desvió la mirada hacia el techo y continuó hablando.

—Recuerdo que le pedí al piloto que diese la vuelta de inmediato. El hombre empezó a poner pegatas pero, al final, accedió... Aquellas cinco horas de vuelo hasta aterrizar fueron las más largas de mi vida, te lo puedo asegurar...

Víctor hizo una pausa. Yesi mantuvo un silencio respetuoso.

—Cuando el avión aterrizó, nadie me esperaba, sólo el chofer. Creo que, de camino, me habló pero yo le ignoré. El trayecto desde el aeropuerto hasta el tanatorio está confuso...

Víctor calló. Yesi acarició la nuca del hombre con suavidad, de manera inconsciente. Él seguía observando el techo, con los ojos brillantes, como si quisiera traspasarlo con la mirada.

—El tanatorio estaba atestado de gente, conocida y desconocida, que me miraba con gesto desconsolado impidiéndome avanzar hacia la sala ocho. Yo sólo quería comprobar que me habían mentido, que todo era una broma macabra de Aarón y Tristán. Yo sólo quería regañarles por hacerme volver de una importantísima reunión y después subir de nuevo al jet privado y partir hacia Nueva York. Pero toda esa gente, con esos trajes de Armani y esas joyas tan brillantes no lo entendían, ni les importaba, a buen seguro, y continuaban asediándome con palabras vacías que yo no escuchaba y palmaditas en la espalda que

no insuflaban ánimo alguno... todo lo contrario.

Yesi abrazó con fuerza el inmenso cuerpo de Víctor cuando vio que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Él continuaba en la misma posición y no se movió.

—Cuando llegué frente a la puerta de la sala ocho todo se desmoronó. No podría explicar ni en un millón de años lo que sentí al ver los carteles con el nombre de mis hijos pegados en la puerta: “Aarón Sedal Sánchez, diecinueve años” “Tristán Sedal Sánchez”, dieciséis años”... —Víctor se quedó sin voz, carraspeó y continuó—. Abriéndome paso a empujones me acerqué a la vitrina donde se encontraban los cuerpos. Allí estaban, como en un escaparate, tan jóvenes y hermosos, dormiditos, con las manos enlazadas sobre el pecho, tan elegantes... Extrañamente no pude llorar, por más que lo intenté. Belén, la madre de los chicos y todavía mi esposa, se acercó llorando y me increpó algo que no entendí. Incluso llegó a golpearme en el pecho, delante de toda aquella gente allí congregada. Yo no entendía nada y lo único que pude hacer es sujetarle las manos. Ella siguió golpeándome con cada vez menos fuerza hasta que se rindió en un mar de lágrimas y me abrazó. Recuerdo que, en aquel momento, me sentí unido a ella como nunca antes, a pesar de que nuestro matrimonio no era más que una farsa...

—¿Por qué te golpeó? —inquirió Yesi, todavía abrazada a él.

Víctor movía la cabeza de un lado a otro, como negando. Otra lágrima se deslizó sobre su cara.

—Porque yo les maté...

El hombre rompió a llorar, llevándose las manos a la cara. Yesi no sabía muy bien cómo reaccionar ante aquella afirmación tan dura. Tras un instante de duda le abrazó con más fuerza, intentando que Víctor percibiera su calor.

Justo en ese momento sonó el teléfono de Yesi. A desgana lo tomó. En la pantalla aparecía el logo impersonal de google y debajo la palabra “Antonio”, parpadeando. Yesi se incorporó rápidamente mirando a Víctor, ya más calmado, y con un gesto de disculpa, atendió a la llamada.

—Debo irme Víctor... Lo siento mucho... Yo...

—No importa...vete. —contestó el hombre indicándole con la mano que se marchase.

Yesi se vistió y, con todo el dolor de su corazón, abandonó la 215.

A aquellas horas de la noche los autobuses no circulaban así que no tuvo más remedio que ir al club caminando. La ciudad estaba tranquila, apenas se cruzó con dos o tres personas. El abrigo, ya algo raído por el uso, no le abrigaba suficiente y tenía frío. Apretó el paso para entrar en calor y también para no hacer esperar a Cirulo. Extrañamente no pensaba en él en aquel momento. Otras preguntas venían a su mente. ¿Víctor era un asesino? Lo dudaba. No podía ser que un hombre como él se atreviese ni siquiera a pensar en hacer algo así. Entonces, ¿a qué vino esa afirmación? No tenía ningún sentido. Necesitaba saber lo que ocurrió. Pero primero debía apaciguar el, más que probable, acceso de ira de Cirulo.

Llamó a la puerta con timidez. La inconfundible voz de Cirulo le indicó que entrase. Yesi inspiró profundo y entró.

Cirulo, con el torso descubierto, estaba de rodillas frente a la mesilla de noche, aspirando una raya de coca a través de un billete enrollado metido en uno de los orificios de la nariz, mientras Lilith y Noemi, totalmente desnudas, reían como locas y se besaban sobre la enorme cama. Decenas de prendas estaban esparcidas por toda la habitación. Cirulo se giró y, absorbiendo por la nariz, miró a Yesi con los ojos rojos y vidriosos y una horrible sonrisa torcida dibujada en la cara. Yesi, con

un esfuerzo titánico, le sonrió a su vez y comenzó a desvestirse. Cirulo levantó la palma, indicándole que esperase. Ella suspiró aliviada. Aunque quizás la alternativa a la orgía no fuese muy recomendable para su integridad física. Cirulo se acercó a las dos compañeras de profesión de Yesi y les propinó un lascivo beso, primero a Lilith, que correspondió con el frenesí propio de la droga y después a Noemi que reaccionó de igual manera. Yesi mantuvo la sonrisa falsa. Por dentro estaba totalmente asqueada. Le repugnaba ver cómo las dos chicas se sometían a los deseos de aquel malnacido. A pesar de los años que llevaba viendo escenas similares y participando en ellas, no se terminaba de acostumbrar. De repente, Cirulo se apartó bruscamente de las chicas y les ordenó que se fuesen. Ellas recogieron sus ropas en silencio. El ambiente festivo en un instante se convirtió en un ambiente de tensión, donde en cualquier momento Cirulo podía estallar. Lilith y Noemi salieron por la puerta sin apenas vestirse.

—Ven —dijo Cirulo, golpeando el colchón con la palma de la mano.

Ella se acercó lentamente y se sentó a su lado. Cirulo hizo un gesto con la cabeza hacia la mesilla con las rayas de coca y ella declinó la invitación. Él levantó los hombros como diciendo “tú verás”.

— ¿Tienes algo para mí? —preguntó Cirulo, acercándose mucho a la cara de Yesi.

En ese momento Yesi cayó en la cuenta de que no llevaba dinero encima. Con las prisas por venir, se le olvidó pedírselo a Víctor. Pensó que se iba a desmayar pero mantuvo la compostura. Conociéndole, dinero era precisamente lo que esperaba. La joven se obligó a mantener la mirada. Los efluvios que emanaba el hombre eran insoportables. Los ignoró y siguió mirándole con una sonrisa pintada. Esperaba que diese el pego y no delatase su miedo.

Entonces tomó una decisión que le permitiría ganar tiempo. Yesi

sabía que Cirulo sentía una predilección especial hacia ella y lo aprovecharía. Le dio un empujón en el pecho para tumbarle de espaldas sobre la cama. El hombre la miró sorprendido.

—¿Pero qué coño haces?...

—Ésto...

Yesi entró en una especie de modo automático cuando bajó la cremallera del pantalón de Cirulo. Ya no era una persona con sentimientos, se convirtió en un ente diseñado para satisfacer a aquel hombre. Su boca pasó a ser un extractor de placer, que se adaptaba a la perfección al grueso miembro de Cirulo, que se retorció entre gemidos. La versión más salvaje de Yesi consiguió su propósito.

Yesi se miraba en el espejo del baño y se odiaba a sí misma. Odiaba su boca empapada, el rímel corrido de sus ojos que, en contraste con la piel blanca, le daba un aspecto de vampiresa de extrarradio. Se enjuagó la boca con asco y se lavó la cara con furia hasta dejarla sin rastro de maquillaje. Se volvió a observar a sí misma. Su cara, ya limpia de impurezas, reflejaba una tristeza impropia de una joven de su edad. Una de las causas de toda aquella tristeza se encontraba roncando plácidamente detrás de la puerta del baño. De repente, una inmensa congoja se apoderó de su garganta y se echó a llorar sin poder contenerse. Su parte racional no entendía aquella reacción. Había hecho infinidad de felaciones a Cirulo durante años y nunca le había afectado tanto. Había sentido repulsión en todas y cada una de las ocasiones, eso sí, pero no hasta el extremo de provocar el llanto. Se sentó en la taza del váter sin poder parar de llorar, con la cara entre las manos. Se acordaba de su madre, postrada en una cama financiada por el tipo al que acababa de dar placer. Si se enterase de su verdadera profesión y pudiese hablar ¿qué le diría? No quería ni imaginarlo. También se acordaba de lo que le había contado Víctor. Fuese lo que fuese lo que pasó, no se merecía todo ese sufrimiento.

Aquel pensamiento, extrañamente, la tranquilizó y le ayudó a ver su propia vida desde un punto de vista más elevado, más relativo. Se dio cuenta de que su vida no era peor que la de Víctor y esa perspectiva la reconfortó.

Ya más tranquila, miró el reloj de su Smartphone. Le apetecía mucho volver a la 215, pero ya era muy tarde. Se vistió y, en absoluto silencio, salió de la habitación para dirigirse a su casa.

## CAPÍTULO 21

Yesi, abrazada al cuerpo de Víctor, mantenía silencio. Habían pasado tres noches desde que él le contase la terrible historia. No habían vuelto a sacar el tema. Ella quería conocer lo que pasó pero no sabía cómo preguntarle sin herir sus sentimientos. Había leído en algún artículo de psicología de la biblioteca que el simple hecho de expresar con palabras los recuerdos traumáticos del pasado podía ayudar a desbloquear la mente y liberarla.

—¿Cómo empezaste en la prostitución, Yesi?

La pregunta sorprendió a la chica y rompió el hilo de sus pensamientos.

—¿Por qué lo preguntas?

—La verdad es que no lo sé. Quizás porque no me cabe en la cabeza que una persona como tú se dedique a algo así...

Ella se separó con brusquedad de Víctor y se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama. Su cuerpo de agarrotó.

—Lo siento, Yesi. Pensé que empezábamos a tener confianza. No era mi intención molestarte. Si no quieres hablar de ello, lo entenderé.

Ella reflexionó un instante. Podría aplicar aquel artículo de psicología en ella misma. Hizo una larga pausa.

—Yo no quería esto —comenzó Yesi un buen rato después con voz extrañamente fría, carente de sentimiento—. Yo no quería acabar vendiendo mi cuerpo al mejor postor. Pero no me quedó otro remedio. El destino, plan divino o como quieras llamarlo se confabuló contra mi reducida familia. Hace diez años, diagnosticaron a mi madre una enfermedad degenerativa extremadamente rara. Los médicos le daban muy pocos meses de vida, a no ser que la tratasen con un medicamento experimental que costaba una fortuna. Me quedé sola

ante aquello. ¿Cómo iba una niña como yo, sin trabajo, sin ninguna experiencia ni apenas estudios, sobrevivir y además afrontar la enfermedad de mi madre? El mundo se me vino encima...

Yesi calló. Las imágenes se sucedían en su mente como si de una proyección en super ocho se tratase. No era fácil filtrarlas. Notó cómo la mano de Víctor acariciaba la suya. Se animó a continuar.

—Entonces Cirulo apareció en mi vida. Mi salvador y mi verdugo. Mi salvador porque mantiene viva una parte importante para mí: mi madre...

Yesi había llegado a la línea roja que no debía cruzar. La cruzó al sentir una ligera presión en la mano. Víctor la estaba alentando a continuar, pasara lo que pasara.

—Mi verdugo... porque me mata en vida. Cree que es dueño y señor de mí, me chantajea psicológicamente a todas horas, me golpea cuando le apetece, me viola cuando le apetece... —el gesto frío de Yesi no había cambiado—. Y lo acepto, lo acepto porque hicimos un trato y porque todo esto viene en la letra pequeña —sonrió con sorna—. Él es un tipo despreciable pero bien relacionado que cumple con su parte. Gracias a sus contactos, la esperanza de vida de mi madre ha superado todas las expectativas. No ha mejorado, eso sí, pero tampoco ha empeorado, así que, dadas las circunstancias es un buen trato, ¿no te parece?

Yesi se sintió inmensamente aliviada como si, de repente, una mano gigante invisible hubiera agarrado un enorme peso en su espalda y lo hubiera lanzado muy lejos, a otra dimensión. Se volvió a recostar en silencio buscando el cuerpo de Víctor y abrazándolo con fuerza. Le miró. El hombre fijaba su atención en un punto concreto del techo. Su aspecto era tranquilo. Tomó la cajetilla de tabaco de la mesilla, sacó un cigarro y lo encendió.

—Me pregunto qué coño hacía yo el día del cumpleaños de Aarón en Philadelphia, a miles de kilómetros... —dijo Víctor, unas cuantas exhalaciones de humo después—. Cumplía diecinueve justo una semana antes de...

Hizo una pausa. Yesi sintió que la respiración de Víctor se agitaba y ejerció una pequeña presión reconfortante sobre el cuerpo del hombre.

—No contesté al teléfono cuando me llamó su madre. Tenía una puta reunión “muy importante” y no le contesté. Cuando la reunión terminó, vi que Belén me había enviado un sms preguntándome si iba a estar en la celebración del cumpleaños de Aarón. ¡Ni siquiera recordaba que aquel día mi hijo mayor cumplía diecinueve años! Pensé que un regalo caro supliría mi ausencia y le pedí a Agnes, mi entonces secretaria y amante, que se encargase de comprar el mejor deportivo de aquella época. En realidad no sé qué coche compró... sólo sé que costó doscientos mil euros... Mi memoria falla continuamente pero, como puedes observar, para los números es infalible...

Víctor miró a Yesi con gesto irónico.

—No sé cuándo le entregaron el coche —continuó Víctor—, ni sé la cara que puso mi hijo al verlo. Tampoco sé si el accidente ocurrió el día del estreno del maldito deportivo o si ya lo había conducido antes. El caso es que aquel regalo se convirtió en el último regalo que recibió. El regalo que se llevó para siempre a mis dos hijos...

Hizo una nueva pausa. Yesi se dio cuenta de que el cuerpo de Víctor se había convertido en roca pura. Estaba como petrificado, con la mirada fija en el mismo punto del techo. El cigarro se consumía olvidado entre los dedos del hombre.

—¿Sabes lo que más me gustaría? Me gustaría pedirles perdón, decirles que fui un cabrón y que lo siento. Me gustaría verles de nuevo para recordar sus caras llenas de vida. No las recuerdo así... sólo las

recuerdo pálidas, con los párpados cosidos... Por eso quiero irme con ellos, para darles un abrazo y decirles que les quiero... pero tengo miedo de dar el paso. Soy un cobarde...

Víctor apoyó la cara entre sus manos y se mantuvo en esa posición durante mucho tiempo mientras Yesi le acariciaba suavemente el cuello. Aquella noche ninguno pudo dormir.

La noche siguiente, arropada bajo las sábanas, en ropa interior, Yesi sentía el calor del cuerpo de Víctor a su lado. El olor al humo del cigarro del hombre penetraba en sus fosas nasales. A Yesi no le molestaba el olor a tabaco, a pesar de no ser fumadora. Recostada, mirando al techo, con las manos en jarras debajo de la cabeza, se imaginó por un momento dentro de uno de esos video-clips de los años ochenta del siglo XX donde era frecuente que el humo de los cigarrillos formase parte de la escenografía. Observo a Víctor. Aspiraba el cigarro a medio consumir con gesto tranquilo, sin mirarla. Yesi amaba a aquel hombre. Nunca exigía nada. Nunca pedía, siempre daba. Yesi se sentía más unida a Víctor, después de conocer su terrible experiencia.

—Mi nombre real es Irene Díaz de Olano —dijo Yesi, de repente, mirando a un punto fijo en el techo—. Tengo veintisiete años. Soy prostituta desde los diecisiete.

Víctor aspiró el último tramo de cigarrillo que le quedaba, lo aplastó contra el cenicero que sujetaba con la mano libre y depositó el cenicero sobre la mesilla de noche. Se incorporó sentándose sobre la almohada. Escuchaba atento.

—Siento decirte esto, Víctor, pero desde que te conocí la situación se ha complicado. No debiste venir nunca a esta ciudad, debiste seguir con tu vida en otra parte. Sé que lo podrías hacer, soy consciente de que no tienes problemas económicos. Pero aquí estás. Has llegado

para quedarte, al menos dentro de mi corazón. No te equivoques. No estoy declarando mi amor hacia ti. No de la manera que tú crees.

Yesi giró la mirada hacia Víctor. Él la mantuvo un instante y la desvió para encender otro cigarrillo.

—Es algo más profundo, más espiritual, podríamos decir. Tú también lo sientes, estoy segura. Te has convertido, sin quererlo, en una pieza de este triángulo diabólico Irene-Cirulo-Víctor... Creo que me estoy yendo por las ramas. Voy a ir al grano...

Hizo una pausa. Tomó aire y comenzó a contarle con pelos y señales su conversación con Cirulo en el hospital. Mientras hablaba, sentía como si el saco imaginario de patatas que llevaba cargado a su espalda se estuviera rasgando y las patatas poco a poco fueran cayendo, una a una, liberándola del peso. Víctor escuchaba con gesto tranquilo, apurando el último tramo de nicotina de su cigarrillo. Yesi terminó su alocución y miró a Víctor, moviendo ligeramente la cabeza como esperando una respuesta inmediata por parte del hombre. Víctor miró la pantalla de su Smartphone, la miró a ella, cogió su cartera, sacó tres billetes de cien euros y se los entregó.

—Necesito reflexionar sobre todo esto, Irene. Demasiada información. Nos vemos mañana aquí, a la misma hora —dijo Víctor, mientras se vestía.

Ya sola, Yesi tuvo la certeza absoluta de que Víctor no la abandonaría al recordar que la había llamado “Irene”. Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba así

¿Irene? ¿Irene? Ese nombre rebotaba en su cabeza como una pelota de ping pong dentro de una lavadora en marcha. Al oírlo se activó una zona olvidada y recóndita de su subconsciente. Su mente seguía escarbando, rebuscando, obviando las palabras que Irene (Irene...) avisándole del peligro que corría, ese dato no era relevante para él en

aquel momento. La palabra Irene ocupaba toda su memoria, de manera obsesiva. Volvió a la realidad cuando un cliente del hotel, de malas maneras, le pidió que se retirase de la célula fotoeléctrica del ascensor. Con una tímida disculpa se retiró. En aquel momento se dio cuenta de que seguía en la misma planta de la 215. Se había quedado bloqueando el ascensor durante quién sabe cuánto tiempo, sumido en sus pensamientos. En un impulso, dio media vuelta y se encaminó a la 215. Quizás Irene siguiera despierta.

—Tranquila Irene, soy Víctor —susurró Víctor al abrir la puerta de la 215.

Al encender la luz, tal y como sospechaba, la encontró en la misma posición, recostada sobre la cama con la mirada vacía hacia el techo. La joven dio un pequeño respingo y le miró inquisitivamente.

—Quizás te parezca una estupidez, pero necesito solucionar una gran duda que me ha surgido ¿Tienes una foto de tu madre?

—¿De mi madre? Sí, claro —respondió Irene mientras rebuscaba dentro de su bolso—... pero, ¿para qué...?

—Déjame verla por favor —el corazón de Víctor latía frenético.

—Aquí tienes. Puedes quedártela si quieres, tengo muchas. Ésta nos la sacamos hace cosa de un año... ¿Estás bien? Te has puesto pálido... ¿Por qué lloras?... ¿Víctor?... ¡Víctor!

Víctor cerró la puerta tras de sí, dejando a Irene con la palabra en la boca. Lo imposible se había convertido en una realidad que no podría asimilar ni siquiera bebiendo todas las reservas de alcohol del mundo.

## CAPÍTULO 22

Poco a poco su mente, de una manera profunda e irrevocable, se iba despertando mientras caminaba por la ciudad en la que en aquel momento existía, más que vivía. La urbe empezaba a desperezarse por el efecto de los primeros rayos del sol. Las furgonetas de reparto comenzaban a realizar su tarea, estacionadas sobre las aceras o zonas de descarga. Un joven encorbatado caminaba por la acera contraria mirando su reloj, como si le persiguiese la muerte. Víctor sonrió con sarcasmo, al verse identificado con aquel muchacho.

El azar. Extraña palabra. El azar le había llevado a aquella ciudad que creía desconocida pero que, en realidad, la conocía muy bien. Su mente torturada y enferma la había arrinconado en lo más profundo del subconsciente guardándola bajo siete llaves. El azar había colocado ante sus narices a la persona que poseía aquellas siete llaves y las había terminado utilizando. Las puertas oxidadas por el tiempo y la falta de uso de su memoria se abrieron de par en par y los recuerdos se liberaron en masa como presos que, un buen día, se encontrasen abiertas las rejas de sus celdas.

Ya recordaba perfectamente la cándida sonrisa de la “pequeña Irene” cuando venía corriendo a abrazar sus piernas. Ya se visualizaba a sí mismo de la mano de Sofía, paseando por el parque infantil, hablando de tonterías mientras oía los gritos y las risas de la niña jugando con otros niños. Miró de nuevo la foto que Irene le había dado. Sofía no había cambiado nada, seguía teniendo aquellos ojos verdes que le volvieron loco, cuando era un joven estudiante de ingeniería, cuando aún la vida no le había noqueado. Su piel seguía siendo blanca y tersa. La imagen se completaba con una sonriente Irene al lado de la mujer que más había amado en su vida. De la mujer que aún amaba profundamente.

Absorto en sus pensamientos, sus pies le llevaron a una zona apartada de la ciudad. Una zona que conocía de sobra. El pavimento era distinto, más moderno. Los enormes edificios de cristal que flanqueaban la calle le daban un aspecto muy diferente de lo que él recordaba. La zona había perdido su encanto, sin duda. Siguió paseando por aquella calle y, a lo lejos, descubrió que no todo era tan distinto. El letrero de “Hay habitación” que tantas veces había visto en aquel lejano pasado seguía allí, colgando ladeado como lo estaba en aquel entonces. El edificio del hostel no había sido derruido ni modificado, destacando entre la magnificencia de los edificios colindantes, como una bola de billar negra en medio de la nieve blanca. Víctor se acercó a la desvencijada puerta. La observó unos instantes con nostalgia. En un impulso entró.

Golpetazo.

*Puto trasto de mierda.*

Aquellas palabras activaron el interruptor que elevaba las pulsaciones al límite del infarto. Allí estaba Jaime. Frente al mostrador de recepción, en la misma postura con la que le vio la última vez, hacía más de veinte años.

—Hola Jaime... —dijo Víctor con un hilo emocionado de voz.

—¡Pequeño Víctooooor! ¡Qué alegríaaaa!

Al incorporar su inmenso peso y esquivar el mostrador para abrazar a Víctor, a punto estuvo de tirar todos los panfletos de propaganda, ya amarillentos por el paso del tiempo, que descansaban sobre el están.

Apenas podía respirar bajo la presión de los enormes brazos de Jaime, pero no le importaba. La tremenda risotada del hombretón sonaba como cantos de sirena en sus oídos. Increíblemente Jaime no sólo le recordaba, sino también se acordaba de su mote: “pequeño Víctor”. Así estuvieron los dos un buen rato, abrazados y llorando de

alegría.

—¡Siéntate, siéntate...! ¡Jo, qué alegría verte...!

Una de sus manos mostraba a Víctor la silla asignada para él. No parecía demasiado estable para su peso pero, ¡qué demonios!

—Cómo has crecido, ¿no?, estás más gordo... ¡y más feo!— comentó Jaime, provocando la risa de Víctor.

—Bueno, querido Jaime, últimamente no me cuido demasiado. Se te ve muy bien...

—¿Vienes a ver a Sofi? Hace días que no la veo... o quizás meses... Uff, qué cabeza la mía —dijo el hombretón, golpeándose a sí mismo la reluciente calva—. La echo de menos ¿sabes? Cada vez que venía a esperarte, tan radiante ella, tan menudita, como una muñeca, me hacía feliz... Le tengo tanto que agradecer... Si no fuera por ella, estaría debajo de un puente, seguro. Y no cobijándome de la lluvia, sino muriéndome por el alcohol —rio—. El hostel está muy triste sin ella. A veces viene alguna pareja joven... Ya sabes, para follar y eso. Pero nunca, nunca les doy la 215, ¡nunca! ¿Me entiendes pequeño Víctor? ¡Nunca!

El gesto serio repentino de Jaime hizo sonreír a Víctor.

—He oído que Sofía está enferma... ¿sabes algo de eso, Jaime?

—¡Es verdad, mi Sofi está malita! ¡Tengo que ir a verla! ¡Sí! —hizo ademán de levantarse pero se detuvo—. A ver, Jaime, tontorrón, si te vas ¿quién va a cuidar del hostel, eh? ¡Zopenco! Sí, alguien me dijo que algún bicho malo había entrado en ella y la estaba comiendo por dentro... ¡Mi pobre Sofi!

Hizo una pausa, apesadumbrado. Víctor se apiadó de aquel hombre, un gran tipo no solo por su tamaño.

—El bicho que lleva dentro es de esos que, poco a poco, te van

comiendo —sus ojos brillaban de emoción—. No se merece eso Sofi, no se lo merece. Si pudiera hacer algo lo haría, pero no puedo. No puedo. Pero tú... tú sí puedes. Sí puedes...

Víctor se estremeció ante la mirada de Jaime. En esa mirada había determinación y una confianza absoluta. En esa mirada había sabiduría.

—¿Y sabes por qué puedes? Porque la amas, sí. La amas y ella te ama, sí. Y el amor es poderoso, sí. El amor es mágico, fíjate lo que hizo conmigo. El amor de Sofi me salvó. Si no me hubiera amado, no estaría en la recepción de este hostel hablando contigo. Estaría muerto y enterrado, sí. Muerto y enterrado...

Una sonrisa se dibujó en la cara de Jaime. Imposible saber qué pasaba por su mente febril en aquel momento.

—¿Qué puedo hacer, Jaime? —preguntó Víctor.

Realmente deseaba escuchar una contestación cabal y definitiva que desenredase aquel ovillo. Jaime no contestó. Hizo un gesto con la mano indicando que esperase. Comenzó a rebuscar entre la inmensa pila de papeles y trípticos que se hallaban encima del mostrador. Varios cayeron al suelo. Ignorándolos, siguió buscando en los cajones detrás del mostrador.

—¡Eureka! ¡Lo encontré! ¡Toma, aquí es donde irás! ¡Hazlo por ella, por ti y por mí!

El hombretón le entregó un pequeño papel arrugado, le guiño un ojo y se dispuso a seguir intentando que su "Puto trasto de mierda" funcionase.

La oscuridad de la noche ya envolvía la ciudad. Tomó un taxi y le entregó al conductor la dirección que venía escrita en el papel arrugado. A aquellas horas era improbable que Irene estuviese en el hospital. No quería coincidir con ella. Si la hubiera visto de nuevo

estaba seguro que toda su determinación se habría venido abajo. Demasiadas emociones dentro de su pecho. Necesitaba tranquilizarse y reordenar sus sensaciones. Intentaba relajarse observando la ciudad a punto de dormir a través de la ventanilla. Indicó al taxista que diese un rodeo, todavía no estaba preparado para el encuentro.

Se sentía como una rata de laboratorio a la que le habían extirpado los ojos y que colocaban al inicio de un laberinto. Su objetivo: llegar al queso, situado en el centro. La rata ignoraba por completo los pormenores de la prueba, sólo caminaba, guiándose por su instinto, que es lo único que le quedaba, golpeándose continuamente contra las paredes del laberinto. Algo así había sido su vida. Y, en aquel momento, daba la sensación de que se había topado con el queso, un queso que hacía mucho tiempo que dejó de oler y mucho menos de probar. Le daba miedo mordisquearlo de nuevo. Mucho miedo. Pero no podía volver atrás. Ya no tenía fuerzas suficientes. No quería recorrer de nuevo los callejones sin salida de ese laberinto y golpearse una y otra vez contra las mismas paredes de siempre, llenas de sangre, fruto de sus tropiezos, como la rata sin ojos que era. Su propia sangre mezclada con la sangre de Aarón y Tristán.

Por otro lado, quizás no sería tan mala idea volver a la casilla de salida. De esa manera no habría abandonado a Sofía. Por tanto, no se habría casado con Belén, ni se habría separado de ella años después. No existiría MODIPROYECT, Aarón y Tristán no habrían nacido, por consiguiente no se habrían matado. Entonces él no habría caído en la más absoluta de las depresiones. En aquel mundo paralelo recreado en su mente sería un hombre pobre en cuestión de dinero pero rico en cuestión de amor. Sí, no estaría mal volver a empezar.

Llevaba ya una hora dando vueltas alrededor del hospital. El taxista iba a hacer el agosto aquella noche. Mejor para él. Le pidió que le dejase ya en destino. Tenía una cita con el queso más sabroso y

maravilloso del mundo y no podía faltar, a pesar de que una mano invisible le apretara la garganta por dentro y apenas le dejase respirar.

La puerta de la habitación y él, frente a frente. A Víctor le parecía un muro infranqueable. Varias veces estuvo a punto de darse la vuelta y salir corriendo pero se contuvo. No podía fallarle otra vez. Inspiró profundamente. La mano invisible dentro de su garganta apretaba sin piedad cuanto abrió la puerta y entró.

Allí descansaba Sofía, más de veinte años después de su último encuentro. Se acercó despacio a la vera de la cama y se sentó en la silla del acompañante. Permaneció un rato en silencio, buscando una mirada recíproca que no encontró. La mezcla de sentimientos era enorme: una inmensa alegría, una gran tristeza, angustia, ira hacia sí mismo... Le tomó de la mano. Estaba fría. Recordó, de repente, el escalofrío de placer que le producía sentir esa mano veintitantos años más joven en su piel cuando le rozaba casualmente, después de hacer el amor. No observó reacción alguna por parte de la mujer.

—Fui un cobarde —le susurró al oído, mientras le acariciaba la mano aún tersa y suave—. Nunca debí separarme de ti. Nunca debí hacerlo...

La mano invisible apretaba más que nunca su garganta. Carraspeó, evitando llorar y continuó.

—Sé que me oyes, mi amor. Siento que me oyes —Sofía no se inmutó—. Mi vida ha sido un autoengaño. Ahora sé que el camino que tomé después de ti sólo fue para intentar olvidarte. Y he pagado con creces mi error. Lo único que he conseguido es dinero.

Hizo una pausa para pasarse la mano por la cara.

—Nada me importaba, hasta que encontré a la “chiquitina”, ¿te lo puedes creer? A veces el juego de la vida tiene cartas marcadas que usa cuando menos te lo esperas...

Víctor calló. Observaba la cara de Sofía, estática y relajada. Intentaba encontrar la viveza, el calor de antaño en aquellos ojos verdes pero no lo consiguió. La enfermedad se había llevado su alma, su gran fortaleza. Víctor siguió escudriñando sus pupilas. Ahí dentro, en algún sitio, estaba la mujer que un día fue, atrapada en sí misma, luchando por salir. En aquel momento supo lo que tenía que hacer. Por Sofía y por Irene. Se lo debía. Y el hecho de ser consciente de ello actuó como un bálsamo. La carga de sus hombros desapareció completamente.

—Adiós mi amor. Pronto nos veremos.

Besó a la mujer en los labios. Antes de marchar, se le ocurrió algo. Sacó su cartera y, rebuscando entre sus papeles, encontró uno, desgastado por el tiempo. Lo desdobló con delicadeza y procedió a leer la frase a bolígrafo escrita con pulcra letra, tanto tiempo atrás.

—“Sofía lunes sábado 7 a 2 aquí”, ¿lo recuerdas?

Acto seguido, abrió la mano inerte de la mujer y depositó el viejo papel en su palma, cerrándole con suavidad de nuevo los dedos.

Víctor salió sin mirar atrás, con paso decidido.

No pudo oír el hilillo de voz que le llamaba.

—Víctor...

## CAPÍTULO 23

No podía perder el tiempo. Su objetivo era inteligente y peligroso. E impredecible. Irene estaba en peligro y, por ende, Sofía también. Debía actuar con celeridad y eficacia. Desde que tomó la decisión más importante de su vida, no había bebido ni fumado. Aquello era cosa del pasado. Necesitaba estar al cien por cien de sus facultades para que su plan llegase a buen puerto.

Después de visitar a Sofía, durmió sin pesadillas, profundamente. Madrugó y comenzó a revisar su agenda de contactos. Comprobó que seguía conservando los números de teléfono de sus antiguos compañeros de MODIPROYECT, así como sus más importantes socios y colaboradores. Bien.

—¿Víctor? ¡Qué sorpresa!

—Buenos días Nelson. ¿Me creías muerto, verdad? —Víctor rio—. Pues siento decepcionarte...

—Yo no quería decir...

—Tranquilo Nelson —le interrumpió—, ya no soy tu jefe. Tu puesto no está en peligro, al menos por mi parte. Tengo un último proyecto en mente y necesito tu ayuda. Si no recuerdo mal tú te encargabas de aquel sistema informático llamado ListenOFF, ¿no es así?

—¡Claro! El proyecto ListenOFF ha avanzado mucho desde que te fuiste de la empresa.

La voz de Nelson adquirió un claro tinte de pasión. Por eso decidió llamarle. Por su pasión. Recordaba a Nelson como un trabajador eficiente y profesional, minucioso en todo lo que hacía. Con un aliado así, no podía fallar.

—¡Estupendo! Volvemos a hablar por el video-canal corporativo seguro dentro de treinta minutos y te explico con detalle el proyecto.

Pero de esto ni palabra a Belén ¿eh? Sabes que podría despedirte si se entera, y, con más razón, si yo tengo algo que ver. Y, por supuesto, te recompensaré, no lo dudes.

—No hay problema, Víctor. Sé cubrirme las espaldas. Y no he pensado nunca que te hubieras muerto, ¡por favor!

Víctor hacía tiempo que no reía con tantas ganas, mientras pulsaba el botón rojo de colgar.

La mañana pasaba rápida. Víctor se sentía vivo, con una energía que creía apagada hacía mucho tiempo. El proyecto tomaba forma con celeridad. Eso era bueno, dadas las circunstancias. La parte técnica estaba completada. Faltaba sólo la parte legal. Inmediatamente pensó en Agnes. Una gran abogada, inteligente, elegante y sensual. Víctor sonrió al recordar sus encuentros casuales. Qué mejor que tener sexo con una mujer hermosa como lo era Agnes, con aquella melena rubia impresionante, aquellos grandes ojos azules penetrantes y aquel cuerpo voluptuoso que tanto le excitaba. Era el mejor método que conocía para escapar del estrés del trabajo que suponía construir de la nada la empresa que tanta fortuna le entregaría y del estrés de tener que dormir todos los días con alguien como Belén.

Belén... Muy a su pesar, Víctor tenía que reconocer que fue un pilar importante en su vida, a pesar de que no fue feliz a su lado. Gracias a su gran inteligencia y constancia, consiguieron construir un gran imperio. Nunca dejaba nada al azar. Como profesional era impecable. Aunque como esposa no lo era tanto. Continuamente criticaba cualquier cosa que Víctor hacía o comentaba. A pesar de todo, el primer año de matrimonio, hasta el nacimiento de Aarón, fue bastante bueno, quizás porque estaban inmersos en el arranque de la empresa. Tenían un proyecto común e iban los dos, al unísono, en la misma dirección.

En aquella época comenzaban a surgir empresas de tecnología. Belén, con gran visión, se dio cuenta de que esas empresas necesitarían asesoramiento técnico para depurar sus distintos proyectos, detectando errores y subsanándolos y legal para poder llevarlos a cabo acorde a la ley vigente del momento. Víctor se recorrió a pie (hasta que consiguió su primer coche todavía pasaría algún tiempo) todas las naves industriales de la zona ofreciendo sus servicios. Los comienzos fueron difíciles y agotadores, pero Belén tenía tal capacidad de sacrificio que Víctor se contagió de aquella energía. Gracias a eso no perdieron nunca la motivación. Los clientes tardaron en llegar pero cuando llegaron, MODIPROYECT creció de manera exponencial. Muy pronto pasaron de contar sólo con Agnes como secretaria, pagándole el sueldo mínimo, a tener varias sucursales a lo largo del mundo y a tener a más de ciento cincuenta personas en nómina. Llegaron a tener vínculos con grandes empresas tecnológicas, incluso trabajaron con estamentos públicos de varios estados, desde fuerzas de seguridad hasta ministerios de hacienda. MODIPROYECT, en su momento de mayor auge, creó sistemas de computación para importantes organizaciones, además de sistemas de vigilancia de una gran tecnología, muchos de ellos de carácter reservado. Pero el proyecto por excelencia de la empresa fue el denominado ListenOFF, un sistema que se podía instalar en cualquier equipo informático, sea ordenador, teléfono móvil, etc. y que era capaz de grabar audio de alta calidad cuando el terminal no tuviese batería e incluso cuando, hasta el ochenta y cinco por ciento de sus componentes no funcionasen correctamente. Esa información podía configurarse para que fuera enviada encriptada, por un canal seguro y oculto, a cualquier destinatario.

Víctor apenas colaboró en el desarrollo del proyecto ListenOFF. Como relaciones públicas y co-creador de la empresa, estaba

demasiado ocupado en continuos viajes de un lado a otro, de un país a otro. Era invitado a innumerables recepciones con las personalidades más influyentes y distinguidas, a reuniones con altos mandatarios donde el mejor cava, la mejor cocaína y las mujeres más hermosas estaban a su disposición, mientras Belén gestaba a Aarón y se encargaba de la dirección de aquel proyecto tan importante. Cuando Aarón nació, Belén continuó dirigiendo el proyecto desde casa, mientras Víctor seguía inmerso en aquella burbuja de lujo. Todo seguiría igual después del nacimiento de Tristán, hasta que la burbuja estalló.

Apenas un par de comensales se encontraban comiendo en el restaurante del hotel. No era de extrañar, ya que la cocina cerraba a las cuatro y apenas faltaban diez minutos. Víctor no tenía prisa ninguna por terminar. Saboreaba los alimentos con pausa, disfrutando de su sabor y textura, después del trabajo bien hecho. Realmente el hotel se merecía las cinco estrellas. Víctor experimentaba el presente con avidez.

—Dime Nelson...

—Ya tienes configurado tu terminal. El sistema ListenOFF está activado y operativo.

—Gracias Nelson. En breve recibirás tu recompensa. Agnes se pondrá en contacto contigo para ultimar detalles.

—Gracias —Nelson mantuvo un silencio incómodo, al otro lado de la línea telefónica—. ¿De verdad quieres hacerlo?

—No hay nada en el mundo que desee más, Nelson.

—Está bien... Ha sido un placer tenerte como jefe y como amigo, Víctor.

—Gracias a ti. Mucha suerte, amigo —cortó la conversación, sin esperar respuesta.

Con una sonrisa, apuró los últimos restos de su plato. Estaban deliciosos.

## CAPÍTULO 24

*TOC, TOC*

El potentísimo ladrido de Torno despertó a Antonio, que se levantó de un salto del sofá. Alguien le había jodido la siesta. ¿Quién coño se atrevía a molestarle? ¿Alguno de sus “conseguidores”? Imposible. Los encuentros “fuera de la ley” nunca tenían lugar en su casa ni en las cercanías a ella, siempre en terreno neutral, fuera de miradas indiscretas. Además, normalmente a aquellas horas de la tarde no quedaba ni un alma por la zona. La mayoría de los pocos vecinos que habitaban en aquel barrio todavía seguían en sus lugares de trabajo. Dejó que el Pit bull terrier siguiera ladrando. No le apetecía atender a nadie y esa era la mejor manera de ahuyentar a cualquier intruso.

*TOC, TOC*

Torno seguía ladrando cada vez con más fuerza. Cualquiera en su sano juicio hubiera salido huyendo despavorido al oír los espantosos ladridos. El pelo erizado de su lomo y los dientes a la vista le daban un aspecto diabólico.

— ¡Torno, alerta! —ordenó Antonio, sujetando la correa en corto del animal.

Torno calló de inmediato, pero su aspecto se mantenía tan diabólico o más que antes. Antonio abrió la puerta, con el perro a su lado.

—Buenas tardes Antonio. Creo que sobran las presentaciones...

Antonio miró de arriba a abajo al hombre plantado en el quicio de la puerta. Torno gruñó pero se mantuvo quieto al sentir el tirón seco de la correa. Enfundado en un traje carísimo, calado hasta los huesos, el tipo se mantenía erguido, sin un ápice de miedo en su rostro. Había que tener muchos huevos o estar como una cabra para actuar así delante de Torno.

—¿Qué cojones quieres?! —la voz flaqueó ligeramente. Antonio estaba más nervioso de lo que nunca admitiría.

—Tengo algo importante que decirte, Antonio Cabrales Rúa. No te quitaré mucho tiempo.

¡Joder! ¡Le había llamado por su nombre completo! Un ramalazo de auténtico terror se repartió a lo largo de su espina dorsal. Muy poca gente conocía esos datos. Aquel hijo de puta tenía más contactos de lo que podía parecer. Dudó si ordenar a Torno que le atacase. La curiosidad por lo que venía a decirle podía más, así que le hizo una seña con la mano izquierda, dándole permiso para entrar, mientras con la derecha controlaba a Torno, que seguía con el cuerpo tenso, en silencio.

Víctor entró, cerró la puerta tras de sí y se quedó de pie frente a Antonio. La tensión entre los tres seres dentro de aquel pequeño salón se podía cortar. Así permanecieron unos segundos. El traje goteaba sobre el parqué. Fuera se oía un trueno en alguna parte. El ruido de las gotas al chocar contra el suelo, que formaban una extraña armonía junto al repiqueteo de la lluvia al caer sobre el cristal de las ventanas, taladraban los oídos de Antonio.

—Primero: no caeré en tu chantaje —comenzó a hablar Víctor, con firmeza—. Nunca tendrás una sola de mis participaciones de MODIPROYECT, así que te sugiero que lo olvides. Segundo: no vas a volver a ver jamás a Irene y tercero: vas a seguir financiando el tratamiento de Sofía, como pago por el daño que has hecho a su hija durante tantos años.

—Y si no lo hago, ¿qué vas a hacer, eh? ¿Me vas a denunciar? ¿Y qué vas a decir a la policía? “Mire agente, estaba yo, visitando a unas cuantas putas barriobajeras cuando, de repente, me di cuenta de que una follaba mejor que las demás. Entonces como me dio pena la pobre

puta quise hacerme el héroe y salvar a la puta y a su pobre madre desvalida de sus patéticas vidas” ¡Qué bonito! ¡Digno de un remake de Pretty woman!

Antonio rio sin gracia y sin ganas. Víctor no se inmutó. Torno seguía quieto, expectante, alerta.

—Yo también tengo mis contactos, amigo mío. Y te he investigado. Sé que fuiste uno de los fundadores de MODIPROYECT junto con tu exmujer Belén Morla. Sí, mis amigos policías son un poco cotillas — torció la boca en una mueca sarcástica—. Sé también que tuvisteis dos hijos que murieron en un accidente. Una vida dura la tuya... Por eso decidiste dejarlo todo, tu mujer, tu negocio... Todo. ¿Verdad que sí? Y ahora mírate, aquí estas, en el salón de mi casa, empapado, echo una mierda y, no sólo me dices que no me harás partícipe de tu empresa sino que me exiges además que deje a tu querida Irene en paz... Eso, querido amigo, no va a ser posible.

—Como la toques un pelo te...

—¿Me estás amenazando? ¿Eso estás haciendo? Si ahora ordeno a Torno que te ataque lo hará y alegaré defensa propia por intento de allanamiento en un posible juicio. Resultado de la ecuación: tú estarás criando malvas, porque cuando Torno muerde no suelta a su presa hasta que detecta que no respira y yo seguiré con mi tráfico de drogas, con mi trata de blancas, seguiré convirtiéndome en el hombre más poderoso que haya existido y, cómo no, seguiré follándome a Yesi (¡Oh, perdón! a tu querida “Irene”) cuando y como quiera, porque Yesi es mía, ¡MÍA!, ¿ME OYES?

Todo ocurrió muy rápido. De repente Antonio sintió cómo sus dientes chocaban entre sí. El impacto en su mandíbula no fue demasiado fuerte pero sí lo suficiente como para hacerle tambalear. En un movimiento raudo y experto, usando únicamente la mano izquierda,

sacó la pequeña navaja que siempre llevaba en el bolsillo y la clavó en el costado de Víctor. De inmediato supo que el pobre diablo tenía los minutos contados, la herida era mortal, con toda seguridad. Víctor, por la inercia, a punto estuvo de caer sobre él pero, gracias a su experiencia en peleas callejeras, supo esquivarle a tiempo. La adrenalina del momento no permitió que sintiera dolor en la mandíbula pero, en un acto reflejo inconsciente, soltó la correa para tocarse la zona golpeada con esa mano, dejando libre al animal. Torno no esperó. Se lanzó sobre Víctor, buscando su cuello. El hombretón se revolvía frenético, intentando evitar en vano que el perro le mordiese. En una especie de danza macabra, los dos giraron sobre sí mismos y cayeron al suelo. El perro consiguió llegar a su objetivo y bloqueó su poderosa mandíbula en el cuello del hombre sin piedad. Los aullidos de dolor eran terroríficos, mientras Antonio observaba como en trance la escena. Era incapaz de actuar, sus músculos parecían piedras. A pesar de la tremenda potencia del Pit bull terrier y de la herida mortal del costado, Víctor luchaba con bravura, intentando golpear al animal en el morro y los ojos. Sacando fuerza de donde no tenía se incorporó para lanzarse contra las paredes de forma que golpease el cuerpo del animal. Pero Torno no soltaba. Antonio seguía petrificado observando cómo, poco a poco, la energía de Víctor iba decayendo. Aunque Antonio pudiese reaccionar, sabía que era inútil. Torno obedecía todas las órdenes que le daba. Todas menos una: “suelta”.

Su mandíbula empezaba a quejarse. Notaba cómo se iba inflamando la zona. Lo ignoró. La escena era dantesca: sangre por todos los lados, paredes desconchadas, cristales de cuadros rotos esparcidos por doquier, jirones en el sofá... Y el cuerpo sin vida de Víctor tirado en el suelo. Torno estaba husmeando el cadáver como confirmando su hazaña. Antonio sintió náuseas, no sólo por lo que veía, sino por la situación en la que se había metido. Tras recuperarse en parte del

shock, decidió registrar el cadáver, no sin antes ponerse unos guantes de látex. No quería contaminar la escena con sus huellas. Las ganas de vomitar aumentaron considerablemente al acercarse al hombre muerto. Tosiendo, consiguió aplacarlas. Palpando la americana llena de sangre, detectó algo duro y cuadrado en el bolsillo interior: un Smartphone. Lo extrajo con dos dedos, muy despacio. Estaba apagado. Aparte del teléfono móvil, sólo encontró en uno de los bolsillos del pantalón una pequeña cartera que contenía dos tarjetas visa, un documento de identidad, doscientos treinta euros en billetes que inmediatamente se guardó, algunas monedas sueltas y una fotografía. Antonio, presa de la curiosidad, la sacó de la cartera con mucho cuidado y la observó. Un absceso de rabia le inundó cuando vio la hermosa y sonriente cara de “su” Yesi impresa en la imagen, junto a su madre. Lanzó con furia el Smartphone de Víctor, que aun sujetaba en la mano, contra el suelo, haciéndolo pedazos.

Unos instantes después, ya más tranquilo, se dio cuenta de que había cometido un error. ¿Cómo explicaría la rotura del Smartphone de Víctor? ¿Se salió del bolsillo interior debido al forcejeo con el perro y, al impactar contra el suelo, se rompió? No le sonaba creíble y a un juez tampoco le sonaría. Así que optó por volver a dejar la cartera donde la encontró, recoger minuciosamente todos los restos del aparato repartidos por el suelo, meterlos en una bolsa y depositarlos en un contenedor que no estuviese demasiado cerca de su urbanización. Tras hacer aquello, revisó la escena general de nuevo. Ya no cambiaría nada. Era el momento de preparar una coartada sólida. Era el momento de hacer llamadas antes de avisar oficialmente a la policía.

Nelson volvía como cada día a casa, después de una dura jornada de trabajo. Acababa de entrar por la puerta cuando un mensajero le entregó un sobre certificado: remitente Agnes Papp. Nervioso, rasgó el

sobre. Dentro encontró un cheque a su nombre y una nota que decía: “Tu recompensa. Espero que sea suficiente. Gracias. Hasta siempre.” Nelson, tuvo que sentarse al leer la cifra.

El sonido de llamada despertó a Irene. Tomó el teléfono móvil, molesta. Aquella noche había tenido varios clientes y estaba agotada, apenas llevaba durmiendo dos horas.

—¿Dígame? —contestó, con voz apagada.

—Buenos días. ¿Hablo con Irene Díaz de Olano Sánchez, por favor?

—Sí, ¿quién es?

—Mi nombre es Agnes Papp, soy abogada y le llamo en nombre del señor Víctor Sedal Cano, en paz descansa. Como heredera principal de los bienes del señor Sedal Cano debo concertar una cita con usted para informarle debidamente. ¿Cuándo le viene bien?

Irene tardó en responder. ¿Víctor muerto? ¿Heredera principal? No entendía nada.

*La persona más rica del planeta y el mendigo más pobre son, en esencia, víctimas de las circunstancias que ellos mismos se han provocado.*



## EPÍLOGO

“Siénteme, biografía de una prostituta” había vendido más de cincuenta mil ejemplares en menos de un año. Irene no había perdido el tiempo. En cuanto recibió la herencia, de inmediato se puso a escribir la novela, basada en su propia vida. Con gran dedicación y esfuerzo consiguió acabarla en tiempo record. Irónicamente, gracias a su antiguo trabajo como prostituta, contactó con el gerente de una importante editorial que, tras leer su manuscrito, quedó tan impresionado por su calidad que no dudó en publicar la obra. A partir de aquel momento, comenzó un auténtico frenesí de presentaciones, ponencias, firma de libros, etc. a lo largo y ancho del país.

Mientras caminaba por la transitada calle, entre aquellos inmensos edificios de cristal y metal, observó el gigantesco cartel. “Feel me. A prostitute’s biography”, rezaba en enormes letras blancas. El fotógrafo era un verdadero artista. Consiguió proyectar en su mirada una salvaje tristeza, muy adecuada para la temática del libro. Y el color de sus ojos ayudaba a proyectar ese efecto. Irene sonrió. Qué fácil era acostumbrarse a esa vida de viajes, a no tener que preocuparse constantemente por el dinero, tanto por el que tenía como por el que no tenía y, lo más importante, a no tener que acostarse con nadie si no lo deseaba. La cara de Cirulo apareció en su mente pero no sintió nada. Vacío absoluto. Lo último que sabía de él era que le había caído la perpetua por homicidio, trata de blancas, tráfico de drogas y no sabía cuántas cosas más. La noticia había aparecido en el periódico, casi de puntillas, en uno de los laterales inferiores derechos de la sección de sucesos. “Importante accionista de MODIPROYECT aparece asesinado”. Otro suceso más que muy pronto nadie recordaría. Nadie excepto Irene, que nunca lo iba a olvidar.

Por fortuna, la sede de IE-PS en EEUU se hallaba muy cerca del

hospital. Desde que creó la asociación, con las primeras regalías del libro, se había expandido por casi todo el mundo. Era una necesidad latente que se activó, de alguna manera, con su iniciativa sin ánimo de lucro. Se sentía orgullosa de haber contribuido a la lucha por la erradicación de aquella lacra llamada prostitución.

“IE-PS EXPROSTITUTES SOCIAL INSERTION (INSERCIÓN DE EXPROSTITUTAS EN LA SOCIEDAD)”. El enorme letrero no dejaba lugar a dudas. Dos vigilantes de seguridad le saludaron y le invitaron a entrar. Irene les sonrió y entró, decidida. La fiesta de inauguración estaba a punto de empezar y ella era la invitada de honor, como fundadora principal de la organización.

El sol comenzaba a esconderse. Desde aquella altura, en la terraza de la habitación 215 del hotel más lujoso de la ciudad, casi podía sentir el latido cada vez más apagado de la urbe. La temperatura era suave e invitaba a disfrutar un poco más del latido de la ciudad. Se sentía cansada, después de una jornada tan intensa. Mientras sorbía un trago del cava que, por cortesía del hotel, tenía a su disposición, recordaba lo acontecido durante el día. Según los médicos, el avance de su madre era muy lento, pero tenían motivos suficientes para ser optimistas. Le comentaron que las investigaciones para encontrar un medicamento cien por cien eficaz todavía tardarían años y, de manera sucinta, le pidieron más financiación. Ella no puso objeción alguna, dinero era lo que le sobraba. Y si con su contribución ayudaba a conseguir la cura para aquella terrible enfermedad, sería la mejor inversión de su vida, sin duda.

Apuró la copa y entró en la habitación. Podría haber elegido la suite pero siempre que se alojaba en hoteles solicitaba la número 215. Sentada en la cama, releyó por enésima vez la carta que cambió su vida para siempre. Aquella carta tenía más valor que todas las acciones de MODIPROYECT juntas, más valor que toda la suma de

dinero que recibió de la herencia. Aquella carta describía las ilusiones truncadas de la vida de un hombre maravilloso. Al volver a leer la parte de la historia de amor con su madre, los recuerdos afluían. Se volvía a ver a sí misma con ocho años, su madre todavía podía caminar, disfrutando de la vida en cada momento, en cada beso, en cada risa. Y ella, con su mente aún sin madurar, lo entendía y lo disfrutaba a su vez. La carta no escatimaba en detalles. Relataba cómo Víctor se dejó llevar por el egoísmo y las ganas de triunfo cuando rompió la relación. Contaba cómo se vio arrastrado a un matrimonio falso, conveniente. También describía cómo su infelicidad aumentaba en sincronía con el aumento de éxito de su empresa. Cómo se perdió el nacimiento de sus dos hijos e incluso su niñez y adolescencia. Según el texto, Víctor pudo haber sido mucho mejor padre.

Siguió leyendo. La carta era extensa y dura. Explicaba con detalle sus idas y venidas a partir de la muerte de sus hijos, su vagar por el mundo sin rumbo. Pero lo más emotivo para Irene era el momento en el que narraba su encuentro con ella, ya adulta, y cómo cambió su perspectiva de vida. Al leer esos párrafos, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Continuó leyendo. Contaba lo que sentía cuando se citaban en la 215, sus miedos, sus dudas. Narraba de manera deliciosa lo increíble de aquella conexión tan especial, cuando no había descubierto aún que “Yesi” era Irene. Exponía también cómo todo cambió en el momento en que vio la foto de ella junto a su madre. En la carta se desnudaba por completo, sin omitir nada.

La parte en la que describía aquel plan tan increíble y osado era la que más impresionaba a Irene. Describía cómo se valió de sus contactos en las altas esferas del gobierno y de las agencias de seguridad del estado para sacar el perfil psicológico completo de

Cirulo. De esa manera, pudo conocer previamente, con gran exactitud, su reacción ante determinados estímulos, sus costumbres, sus miedos, sus ambiciones además de otros muchos datos: su historial médico e incluso el de su perro, su domicilio... Todo. En resumidas cuentas, Víctor conocía a Cirulo mejor que él mismo. Por tanto, Cirulo no pudo hacer nada para salvarse de la condena, a pesar de alegar allanamiento de morada y ser defendido por un prestigioso abogado, según pudo leer Irene en los periódicos. Con toda seguridad, la prueba sonora que había sido enviada a los altos cargos de la policía mediante esa increíble tecnología, que Víctor definía en su escrito como ListenOFF, fue la que metió a Cirulo entre rejas. ¡Bravo por Víctor!

Irene permaneció sentada en la cama, perdida en el mar de sus recuerdos. Dobló con delicadeza la carta y la guardó. Con el corazón lleno de gozo se metió en la cama. Su sueño sería reparador. Siempre lo había sido desde hacía un año.

Su último pensamiento antes de dormir fue “Gracias, papá”.

A las 2:35 A.M. la enfermera entró en la habitación 215, comprobó que todos los parámetros de las máquinas que estaban conectadas a la paciente eran correctos y salió, cumpliendo con el protocolo habitual del hospital.

La enfermera no pudo oír a la paciente decir, con un hilito de voz:

—Víctor... te amo.

*El pasado es una bruma. El futuro es un horizonte. El presente... ¿alguien sabe qué es el presente?*



## **AGRADECIMIENTOS**

Agradezco a la vida el don de la palabra.

Agradezco a mi padre la semilla que en mi madre fue engendrada.

Agradezco a la noche y al día por servirme de musa.

Agradezco a la tinta de mi pluma por servirme de guía para mis rimas,  
a veces confusas, a veces prohibidas.

Agradezco a mis lectores su atención hacia mis rimas, por sentirlas  
como tuyas.

Agradezco a mis detractores que, con sus críticas, alimentan mi  
autoestima.

Agradezco a mis amigos los momentos del pasado, experiencias que  
forjaron las letras de los escritos que, orgulloso, os regalo.

Agradezco a los amores, que por mi vida pasaron, por hacerme sentir  
amado.

Agradezco a los traidores que mi alma quebraron. Ahora es más  
fuerte, ya recompuse los pedazos; así que, os deseo suerte y os  
mando un abrazo.

Agradezco a los extraños que me topé por el camino. Algunos me  
hablaron, otros me miraron en silencio pero todos alimentaron la sed  
lírica que hoy tengo.

Agradezco a la gracia que, quizás, he recibido. Tal vez sea la magia de  
los versos que escribo la que consuela las almas, perdidas en el  
abismo.

Gracias a tod@s por estar ahí, por hacerme sentir vivo.

**Gracias**